

El libro de los indolentes
(Sobre la poesía)

El libro de los indolentes
(Sobre la poesía)

Javier Sánchez Menéndez

Prólogo de Jesús Moreno Sanz



Prólogo

Jesús Moreno Sanz

NUMERAL ROCE ADIVINATORIO Y MIRADA REMOTA

Insólita *ars poética*, a contrapelo en este tiempo de tanta precariedad, penuria y vacuidad de las acostumbradas «poéticas» de la nihilidad. Una prosa poética esta, por el contrario, en lograda forma de confesión, guía y método del poetizar. Una *catharsis*, como un rito de paso del desnacerse hacia la resurrección, la reencarnación y el pleno nacimiento de sí mismo en el luminoso cuerpo de la palabra creadora. Un roce matemático adivinatorio del misterio de los universos paralelos que conforman la vida. Leyes psicofísicas en escalas logarítmicas, como la de Fechner-Weber, van acogiendo los estímulos y sensaciones que puede producir la magnitud de un poema hasta cifrar los más sutiles rumores del alma dialogante consigo misma, con la naturaleza y con los que aquí se denominan «sensibles» al misterio de la vida. Lo cotidiano parece así atravesado de presencias daimónicas reveladoras: las de los indolentes, con sus 9 estirpes iniciales y 500 variaciones que han sido el cauce numérico de la gracia, la armonía y la belleza de la vida en este y otros Universos diferentes. Un ensayo, pues, de atrevida y luminosa Poética, que aparece como el eje movilizador de la poesía de la existencia y del pensamiento poético de Javier Sánchez Menéndez desde los años ochenta del pasado siglo, mostrándose así como el impulso, la guía y ahora el colofón de toda su obra lírica y ensayística.

Dinámicas estampas numeradas en cada una de sus tres partes conforman el relato confesional, la autobiografía espiritual, de un encuentro sin fin con sus propias realidades daimónicas; decisivo encuentro que atrajo su imaginación hacia el logos más originario de la naturaleza y de la palabra humana. Realidad pura de un sueño lúcido; si se quiere, una revelación poé-

tica, mantenida en toda su verdad en la más cotidiana vigilia. El más pitagorizante Platón –y su «hermetismo de la última piedad», que nosotros bien podemos descifrar en el afán de este por «salvar las apariencias»– fue siendo la brújula de una creación, una *poiesis*, desde el fondo de una íntegra soledad en el silencio, frente a las bulliciosas máscaras y repliegues de los que el libro reitera como «falsos» y «siniestros» poetas de la nada que asolan la contemporaneidad. El logos adentrándose en las sombras de la existencia, salvando todas las apariencias y las desatendidas apariciones del mundo de la luz, y construyendo una objetividad, el algo universal en el que el hombre pueda realmente vivir acorde con el mundo y consigo mismo. Lo excelso tan difícil como raro, que en el final mismo de su *Ética* Spinoza cita de Platón, encontrado en la cotidiana vivencia de una elegante serenidad y una armónica alegría, aun en la compañía del dolor del propio cuerpo, que se avienen con la vida y con la muerte, en cierta perspectiva de eternidad. Una certidumbre hecha de razón y de amor, es decir, de *amor intellectualis* que descubre, dicho por mi parte con G. Steiner, las presencias reales que vivifican el mundo.

Razones de un amor muy ancho que van escribiendo, al dictado de su «ángel negro» –la cifra de la oscuridad irradiante de luz– un *Tratado de la humildad poética* que se adentra, llevando una gota de felicidad, por entre las sombras. Y una gota y un grano de luz van apaciguando e iluminando el caos en el que germina la palabra. La poesía entrando, como Orfeo, en los infiernos, en el laberinto. Y el mundo intermedio de la imaginación creadora –aquel *barzâj* de los sufíes platonizantes, al que en este libro no se nombra como tal, pero sí se sigue, sabiéndolo o no, su esencial paradigma en sus imágenes intermedias– rescatando con ellas las esperanzas dispersas, uniéndolas y recogiendo en un sistema de la libre aceptación de la gracia y las oportunidades de la vida, acogido en un cierto quietismo que trae consigo la indolencia, la gran mediadora, el singular espacio intermedio, el *mundus imaginalis* que

crea aquí Sánchez Menéndez, que, sin duda, y conforme a las pistas que él mismo ofrece, nos retrotrae a ciertas teosofías del Renacimiento y del primer Barroco, como aquella de los Rosacruces y en especial la de R. Fludd, e incluso nos hace pensar en la secta taoísta china, que tan bien describiera P. Bailey a propósito de Spinoza, de «Los pájaros y los holgazanes», tan cercanos en su quietismo que vuela tan alto a la búsqueda de la beatitud de estos indolentes.

Teosofía del más acendrado humanismo, metafísica platónica y pitagóricas matemáticas raíces, junto a nucleares apuntes al estoicismo de Epicteto o Marco Aurelio, se aúnan del modo más sencillo en un conocimiento poético intermediario de las razones de un humilde y ancho amor a la realidad más esencial y diversificada, sumergiéndose en el que se denomina aquí como «el confuso laberinto» de la existencia y sus sombras. Hacia su más invulnerable centro y eje movilizador. Por vivir la palabra coloquialmente. Siguiendo a la tan admirada y citada María Zambrano por el autor de este libro, podríamos afirmar que, siendo viva voz de la nostalgia y de la esperanza, de la más íntima queja, y como toda confesión lograda, esta lo es también *hablada*, y a media voz, sin estridencias, en una conversación silenciosa del alma consigo misma, tal como proponía la *dianoia* platónica; llevando así las razones del mito al tiempo real e íntimo de la vida, lejos de la mera mimesis de la más superficial experiencia, la que solo tiene en cuenta los más banales mecanismos «psíquicos», pero sin alma. Parte el libro de la confusión de los diversos tiempos que habitamos y de la propia inmediatez temporal (ese «confuso laberinto»), en busca de otro tiempo más puro, no el virtual de los «falsos» y «siniestros», o del arte por el arte. Es la unidad de la vida lo que busca, la que ya no se ofrece como mera «expresión», más allá del hechizo del tiempo inventado, por deshacer la condena y la maldición de la nada, de la desesperación o de la esperanza apresurada, que también lo someten a prueba; más allá de la prisa, de la voluntad de éxito, de la avidez y de todo narcisis-

mo, de todo espejo mimético en que los «falsos» y los «siniestros» se miran. Hacia un tiempo puro y extático, hacia un acto de autorrevelación por horror de su ser incompleto.

Y así, va viviendo su palabra coloquial y dialógicamente hacia su más íntimo misterio, hacia su mágico, dice él aquí y en toda su poesía, «desconcierto», donde se va abriendo un tiempo y una palabra más puros, un logos que es coincidencia de opuestos, juego de alquímicas transformaciones, sintonía de mundos hasta la simplicidad de una mirada remota que contempla la unidad acabada de su ser, su integridad, su «sí mismo», que diríamos que le ofrece el anhelo de su completa figura, sorteando sus contradicciones y paradojas, en la verdad de una vida más allá de esta vida. Mirada remota que sobrevuela y flota por entre la génesis del mundo, del nacimiento de aquellos daimones primigenios, los indolentes, que originaron nuestras estirpes humanas y que conducen nuestra aceptación del «contrato» con la vida, la plena habilitación de su argumento y las necesarias trasmutaciones para plegarnos a la gracia del vivir y seguir el camino de sus persecuciones necesarias en otras vidas. Es el milagro vital que flota libre sobre su raíz, en armonía con el propio escepticismo y las mismas derrotas que propicia, hacia la «canción de la mansedumbre», del plegarse –tan Tao– a las oportunidades. Canción de la misericordia ante la palabra dada que requiere del silencio, de la soledad, de la aceptación del desamparo.

Y una constelación de números impulsa esta Poética, que también es la incitación a una ética de la responsabilidad de pensamiento y palabra según un orden primigenio. Y así va explicando lo que muestra y mostrando lo que explica. La vida matemáticamente acordada de la armonía perdida, por olvidada y desatendida, de toda la naturaleza, salvando así, atendiendo a sus más leves minucias en el camino del poeta que aún a revelación, ética y estética, nostalgia y esperanza. Hacia el secreto de la palabra, desde la más entrañada lejanía de su mirada remota. En pos de un sí mismo en viviente comunidad con

cada ser de la naturaleza y con el prójimo. El *Thimós*, el ánimo, heraclitiano y platónico reconducido, aunque no los mencione así de expresamente, al taoísta y sufi «espejo del corazón» que mide la necesaria aniquilación del yo que ha de llevarse a cabo para dejar sitio al huésped esperado, a la entera realidad, al propio mundo daimónico, el que solo aparece, según aquí se dice claramente, cuando se acogen los pájaros y las estrellas fugaces que envían los sueños, cuando se quitan las propias máscaras y aparece el verdadero rostro. Dejar de ser para ser, y como va enunciando el tercer apartado de este libro —«El vuelo»— abandonarse al vuelo de dejar de ser, hacia la suave y quieta luz infinita, el sosiego de la proporción exacta.

Y así, las 161 estampas de este libro, proporcionadamente distribuidas en cada una de sus tres partes (60, la primera; 53, la segunda; 48, la tercera), componen los fragmentos de un orden remoto que le tiende a la poesía una órbita de realísima luz, incitándola a asumir las energías de las indolencias que unifican la proporción del ser desde las esencias primitivas surgidas desde el caos. La mansedumbre, la dulzura, la humildad, la simplicidad de la mirada, son las formas de dejar de ser en la poesía, conduciendo a la palabra auténtica a las platónicas verdad, virtud y justicia hacia otros eones, otras eternidades, otras vidas, en los sucesivos viajes a otros cuerpos, diríamos que hacia aquellos plotinianos (y tan reiterados por Lessing) «cambios de escena» a que conduce cada muerte. Desde Heráclito y el poema de Parménides, o Anaxágoras y Platón, esa órbita de luz recorre muy oscuros lugares del saber, donde precisamente habita la luz más naciente, enhebrando una estirpe de un acendrado pensamiento poético cuyos hitos esenciales son, a más de los mencionados estoicos, Dante, Ficino, Garcilaso, Spinoza, Goethe, Hölderlin, Novalis, Leopardi, Baudelaire, Apollinaire, Rilke, Proust o Kafka, recalando en especial en los más cercanos Juan Ramón, Luis Rosales, Juan Rulfo, Nicanor Parra o María Zambrano. Estirpe de la os-

cura soledad buscando el ilimitado horizonte de luz de lo divino, desde el que ver, escuchar, oler, observar y entender cada minucia de la naturaleza, cada avatar de la existencia, respirando desde el centro del confuso laberinto, en un ejercicio de contemplación, siguiendo los pasos de la luz, hasta comprender que precisamos de la eternidad para acoger a la «gran dama blanca» de la palabra que acerque a *dios* (no el aporético y antropomórfico Dios de los miméticos desventurados) a lo preciso, diríamos que al diapasón (el recorrido por todo el ser) de la más completa existencia.

Lógica poética de la cotidianidad fundida a su misterio, armónica geometría abrazada a la luz. Y aquí la palabra respira desde sus más recónditos centros, para cada uno de los cuales tiene dispuesta su manifestación numérica. Y así las diversas series numerales que el lector habrá de descifrar o recifrar en su armonía de acordes, desde su geografía originaria. Orden poético de una razón ancha y total desde la materia-madera que soporta la esencia hasta la palabra de honor, la palabra dada y recibida. Y aparecen así los cuerpos como símbolos en el laberinto, números-palabras, cuerpos de la palabra, que, frente a la que se califica aquí como poesía de la nada, se sutilizan, se desprenden de sí hasta el incendio del alma dialogante y en perpetua recreación, permanente reencarnación en la *poiesis*.

Y es así como ve que la poesía canta la canción que nos arrastra hacia la beatitud, la mansedumbre, la indolencia, el sí a esta vida y a cuantas sean menester para ir iluminando el caos desde un indudable centro de luz, el eje invulnerable habrá de ser de la materia oscura y luminosa: la materia encendida por los números esenciales que portan en sí los indolentes. La llama que enciende el alma universal regida por la *poiesis* originaria. Y así también las sombras, las huellas en la naturaleza numerada, de unas estirpes poéticas de la esencia de la palabra, que, en el verso veraz, es simplicidad de la mirada, sintonía, vida de la palabra liberada del mero lenguaje, «más allá del diccionario». La palabra como bienaventuranza. Entre

el 0 y el 1, adaptando los números naturales del 1 al 9, ha de volar el poema –y todo el libro lo es: un *ars poética* que ella misma es un gran poema en prosa, en coloquial y sencilla lírica– un circuito de infinitudes y de eones. El regreso de la poesía desde el laberinto, desde las sombras, rescatando el propio cuerpo en la sombra o en la hierba, y desde allí emprendiendo el vuelo al sosiego infinito de lo alto del cielo.

Tal vez llegados aquí convenga citar el, quizá, más bello texto de Zambrano, el «Método» de *Claros del bosque*, que sintetiza muy bien el vaivén que recorre todo este *Libro de los indolentes* por salvar todas las apariencias y apariciones de la realidad en cada existencia, entre el adentramiento en el «confuso laberinto» y el vuelo hacia la luz y el sosiego. Dice así la pensadora:

«Hay que dormirse arriba en la luz.

Hay que estar despierto abajo en la oscuridad intraterrestre, intracorporal de los diversos cuerpos que el hombre terrestre habita: el de la tierra, el del universo, el suyo propio.

Allá en ‘los profundos’, en los ínferos el corazón vela, se desvela, se reenciende en sí mismo.

Arriba, en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge. Se aduerme al fin ya sin pena. En la luz que se acoge donde no se padece violencia alguna, pues que se ha llegado allí, a esa luz, sin forzar ninguna puerta y aun sin abrirla, sin haber atravesado dinteles de luz y de sombra, sin esfuerzo y sin protección.»

En el desamparo, en la indolencia, llega este libro a la quietud y la paz, a una manifestación universal de las imágenes intermediadoras entre lo que somos casi siempre como fallidas indolencias y el extático encuentro, tan excelso como raro, en la noche de la luz con el huésped y el guía que nos habitaba, tras todas las máscaras. El encuentro sin fin con el alma apaciguada que, entonces, muy bien puede oír la plena canción de la misericordia, que, sin más, podemos recitar con la sura coráni-

ca de la aurora: «Oh alma apaciguada, regresa a tu Señor, aceptante y aceptada».

1. El encuentro en Camarinal

UNO

El faro Camarinal está habitado por los indolentes, extraños seres que pasan desapercibidos a los ojos de los humanos. Tan solo los sensibles pueden observarlos.

Los indolentes no hablan, ni musitan entre ellos. Se limitan a contemplar el estado de la virtud. También vigilan cuanto acontece en el Cabo de Gracia, en el mar, en las costas de África y en el cielo. Suelen contar las nubes, las estrellas, las rocas de Atlanterra y las conchas que arroja el mar.

Suben y bajan las forzadas escaleras de piedra que separan la arena de la playa del camino. Lo hacen siempre al amanecer y al anochecer. Allá donde se encuentren por el día acuden y regresan mágicamente a su único destino.

Cuando el faro Camarinal está apagado los indolentes están dentro. En secreto profesan un culto a las señales, a los misterios, a la propia distancia que separa los continentes. Recogen barrón, con él fabrican un extraño soporte que les ayuda en las subidas.

Ayer seguí a un indolente. Aborté la persecución cuando se unió a un grupo numeroso de ellos. Miraron todos para atrás e hicieron un gesto con la mano, como una aproximación. Sentí un verdadero escalofrío, como un chorro del pilón golpeando la cabeza. Di marcha atrás y corrí hasta el coche.

Los indolentes no disponen de edad concreta, su tiempo es indefinible en nuestras limitadas dimensiones. La mayoría de los mortales ni los distingue ni los clasifica.

A finales de los años ochenta comencé a describirlos y a asignarles un número. Los diferenciaba por la ropa que llevaban, que siempre es parecida, y por las facciones de sus rostros. Al principio confundía a muchos y anotaba a seres repetidos, ahora la lista está casi completa. Cada dos meses aparece alguno nuevo que llega desde el mar; también otros, que ya estaban clasificados, desaparecieron para siempre.

El silencio de los indolentes es un dolor inmenso que recorre la cabeza. No realizan daño alguno, ni manifiestan nada extraño.

DOS

El sueño de un indolente se limita a reflejar la simple contemplación de los estados. Un sentido común que ha dejado de ser pero que sigue siendo y permanece en silencio desde que se descubre que todo es mentira, nada es lo que parece ser.

Nunca ha pasado el tiempo. Siempre es ayer. Pero ayer es pasado y el pasado no existe.

Los indolentes salen del mar, de su esencia salina y virtuosa. Alguno de ellos espera a los nuevos que llegan y acuden a socorrer el nacimiento. Les aguardan en la orilla, llevan ropa limpia entre los brazos y un poco de alimento.

Desde Villa Barbaria diviso la majestuosidad de África, el color del mar al atardecer y a los indolentes. Esta tarde han llamado a la puerta de casa una vez y otra vez. No he abierto. Desde el porche de arriba los observaba. Son repetitivos y constantes, como las olas y las nubes.

En 1987 me regalaron un perro al que puse de nombre Sultán. Le enseñé a oler a los indolentes y le solicité que ladra cuando alguno se acercaba. Nunca temí a los indolentes aunque causaban el respeto propio de la melancolía, del silencio, de la soledad y del equilibrio.

De los indolentes aprendí a vivir en silencio, sin palabras, sin actos lingüísticos. Comprendí el sentido primero de la mirada fija y la transmisión de la energía.

La imagen que se incrusta en el pilón fue el regalo del indolente número 66, el primer *confuso laberinto*.

TRES

Sultán comenzó a ladrar a las cinco de la mañana. Un sobresalto me despertaba del ligero sueño impredecible por el dolor de cadera.

Escondido en las cortinas de la ventana del salón veía las cabezas de los indolentes. Se movían de manera extraña, unos pasos rapidísimos y unos recorridos intermitentes. En una ocasión abrí la puerta y grité los números de aquellos que lograba descifrar en la oscuridad.

No decían nada. Miraban, observaban el rostro de un ser humano que nunca manifestaba estar asustado, que no respondía al miedo.

Sultán seguía ladrando hasta que todos se marchaban. Entonces abría la cancela y contemplaba como bajaban las escaleras hacia la orilla de la playa de los Alemanes.

Desvelado y sin sueño me ponía a leer poesía contemporánea. Los versos de unos y de otros que nunca decían nada, como los indolentes. Incluso alguno se atrevía a citar a otro poeta que recomendaba su modesta y pésima obra.

Un poemario con más de cincuenta páginas está lleno de humo. Un poema, un verso, deben ser una calificación que pueda elevar el sentido hacia la ética y la estética. Escribir por escribir es un recuento imposible. Y explicar, justificar, manifestar, sobra siempre.

Aquello que excede debe ser rechazado y, a veces, el agravio lo es todo.

Seguía anotando en los cuadernos los números que definían y diferenciaban a los indolentes. Tras los dos puntos expresaba sus características singulares: el color de sus ropas, los ojos, las cejas, la nariz, la proporción de sus frentes.

No he logrado mantener todavía una conversación con ellos. A pesar de que los ojos dicen mucho, la palabra sigue siendo la palabra auténtica. Y en su ausencia la veracidad se convierte en misterio.

Acariciaba el lomo de Sultán y le hablaba bajito. El perro miraba sin esperanza pero con mucho convencimiento.

CUATRO

Sobre la mesa del salón dejé el libro inédito que envió un poeta gallego aspirante a promesas incumplidas. No pude pasar de la segunda página. Frustrado y con la única compañía de un Sultán en celo bajé las escaleras hacia la playa.

Cada día cuesta más realizar este tipo de movimientos. La cadera comienza a atrofiarse y la masa muscular desaparece en el intento de convertirse en poeta, poeta de un día.

Llego a la orilla pero no puedo sentarme. Paseo despacio. Muy despacio. Corre Sultán por la arena. A ratos introduce un poco de sí en el agua y sale removiendo el cuerpo sobre las patas.

Enciendo un cigarro y fumo tranquilo. Siento una presencia extraña. El indolente número 23 se ha colocado detrás. Doy la vuelta y lo observo. Ese ser no se inmuta. Le cuestiono la propia presencia, las actuaciones de ellos, su extraño comportamiento. No dice nada.

Levanto un poco la vista y la dirijo hacia sus ojos. Sin manifestar miedo observo su mirada. En ese justo instante recibo mensajes en la cabeza. Sin mediar palabra alguna me contaba cosas. Muchas cosas. Era como una repetición sagrada de misterios, un beso en la frente con el calor de una vieja pensión donde el amor discute. Aprendo pero no asimilo. Recibo información que debo ordenar.

Cuando procedía a organizar las palabras, los actos, el indolente número 23 da media vuelta y se marcha. Sube las escale-

ras más cercanas que conducen hacia arriba. No puedo seguirlo. La cadera molesta, andar por la playa no es bueno.

Llamo a Sultán y busco la subida más fácil, aunque esté lejos. En el camino organizo, reconstruyo, ordeno los mensajes.

Sultán no había ladrado y me extrañaba. El perro seguía saltando como si nada.

Esta ha sido la única vez, por ahora, que un indolente se comunicó conmigo. De una manera extraña pero existía ese intento de transmisión.

Desde entonces, cuando la luz del faro Camarinal se apaga, corro hacia la puerta y la golpeo con fuerza. Al rato vuelven a encenderla y bajan. Se marchan en la noche.

Sultán sigue sin ladrar.

CINCO

Leo a Platón porque amo la justicia literaria y el placer de saber que todo es mentira, hasta tu propio rostro, aquello que ocultas en los acantilados cuando baja la marea de la verdad y tú lo sabes.

El concepto de veracidad es aplicable a cualquier poema. Tras su lectura defines los conceptos, los pronombres, los actos irreconocibles, la propia esencia, la ética y la estética.

Aguardo en la terraza la puesta de sol y compruebo que se ha encendido la luz del faro. Es la rutina.

Doy de comer a Sultán y le hablo al oído. Intenta ladrar pero no puede. Con todos los años venideros, pasados y presentes, no ha cambiado nada. Ni los nombres, ni los versos, ni el oficio de hacer por un momento de roca en el acantilado.

El indolente número 23 me preguntó qué entendía por poesía. Le respondí en su idioma: *Aquello que es capaz de levantarme del asiento, todo lo demás sobra.*

SEIS

Con el paso de los años aprendí a comprender el silencio de los indolentes. Sultán envejecía por las tardes en los interminables paseos por la playa.

Ellos comenzaron a respetarme, incluso saludaban en los encuentros con la cabeza. Pero ese movimiento de arriba hacia abajo transportaba infinitud de mensajes. Los ojos, la expresión de la mirada, el movimiento de las manos, el silencio puro y pavoroso, eran ruidos suaves.

Un día desaparecieron todos los indolentes a los que había clasificado con números impares. Acudía al cuaderno de notas y comprobaba las ausencias. Regresaron a las tres semanas. Venían con ropa nueva y una luminosidad desconocida.

Dejaba abierta, las noches de calor, la ventana de la habitación donde dormía. Me levantaba cansado, muy cansado. En la ducha descubría pequeños hematomas en el cuerpo. Señales sin criterio que nunca entendía y a las que no hice caso alguno.

Durante ese tiempo repasaba y corregía los libros de *Fábula*. La compañía de Sultán y la asistenta que limpiaba la casa, arreglaba el jardín y traía la comida del pueblo, soportaban mis impertinencias.

Nunca abandoné a Bécquer. Lo situaba cerca de Platón y lejos del romanticismo.

El perro se asustaba de la música de Wagner o de Mozart. Corría hacia el jardín y se escondía bajo el sauce llorón. La cabeza, en esos tiempos, siempre permanecía a punto de ex-

plotar aunque nunca lo hacía. La sujetaba con las dos manos y aparecían unos suaves susurros, como el lenguaje mágico de los indolentes. Recitaban versos de Bécquer, de Darío, libretos completos de Wagner. Anotaba en los cuadernos marrones lo que podía entender de esos ruidos suaves.

Se ha apagado la luz del faro esta noche. Antes de salir enciendo un cigarro. La cajetilla está vacía. No aguantaré hasta el amanecer.

SIETE

Todo circula por las venas. Hasta las extrañas conversaciones en forma de mensajes.

Ellos susurraban que las citas que llaman la atención, tras las lecturas de los grandes, deben apuntarse en un cuaderno, en un cuaderno amarillo. Después había que leer las citas, alimentarse de ellas, asimilarlas, y manifestar tu propia opinión sin mencionarlas. Eso enriquece el entendimiento, la vida entera, toda, sin plenilunios.

Salgo hacia el faro buscando a un indolente. Se esconden. Los cojo por la camisa y les pregunto. No responden. No hablan. No dicen nada.

Hay que diversificar el riesgo, algo así como vivir, arañar las citas con el amor de un aire fresco y buscar la voz propia, la manifestación de una indolencia.

Me separo tres pasos del indolente número 34. Comenzamos a hablar en nuestro idioma.

OCHO

La diferencia entre criterio y ética facilita la circulación fluida y la ausencia de cariño. Por criterio muchos guardan poemas en cajones años y años, eso es de agradecer. Por ética otros rompen aquello que no convence.

Aun así la poesía es una, solo una, y si el lector no lo cree debe acudir a los clásicos para comprobar que el límite entre vergüenza y basura está marcado por lo contemporáneo.

De los indolentes aprendí la crudeza de sus afirmaciones. Aquellos mensajes lanzados a la mente y sin palabras, recordaban a Parra, a sus *Artefactos*. Remover la conciencia es el fin. Permanecer sentado en una silla y decir: ¡Qué bonito!, no me llena. La poesía no es bonita, es poesía, es vida y naturaleza.

La razón de la palabra auténtica es la aportación, o fusión, de esa ética con la estética. Leer para vivir y leer para morir. Pero no se debe leer todo aquello que llega a las manos. Seleccionar, meditar, presentir la energía que desprende la obra para saber si es uno o es nada. Lectura en lentitud, siempre.

La poesía muere en la boca de aquel que no viva en la ética y en la estética. En la unificación la obra ganará con aquello que se lee.

Me sentaba sobre una roca en el búnker con los indolentes números 1 y 13. Ambos desaparecieron, ahora con nueva ropa aparentan mayor grandeza. Los contemplaba en silencio. No dejaba de mirar sus ojos. Agachaban la cabeza de vez en cuan-

do. ¿Vergüenza? Me recordaban mi vida con *dios* y las conversaciones nocturnas.

Anotaba en el cuaderno todo cuanto provenía de ellos: los gestos, los susurros que llegaban a la mente, el movimiento de sus manos.

Con ellos vivía en paz, había encontrado la paz y la necesidad de la iluminación. La paz verdadera.

Hoy me han trasladado los confusos laberintos de mi vida. Y no he sentido miedo.

NUEVE

El deseo de acariciar la muerte se produce en todos los instantes. Se han sentado los indolentes junto al viejo Sultán. Debo hablarles de aquellas sensaciones que no pueden explicarse con la simple impresión de una mirada.

Comienzo a hablar. Les manifiesto las pocas ganas de vivir que he poseído a lo largo de mi vida. Aclamo a la muerte por los pasillos, por las esquinas, en las calles perdidas. Cuando la tengo de frente le suplico que no me abandone. Pero ella, con el sarcasmo de su falsedad, sonrío y toca las palmas.

La poesía nunca pudo suplir la necesidad de morir. A veces engañaba con los endecasílabos, otras con los alejandrinos. Ni las nubes, los árboles, las estrellas o el agua de lluvia fueron capaces de hacerme cambiar de idea. De rodillas, en una ocasión, supliqué su presencia eterna. No apareció.

Me dejó las camisas planchadas y el desayuno en la mesa del salón. Aún conserva la cama el espacio que ocupó su figura pesada por los huesos.

Los indolentes mantienen una extraña expresión en el rostro. Entienden, comprenden, no manifiestan ni ejecutan los actos. Sultán mueve el rabo y lame sus pelotas.

Esta mañana me levanté con fuerzas. Tomé una cartulina y escribí una leyenda que coloqué en la puerta de casa:

ESCRIBA POESÍA
RESPONSABLEMENTE.

DIEZ

La verdad de la poesía radica en su esencia y nunca en su definición. Se han empeñado en encontrar la fórmula que desvele el sentido de la razón de la palabra, y nunca se hallará en el ser humano. Algo así como la diferencia existente entre armonía y armonía plena.

La poesía es un misterio sublime que acompaña pero que no se deja acariciar.

Sultán agoniza. Lo he dejado en el jardín para que pase sus últimos instantes mirando las estrellas y escuchando las olas del mar que vienen de África. Me acompañan varios indolentes. Uno de ellos dice ser sabio en dolores y males. Un gesto negativo con la cabeza augura el presagio de la lenta y dificultosa respiración del perro sobre el húmedo césped.

Paseo de izquierda a derecha con un cigarro entre las manos. Respiro. ¿Quién acompañará en las bajadas por las escaleras rocosas? ¿Quién ladrará cuando la luz del faro Camarinal se apague?

Enciendo otro cigarro. Sultán ha demostrado una entereza quijotesca. Ni ladra ni se queja, solo intenta respirar.

De un manotazo espanto al mosquito que ronda por mi cuello.

¿Qué es la poesía? La palabra en armonía plena y sin sueños.

Corro hacia el espejo. Lo descuelgo. Llevo el marco hacia el perro y reflejo su cuerpo en él. Sultán abre los tímidos ojos y expira. Los indolentes tocan el espejo pero no aparecen reflejados. Los tres que me acompañan no poseen cabellos ni siquiera en las cejas. Todos son iguales en lo físico.

Tomo el cuerpo de Sultán y bajo con cuidado desde casa hacia la playa. Los escalones con la tenue luz de la luna complican el trayecto.

Me apetece fumar pero tengo las dos manos ocupadas. Camino. En la orilla esperan otros tantos indolentes. Les entrego a Sultán y se adentran en el agua. Vuelvo a casa a la velocidad del misterio sublime, de la palabra en la plena armonía.

La cancela está abierta, la puerta de casa, las ventanas de par en par. Me siento en el sofá y doy un sorbo a una copa de brandy. La poesía no es un arma cargada de futuro, eso lo han inventado los no sinceros, los indeseables que buscan pero no encuentran, simplemente porque son, no han dejado de ser.

La poesía es la naturaleza en su estado primario.

ONCE

Los siniestros se empeñaron en dificultar la propia naturaleza, todo cuanto resurgía del sol y de la luz era destruido por la condición de la ausencia de alimento.

Desde hace muchos años no temo a los siniestros. Los recibo, paso mi mano por sus lomos –como hacía con Sultán– y sonrío, con esa cara mitad idiota y mitad indiferencia.

El nuevo jefe de los siniestros se rodea de gente menuda. Son pequeños en estatura y en conocimiento. Deben estar a la altura de las circunstancias. A través de sus gafas de pasta negra refleja los ojos de los acompañantes. Acuden unidos a los actos del hombre y a los actos de Dios (nunca de mi *dios*).

Los indolentes me cuidan, velan por los intereses de la poesía auténtica y verdadera. El indolente número 13 es una sombra permanente. Si observa paz y armonía plena se marcha. Sabe estar y sabe desaparecer.

Pero si en cambio presiente peligro o incertidumbre permanece con los brazos cruzados y el rostro desenchajado.

Amé a los indolentes a pesar de su silencio. Les llevaba romero y mirto, algunas veces lavanda y menta. Todo, en bolsas, lo dejaba a los pies del faro Camarinal. Un emisario abría la pesada puerta y recogía el presente con las plantas aromáticas.

Llevo 24 horas con Luis Rosales y habito en su naufragio. Acudo a la Zambrano para soportar la realidad. No soy metódico, más bien zetético. Es una sensación que me hace vivir.

La poesía no es el arma cargada de futuro. Es el futuro, el arma, la esencia.

Lo comercial vende pero nunca será poesía, es como el alcohol que destruye el hígado. Y en un futuro morirá como lo hace el pasado, que no existe.

DOCE

No era capaz de contener la angustia por la ausencia de Sultán. Respiraba, observaba el horizonte desde la terraza, el cielo siempre era azul. Las nubes, que saludaban a su paso, viajaban deprisa.

Nunca he fumado tanto. Tampoco he andado tanto, a pesar del dolor, por el césped. De la forma precisa y consecuente con la que Rilke escribía sus elegías y sus sonetos. De la forma indolente.

Esta noche corría una brisa fría. Un indolente me arropó con la colcha. Era el indolente número 27, el encargado de las asimetrías.

Un conocido me escribe y me indica que estoy loco, que mi locura ha imposibilitado una premeditación. Y digo ¡Bendita locura! Mi presencia se configura con un verso de Dante, con un purgatorio completo.

Odio a los siniestros. Amo a los indolentes. Los siniestros son seres impasibles. Ellos hablan de Chesterton. Yo prefiero a Hölderlin. Ellos se agrupan, yo leo a Leopardi. Ellos llevan perilla y gafas de pasta, yo amo a las coristas.

Nacho reía en el banco de san Clemente. El ángel negro repartía rosas, rosas rojas. ¿O eran blancas?

Sigo paseando por el césped. Sultán es pasado y el pasado no existe. La poesía es una ola que se acerca a la orilla. Una ola grandísima. Una ola salada. Una ola sin dueño. Una ola amarilla. Una ola que agota. Una ola. Solo una ola.

TRECE

Libre de la tormenta comienza en el capítulo 19, que es el 1. Y prosigue en el 11, que es el 2. A partir de ese momento debe buscarse el orden de los números naturales. Siempre del 1 al 9. En once series completas. Después permanecen intactos cuatro capítulos que no figuran en las once series. Esos cuatro textos viajan de manera individual y con el sentido propio de la armonía plena.

La conjunción del caos provoca el orden preciso. Los indolentes numeraron cada uno de los textos y los pusieron su orden. El orden primigenio.

¡Cómo sonríen los indolentes cada vez que menciono la palabra siniestro! Es la ley de la arbitrariedad. La reciprocidad más oportuna.

Dios nunca estuvo en la humanidad, nunca fue nadie. Fue Jesús, Jesús nos acompaña, pero Jesús ahora sería el líder de los indignados, de las plataformas en defensa de la dación en pago. La iglesia de los hombres no es la iglesia de Jesús.

Los indolentes son los dioses ocultos, los primeros, los únicos. Son la energía que reporta la vida posible.

CATORCE

Con el palo del bombón helado muevo las colillas que arrojé al cenicero de agua amarillo. Recuerdo a Sultán. El chasquido del resto de cigarro, al caer en el líquido, es parecido al intento de comunicación de los indolentes cuando planteo una duda a la que no pueden responder con la sola impresión de su mirada.

Me enseñaron la magia de los números, las puertas que se abren y se cierran en nuestra geografía, el momento adecuado para ello y, sobre todo, su complicidad que es reciprocidad.

Ahora mantengo una extraña relación con los indolentes. Me visitan de vez en cuando, recibo mensajes por muy diversas vías, incluso escriben correos electrónicos que debo imprimir y descifrar. No acabo de entenderlos y aguardo su presencia para aclarar algunos signos que, aparentemente, no indican nada.

De sus pensamientos descubrí el ritmo permanente, ese paso constante que conocía tan bien Luis Rosales en sus últimos libros. Era como pasear, hablar, vivir con esa mezcla de tono y ritmo que acompaña los propios actos.

Y del ritmo llegó el tono, y del tono la distancia. Entendí, en el banco de san Clemente, que el ángel negro permanecería a mi lado, en persona o en espíritu. Él me ayudó a enterrar a *dios* junto a su árbol, él ordena los poemas y los cuadernos marrones. Lo extraño es que nunca pide nada, ni se alimenta, ni solicita ayuda. Tan solo, cuando me ve cabreado, desea que le compre libros de poemas malos.

En Moguer me defendió muchas veces de la tentación del cuerpo que deja de ser carne para convertirse en alimento, encontró los anillos en la azotea y arregló con su magia algunas imágenes de José Antonio que mi torpeza en la madrugada destruía.

El infierno de Dante es como el día 16 de junio, *La Odisea* de Homero, Telémaco o Proteo, Néstor.

He gastado todos los cuadernos marrones. Ahora los necesito de colores, de colores radiantes. *Si no vas a venir, nunca me des la mano*, dice el indolente número 13, que ahora es el 4.

QUINCE

Finalicemos en nosotros aquello que comenzamos hace años, cuando apenas disponíamos de inteligencia. El alma es el diálogo de la luz y la sombra, la firma del contrato, la rigidez del banco que soporta alguna eternidad.

Respira. Por nuestra vida pasan capítulos de un sueño plácido y real. Todo ha sido, aunque la mentira inunde cuanto acaba y cuanto empieza.

Mira tus manos. El reflejo del sol en la piel deja entrever las líneas del amor. Esto es vivir. La gracia delicada, la lucha y la ignorancia.

Cuando dudes de todo cuanto existe pregunta al indolente número 7. Él revisará el contrato que firmaste antes de ser luz. Incluso se atreve a darte copia para que la conserves y la leas en el banco, en la azotea, a la orilla del mar.

Destruí un ejemplar. Finalicé aquello que empezó en diciembre, justo a mediodía.

DIECISÉIS

Los pocos vecinos que habitan las parcelas colindantes son conocidos. Un saludo, una conversación a destiempo, mucha amabilidad.

Cuando salí de casa me esperaba un ser extraño. Hizo una reverencia con el brazo e intentó parar el coche. Subí la ventanilla y aguardé que la puerta del garaje se cerrara a su ritmo. Permanecía inmóvil con una sonrisa. Miraba mi rostro.

Salí disparado hacia Sevilla. La hora de viaje se hizo corta y de la cabeza no desaparecía el ser sorprendente.

Aparqué en la plaza del parking y, en vez de subir a la oficina, fui a la cafetería por un café cargado y corto. Allí estaba el ser que esperaba en la puerta de casa. Volvía a sonreír. Fui a la terraza del establecimiento para encender un cigarro.

Venía con el café. Se sentó a mi lado y acercándose al oído comenzó a hablar con un tono bajo y mecánico. Se presentó como el indolente número 999. Venía para otorgar unas lecciones. Después de muchos años volvía a tener un encuentro con un indolente, pero con uno que hablaba. Su voz artificial emitía sonidos que apenas podían entenderse.

Dejé de tener miedo. Me acerqué a sus palabras. Escuché, miré, viví.

Esta noche, al llegar a Siltolá, me esperaba sentado en la calle. Abrí el portón con el mando pero dudé si darle paso o silenciarlo. Sentado miraba como entraba en el porche. No hacía nada.

Cerré la puerta con llave desde dentro. Desde la ventana del salón observaba su sombra en la calle. Allí permaneció muchas noches y muchos días. Dejó de hablar. Ya lo había dicho todo.

Cuando salgo por la mañana bajo la ventanilla con unos *¡Buenos días!* Hace una reverencia con la mano como mostrando la responsabilidad de la literatura.

Sigue tu camino, no mires atrás ni te dejes caer en las insinuaciones. Sé fiel a tus principios aunque los principios no sean fieles contigo. El amor hacia el arte te llenará de vida y de muerte.

El indolente número 999 (que siempre ha sido el 9) con las manos apartaba el humo, con sus ojos expulsaba a las sombras. Con su rostro se rodeaba de pájaros.

DIECISIETE

El nueve nueve nueve (999) permanece sentado en la acera. Hoy le he llevado un poco de agua y algo de comer. Con su expresión de amor ha indicado: *Mi alimento es la responsabilidad hacia la literatura.*

Las huecas palabras resuenan en la cabeza mientras vuelvo a la cocina con el agua y los melocotones.

Leo a Propercio y escucho recitado el *Manual de vida* de Epicteto.

Estoy intranquilo. Recuerdo a Sultán y las arañas se esconden en todos los rincones de casa. De pronto salgo por la puerta con premura y acudo al indolente. Le pregunto qué hace ahí, cuánto tiempo va a permanecer en la acera.

El 999 sonríe. No deja de hacerlo. Su mirada transmite una extraña paz, como un desasosiego. Respiro y observo su calva y sus manos pacíficas.

Me molesta el silencio de los indolentes. Hacía tiempo que no lo soportaba y comienzo a arrancarme algunos pelos de la barba.

Vuelvo a preguntarle sus motivos, él sigue con la sonrisa y la tranquilidad.

De pronto, cuando volvía por el porche, sentí un pinchazo abrumador en la cabeza. Las manos acudieron a ella para sujetarla y di media vuelta. El indolente me hablaba en su idioma.

Respiro. Lo hago muy lentamente. Sentado en el sofá del salón fumo un cigarro. Saboreo el sentido común y la disciplina del tabaco.

El 999 aguarda el acontecimiento. Permanecerá allí hasta esperar que ocurra. Dice que no tiene prisas.

DIECIOCHO

Del indolente número 999 aprendí la Ley de Weber-Fechner, aquella que establece una relación entre el poema y la magnitud de su condición de poema.

Todo poema condiciona y establece un estímulo, ya sea cualitativo o cuantitativo.

La Ley establece una diferencia entre el poema y el no poema, entre el poeta auténtico y el no poeta.

Y es que el indolente se dedicó, durante el tiempo que permaneció en la acera, a guardar en un saco los poemas de los siniestros. Incapaz de distinguir aquel que sacaba de la bolsa, ni se conseguía la sensación, ni el estímulo, y mucho menos la convicción.

En una ocasión, el indolente número 999, introdujo un poema de Claudio Rodríguez. Fue suficiente para descubrir que las nubes viajan y que los árboles sostienen a los pájaros. Claudio era el umbral, la proporción, en sus versos pervivían la existencia y la magia.

DIECINUEVE

Mis amigos me llaman. ¡Solo ven a un pobre y humilde pajarillo! ¡Un pájaro en la acera con cara de indolente pero con visión de ocurrencia! ¿Es cierto? No hay pájaro alguno, existe un indolente, el 999, sin pelo y con desgana, con el rostro cansado pero habitando en la perseverancia.

El trato con los indolentes y sus mensajes me llevan a la duda. Dudar al fin y cabo es tan humano como el hecho de proceder. La conjunción armónica que busca el espacio de revelación, la ética y la estética.

Paso la tarde con un amigo. Del vulgar supermercado donde acopiar viandas a la terraza del café donde pregunta y consulta las últimas informaciones. No hay nada nuevo. El faro Camarinal se ha encendido hoy a su hora y los turistas pasean por el camino asfaltado donde apenas se descubre el desvelo.

Desea saber por el acontecimiento. Debo reconocer que la primera vez que escuché a un indolente mentalmente, el acontecimiento se transformó en incidente. De ahí que lo desee pero que le tema. La misma sensación que el día que Sultán murió entre mis brazos.

La calle es la disputa, la impresión del acto, la premeditación. Sin duda no existe la verdad, y la duda es el caos. Deseo ser una cantante china, con hecho y maleficio. Envejecemos sin vida. Somos los mismos y también somos diferentes.

El indolente número 999 es un ser extraño. Permanece en la acera, lo observa todo, cuando salgo hacia el faro me persigue, pero no dice nada.

El amigo sigue consultando y le respondo entre líneas. No debemos comunicar la realidad en la primera conversación. Hay que esperar a que llegue la armonía y todo lo sustente. Hay que tener paciencia. Doy pistas, solo doy pistas.

Espero el acontecimiento como quien espera un incidente.

VEINTE

Confundo al indolente número 999 con el 666 (también es el 9), ambos son parecidos, guardan las mismas distancias y presumen de su cordialidad y paciencia.

Los primeros signos de violencia, antes de que tuviera lugar el acontecimiento o incidente, fueron provocados por el indolente número 88. A las puertas del faro Camarinal un día ocurrió una disputa inexplicable. Aguardaban en la puerta los indolentes 13, 666 y 999. Por la escalera de rocas, junto al faro, apareció el indolente número 88. La expresión de su rostro estaba desencajada. Miró fijamente a sus compañeros y corrió sobre ellos de forma violenta.

Se defendieron, no hizo falta acudir a las manos. El indolente número 88 se tapó los oídos y cayó al suelo de forma fulminante. No pude entender nada. Ni la actuación desconcertante del número 88, ni la energía que transmitían los otros indolentes hacia el que hasta ahora era su compañero.

Lo dejaron inerte a las puertas del faro. Volvieron a entrar en su recinto. Permanecí mirándolo unos segundos pero el cuerpo desapareció. Dejó de estar mientras dejaba de ser. Taché esa noche el número 88 de mi cuaderno. Suponía que vendría otro que le sustituiría, pero no fue así.

Poco a poco los indolentes iban dejando de estar. Todos los días tachaba algún número del registro que mantenía abierto.

Soñaba con el acontecimiento, con un incidente desconocido que no tardaría en llegar. Hablaba a los libros de Platón y

de Parra, intentaba descubrir pero nunca encontraba una explicación.

Me acerqué a la puerta del porche y allí seguía el indolente número 999.

VEINTIUNO

El día que el indolente número 1 llamó a la puerta a las dos de mañana sentí miedo. Era pavor, desilusión, angustia. Sin su visita el incidente se habría producido aunque su presencia aclaró muchas dudas. Es el misterio lo que alimenta al hombre, el cosmos, el espacio, el tiempo, el desasosiego.

Procedió a saludar, estrechó las manos, como quien ama a veces, y comenzó un largo discurso mental que respetaba y seguía.

El indolente número 1 solo leía a Rilke y a Joyce. Subrayaba expresiones y misterios, pistas de aprendizaje que el acontecimiento no era capaz de desvelar.

Y entre tanta verdad aparece la mentira, la vulgaridad del ser humano que imita y utiliza la palabra como un simple instrumento. La palabra no existe, la palabra es mentira si la utiliza el hombre, ya que el hombre es el símbolo de las cosas humanas y condenó a Sócrates. El hombre y el tiempo se funden en el interés.

Ignorancia, solo sé la confusión, la incertidumbre, el desconcierto. Silencio y soledad más patentes que nunca y la lectura en el aprendizaje. La verdadera lectura del lector-aprendiz.

El indolente número 1 poseía la figura externa de Saúl, pero la mente del exterior más lejano.

Aquellos que piensen en la literatura como forma de vida no habitan este universo, tal vez en otro que no existe. Porque todo es mentira, la palabra es mentira y la verdad su símbolo.

VEINTIDÓS

Fumo para creer en la esperanza. Fumo para vivir en silencio y soledad, sin la necesidad de los necios, sin el aprendizaje de falsos. La única compañía que deseo es la de las arañas, la de los indolentes y la del ángel negro. La sombra de *dios* proporciona, en tardes de calor, el argumento exacto de la melancolía.

Vivo para seguir viviendo, para hacer de la muerte un juego de sabios que interrumpe el misterio. Prefiero a Rilke, a Leopardi, a Hölderlin, antes que a Juan Ramón.

La edad nos envejece, aunque también la edad nos condiciona. ¡No tenemos edad! Nuestra limitación es el secreto, el acontecimiento, el incidente.

Sentado en el banco de san Clemente recibí una visita importante. No fue una premonición. Pude tocarlo, besarlo, acariciarlo. Existía, era real, mantenía un equilibrio justo, una existencia armónica. Era la palabra.

Los primeros encuentros con Platón desvelaron el misterio de la espontaneidad, los sentidos se despedían unos de otros sin darse la mano, sin manifestar la irrealidad.

Roma, 1984, diciembre. Veinte años. Nunca estuve más vivo aunque ya hubiera muerto.

VEINTITRÉS

Decidí hace muchos años. Corría una brisa de aire por el cuerpo y el banco se llenaba de agua de lluvia cuando conspiramos. Era la incertidumbre. Tres ángeles, dos poemas y un poco de acción, como en las tardes de verano. Abro el balcón para dejar entrar el aire que llega como el fuego. Es la fragilidad.

Se nos ocurren tantas cosas. La libertad por encima de las posibilidades y el mundo dando vueltas alrededor de una vida que gira en noviembre. Mi amor en el amor acaba como el verso, sonriendo.

Nunca besé, ni amé, acaso pude determinar que un poema es una conjunción lineal que llena el alma. Solo eso. La botella la observo entre penumbras.

La distancia que recorre el poema a la hora de transformarse en palabra es proporcional al límite del misterio. Justo en el instante que descubres las acciones, te marchas.

Los indolentes van desapareciendo uno tras otro. Me dejan a uno de color al que denomino *ángel negro*. Moriré con su presencia rondando las esquinas. Nunca se apartará, seguirá presente en el entendimiento.

Viajo lejos. El ángel negro me acompaña. Es una sombra siniestra que permanece erguida.

Salpico de esencia la conciencia. La completo de vitalidad. Intento olvidar pero no puedo. Los indolentes desaparecen.

Tacho del cuaderno los números, las expresiones, la inmortalidad. Vivir al fin y al cabo es magia.

Se ha derretido el hielo. El vaso está vacío. El cuerpo de mujer es un indolente más que dice adiós sin mover las manos. El rostro lo aportaba Claudio Rodríguez en el bar de la esquina de casa.

VEINTICUATRO

Tras el primer encuentro con el ángel negro en el banco de San Clemente, accedí a acompañarlo al río Timavo. Llegamos a San Giovanni di Duino por carretera. En esos momentos leía a Virgilio y a Francisco de Rioja. Aprendía de sus insinuaciones.

La enseñanza debe ser madurada en el amor a la naturaleza. La sencillez también es una estirpe, una estirpe de gozo.

Wagner y Garcilaso. Una mezcla explosiva pero completamente necesaria. No conseguía la soledad ni el silencio. El ángel negro susurraba al oído y mantenía la distancia prudente de mis pasos.

Lograba conversar con los ciudadanos de los municipios donde parábamos a tomar el alimento. El encuentro nunca fue dicha pero sí necesidad.

El sentido de la belleza solo puede ser transmitido por los indolentes. Ellos manejan la fórmula que otorga bendiciones. Solo hablan de Epicteto: la vida superior, la consideración, la buena voluntad.

El acontecimiento era la ley de la armonía, la aceptación, la búsqueda que encuentra el sentido primero de la razón de la palabra. Guarda silencio, márchate del mundo, de la literatura. En la razón suprema no cabe la palabra entendida como espontaneidad.

El ángel negro amaba a Susana. Su formación lógica le impulsaba a atreverse a seducirla. Era el consentimiento. Pero el ángel negro mantenía la prudencia como compromiso.

El río Timavo es bello en su desembocadura.

*¿Cómo naces tan llena de alegría
si sabes que la edad que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?*

VEINTICINCO

El ángel negro se llamaba Saúl. Tenía ascendencia turca. Mojó mi cabeza de agua en el río Timavo y me regaló una caja con grabados efímeros. La caja misteriosa.

Solicitó que no la abriera en su presencia. Eso hice. Aún la conservo y el ángel no se ha separado de mí desde entonces. El concepto del tiempo que tenemos los mortales es diferente al que poseen los indolentes. La eternidad es un sentido, la perseverancia un recorrido saludable.

Apollinaire era un poeta resucitado. Observo el resplandor de su impaciencia y la iluminación de la gran dama. La razón de la palabra no es la razón de la palabra poética. El amor no sustenta el futuro.

Enamorado de Persio y de Epicteto paseo por Roma. Celebré mi veinte cumpleaños en un banco de san Clemente, con Saúl y Nacho.

Los divinos poemas son infelicidades. Aleja de ti aquello que suene a literatura. ¿Quién tomará el alimento? Nunca cojas el aire, el humo lo sustenta. Elige aquello que se lleva a los espíritus, lo que se afana, los festines no existen sin la sola presencia de la continuidad.

Hoy toco la caja, la acaricio. Han pasado los años. El ángel negro en la puerta del cuarto impide su apertura. El reloj de Londres se paró a la una y veintitrés minutos. El mañana de ayer es el presente. El pasado no existe, es el tiempo de los necios.

VEINTISÉIS

Los indolentes piden disculpas cada vez que leen poesía. Lo hacen con la inmortalidad del aborrecimiento y con el respeto de la grandeza. Como hacía Baudelaire cuando alguien le reconocía en fiestas y agasajos. Cada día agradan mucho más los inocentes. Transmiten esa paz que es soledad y silencio, castidad, pequeñez, aislamiento.

La energía es intensidad, y he comenzado a llamarlos inocentes. Es la insensibilidad del mar, la naturaleza encantadora del faro, un estudio de la belleza que anoto en los cuadernos marrones con tinta solitaria.

Sentado en la terraza un aroma miserable y literario recorre el porche. Luzbel se asoma a la cancela pero Saúl es un arma arrojadiza y expulsa su repugnancia. La dama blanca, la gran dama blanca es el misterio de la voz, la falsa diosa, la música irreversible.

Sobre la mesa contemplo la caja de lata. El regalo. El secreto de las pobres mentes. Grito para intentar su apertura y consigo que se apague el cigarro y se derrita el hielo. Sopla un viento caliente, hay levante.

La cortesía es maltrato, es falsedad. Tomo la carpeta de gomillas azules y leo el contrato que firmé antes de llegar a este mundo. Todo está escrito. La destrucción futura es el presente. El lenguaje se expresa con propiedad en sus limitaciones.

Kafka escribió a su padre con miedo. Nunca respondió a las consultas de magnitud. Kafka y Baudelaire agradecieron su

vida, el alimento, pero no proporcionaron un acercamiento. El templo permanecía cerrado, como el faro en esta noche de sopor.

Las últimas páginas del contrato me hacen temblar. Toco el óleo del cuadro que representa una cancela abierta, los trazos de Neville, las sombras de Cobián.

La paloma se ha posado en la mano izquierda de la dama. Aquella que sujeta con la mano derecha la pierna. Otras palomas comen en el suelo. La luz de la farola se enciende y se apaga, como el faro.

Nunca hay reprobación en los textos de Platón. Él pidió disculpas.

VEINTISIETE

Poesía siempre es revelación y descubrimiento, nunca debe existir sin principios, la razón de la palabra poética es conocimiento, filosofía. Las apariencias nunca importaron a los indolentes, y la posesión es mentira, como la poesía horizontal.

Armonía, mansedumbre y criterio sin resistencia. El poder de expresión nunca será vacío, debe ser violencia, queja, caos e independencia. Revelación. Pura revelación. Símbolos humanos de conocimientos poéticos.

El indolente número 13 no deja de dar lecciones de aprendizaje verdadero. La magnificencia nunca será poesía, es pasividad. Se requiere humildad, silencio y soledad, caminos desamparados. Y la unidad aparece sin presunción. El conocimiento poético es esfuerzo permanente, afán, lectura sin escritura.

VEINTIOCHO

Descubrí la diferencia entre el vacío hueco y frío de la mano del indolente número 13, aquel que solo entiende de poesía. Leía a Valente. Valente es frío, hueco, vacío, pero su vacío es puro, hay armonía en las fabulaciones.

El don de la retórica que poseen algunos siniestros no se contradice con el poeta rural que ahora está de moda. Esa poesía rural y pueblerina que llega a los tres intelectuales de turno y afloran las virtudes que solo ellos ven. Sin credibilidad.

La caja roja, con las esquinas gastadas que han perdido el esmalte, contenía el contrato que firmamos antes de venir a esta tierra de árboles y nubes. Ese ejemplar lo rompí, el otro figura en una vieja carpeta azul con gomillas.

Muevo la caja metálica y escucho ruidos, sonidos siniestros. No me atrevo a abrirla desde 1984.

VEINTINUEVE

Los indolentes número 37 y 73 me acompañaron durante una época muy productiva. Me limitaba a leer y a escuchar sus múltiples explicaciones.

Todos los poetas acuden a un laberinto de plantas aromáticas. El reflejo del sol crea sombras e impide a los siniestros encontrar la salida o buscar el camino al centro indudable. Los siniestros, los no poetas, permanecen toda la eternidad dando vueltas, por eso miran tanto su propio yo.

Romero, lavanda, mirto, menta... Innumerables olores que impregnan la purificación. Dentro del laberinto permanecen las sombras y el humo, humo negro. El sol ilumina pero entristece. La noche crea pero confunde.

Los poetas salen del laberinto en las nubes que visitan el centro, son los poetas auténticos, y vuelven cuando el viaje finaliza.

Las cenizas del aire contaminan. Alejan el misterio sin dar lugar a esencia.

Nada de cuanto ves en el laberinto existe en este mundo. Un espejo, que posee el marco marrón, refleja la existencia de lo falso.

Los indolentes número 37 y 73 hablan del silencio, del silencio y de la soledad. ¿Hace falta tal vez mencionar a los necios? Silencio. Bello silencio. En el centro del laberinto y sobre la tierra húmeda habita la pureza.

TREINTA

El principio de la poesía es la tranquilidad interior, la armonía del nacimiento pleno. Todo lo demás es externo, y lo externo es tormento, ausencia de libertad y dependencia. Se escribe en la verdad, en el amor único.

La literatura es sacrificio, abnegación sin recompensa. Nunca hay que buscar la retribución, ahí está la virtud, el mérito. La literatura es un sacerdocio con principios verdaderos. No sigas el camino del éxito, lucha hacia la felicidad. El deseo no es un hábito, es un error repleto de humo.

Las cosas suceden por sí mismas, sin premeditación. La armonía de la naturaleza nos sustenta, no la rechaces.

Aquellos que viajan con interés vivirán en el humo. Vivir en la sabiduría elimina la culpa, atrae la mansedumbre. El mérito del poeta radica en la humildad.

Prescinde de todo aquello, de todo aquel, que viaja hacia el éxito. Lee los libros clásicos y observa. No te distraigas. El centro indudable solo admite humildad, silencio y soledad.

Respira. Los indolentes número 33 y 44 me enseñaron a respirar en lentitud. Siente el olor del dominio. Escucha tus propios recursos, nada podrá abrumarte. Es la paz interior, sin éxito. Aleja de ti todo aquello, todo aquel, que huele a interés. La excelencia personal es la humildad.

La palabra poética es razón, la justicia y el acto sin alardes. La dignidad del poeta es la reputación de su humildad.

TREINTA Y UNO

La humildad es el único camino hacia el conocimiento. No debes interpretar ni crear normas personales. Todo está en la naturaleza, allí radica el mérito, pero debes tomarlo y asimilarlo. Entrega el alimento al mérito en los libros, en los libros clásicos. La felicidad es la botella de whisky que lleva entre las manos el indolente número 55. La pasea en armonía, en paz. La voluntad del poeta es el líquido que contiene el recipiente. La fuerza que utilizas va fabricando el mérito. El mérito de la muerte.

No temer a la muerte nos hace humildes y auténticos. La sabiduría es el sendero que conduce a la muerte en armonía.

Si hablan de ti: silencio. Si hablan de otros: silencio. La fidelidad a la propia voluntad es la razón de la palabra poética, la verdad, el control, la libertad.

La poesía es la libertad que nos otorga esa voluntad. Pero libertad personal y entendimiento. Nunca creas nada de aquellos que hablan sobre ti y sobre tu obra. La felicidad habita en el interior, nunca en el exterior.

No ejerzas la indiferencia, logra el silencio y su control. Eso es el incidente, el acontecimiento. El progreso espiritual es ajeno a la divinidad que alaban los hombres. Reza a tu libertad, eso nunca será arrogancia si se realiza en humildad. Prescinde de Dios, ama a *dios*.

No creas en la sabiduría personal, ni en el reconocimiento. Recházalos. Elimínalos. Ama a *dios* y a la naturaleza. Busca los signos, las pistas, acércate a los indolentes, aléjate de los si-

niestros. Cierra los ojos, si observas el acontecimiento serás libre, y nunca interpretarás, serás prudente. Poeta prudente.

TREINTA Y DOS

Desde 1984 solo observo la luz. Su reflejo no agrada pero alimenta. Sin la luz habitarán las sombras. Y las proyecciones existen en la ausencia de luz, en su reflejo. La única reproducción que muestra la mentira.

He escuchado pasos. Golpes violentos. Me escondo bajo la sábana y reclamo la presencia de un indolente. Acude el número 18, aquel a quien se le ilumina el rostro en las insinuaciones.

Hablo con las presencias, con las cotidianas y las enigmáticas. Las acerco a la luz para contemplar el rostro ennegrecido por los años. Muero para dejar de ser en un instante y sobrevivo. Morir es el acto de suerte que acompaña a la vida.

Observo el centro desde fuera. No entro. No deseo permanecer en él. Solo es para los sabios. Me aburren los insectos, el olor de la tierra húmeda y las conversaciones con Rilke y con Platón.

Guardo silencio. No creo en nada ni en nadie. Mi *dios* mantiene sus atributos bajo el árbol y vuestro Dios es un invento humano que nadie reconoce. Ni siquiera el propio Dios.

Hay que creer en la luz. Solo en la luz. En las sombras que dicen sentirse acomplejadas.

TREINTA Y TRES

Viene la muerte con su cara de sorna y recrimina. Ese tono burlón de menosprecio incomoda, castiga y elimina la luz. Vivimos para morir, no cabe otro misterio. El ser humano es un espejo que a veces posee el marco verde, que refleja el contrato y lo enseña a la muerte.

Libertad, voluntad y entendimiento. Son los tres mandamientos de respeto a la muerte. El suicidio es libertad de elección, voluntad para ejercerlo y entendimiento para descubrir que nuestra vida no nos la ha dado nadie, la hemos elegido y firmado con pleno consentimiento.

Incluso tuvimos la oportunidad de cambiarla antes de dejar la señal, el acontecimiento. Llegamos sabiendo todo lo que nos va a ocurrir, lo bueno y lo malo, la paz, el orden y el descrédito.

Los hombres siniestros inventaron un mecanismo de actuación, un ejercicio que obligaba a asentir, a contemplar sin observar. Los siniestros engañan con la dulce mentira. Es tan lícito morir como ejercitarse en el suicidio, siempre que mantengamos los tres atributos primeros: libertad, voluntad y entendimiento.

De los indolentes número 17 y 81 aprendí las enseñanzas sobre la ausencia de esperanza. Aquellos argumentos externos que comprometan o condicionen deben ser rechazados. La libertad es la elección templada, la voluntad es ejercicio y el entendimiento es la sabiduría.

El compromiso que adquirimos es ajeno a la divinidad, la fuente de energía nos alimenta. Vivimos para engrandecer a la muerte, a la propia pérdida.

Una araña muy lista se ha colgado de la tela con la cabeza abajo. La observa el indolente número 81 y sonrío. A veces los insectos son más listos que los seres humanos.

TREINTA Y CUATRO

Dijo el indolente número 15: En la administración de la justicia radica la esencia de *Fábula*. Y lo que para unos era mediocridad para otros fuerza y surgimiento. El ser humano suele aprovechar las oportunidades una sola vez.

Si contemplas la naturaleza desde la rama de una encina, comprobarás que todo posee movimiento. Nada permanece más de una vez en un mismo lugar. Despiezo la visión en retículas minúsculas que dividen la presencia en esencias. Y a su vez las esencias son símbolos, misterios que acompañan a las gotas de agua.

Todos los elementos que conforman la naturaleza poseen una atracción personal y justa. Si tomas una flor entre las manos su raíz pasa a ser una línea de acción, te sentirás fuerte, con principios, con responsabilidad. Es la ley de la propia aceptación. La misma que bendice la muerte y su elección.

Debemos estar preparados para cualquier cosa. La naturaleza que observamos es nuestra naturaleza. Ni la esperanza ni los temores deben afectar al acontecimiento.

La oportunidad siempre se encuentra escondida en la naturaleza. Debes descubrirla. Como la poesía, la palabra verdadera es la raíz de la flor que arrancas de la naturaleza. Y la muerte de la planta es la vida de tus intenciones.

Los siniestros no entienden, no comparten, no desean los ideales naturales. Ellos carecen de reparación moral.

TREINTA Y CINCO

De los indolentes aprendí que no hay dos seres iguales. Tan solo se asemejan de manera idéntica aquellos que conforman el *confuso laberinto*, pero no abundan.

Ahora, mes de octubre de 1989, me enseñan que los seres humanos pertenecen a 500 estirpes exclusivas. Y de ellas provienen todos los hombres y mujeres de la tierra.

No existen más. El número quinientos corresponde a la misma cifra de indolentes.

Las semejanzas y similitudes son constatables y ciertas. Procedemos de una raíz que hay que definir y encontrar, en ella figura un desarrollo real y verdadero.

¡Quinientos!, repetía por la noche. Abro los ojos a las cinco de la mañana, justo a las cinco, desde hace muchos años. Después nunca duermo. Paseo, leo o fumo un cigarro a la luz de la luna y respirando.

Las consecuencias de la igualdad se traducen en síntomas, y los síntomas en misterios, y los misterios en realidades. De una misma raíz, aparecen millones de seres. Y hay quinientas estirpes. Analiza los actos, los rostros y las imperfecciones. Cuenta las diferencias. Solo existen quinientos.

Sobre la mesa del salón, el indolente número 37, ha dejado el cuaderno y las flores. La lavanda se seca en la mediocridad.

Llueve, ha comenzado a llover intensamente. En este mes de octubre el agua es la pureza, y el fuego es el síntoma falso de los siniestros.

TREINTA Y SEIS

La puerta de casa se ha llenado de gatos. Uno negro se levanta cuando me ve y se acerca para pasar la cola por mi pierna. Siento un escalofrío. Los otros gatos huyen, desaparecen.

Nunca debes llamar a una cosa por dos nombres diferentes, aunque exista la duda. Ni siquiera en la interpretación. La duda es un modo de conocimiento que se encuentra encerrado en un círculo grande y transparente. Desde fuera observamos la duda con clara nitidez, la duda y su reflejo.

La duda nunca saldrá del círculo. Si lo hiciera dejaría de ser duda para convertirse en verosimilitud. Y ya hemos comenzado a denominarla de otro modo erróneo que nunca será el suyo.

Los indolentes no dudan. Ni los gatos. Ellos habitan en la plenitud, y allí no existe la duda. No se observa el círculo ni la imagen bella que es la retórica.

Vuelven los gatos con un topo. Lo han cazado en la zona del romero. Se alimentan. Ellos no dudan nunca porque controlan el dominio de sí, la transparencia.

TREINTA Y SIETE

Los gatos siguen en la puerta. A veces se asoman por el cristal del porche y comprueban que permanezco leyendo a Dante. Hace frío. Me asalta la duda. Todos los indolentes son iguales, aunque difieran por una información numérica que los perjudica.

El número es una impronta de la estirpe. Son quinientos. Ha comenzado de nuevo a llover. La humedad entra en casa, los gatos están fuera. No se inmutan.

Llamo a los rabilargos. Se acerca el incidente. Vuelan bajo y los gatos no hacen nada por comerlos. Todos al fin y al cabo permanecen.

La diferencia entre conocimiento e interpretación es una duda muy grande. Abro la ventana para respirar la humedad. La realidad es el sueño que no puede cambiarse. Viajo hacia la luz. El agua es alimento, el fuego desperdicio, sinrazón, crítica pública.

Tomo un poco de infierno y hablo con los indolentes, con la mente de los indolentes. Bebo agua, toco el agua, salpico de agua toda la casa. Los gatos se asoman de nuevo por el cristal. No hay reflejos. Delante de ellos el gato negro, el menudo gato negro y siniestro.

Llega el acontecimiento. Lo presiento. Escribo a todos los amigos para dejar constancia. Me despido de ellos.

Desde hace unas semanas observo el mundo y la vida con otros ojos, con ojos de indolente. Agradezco y deseo. Sonrío y soy feliz. Permanezco.

TREINTA Y OCHO

En la tierra que habitamos no se puede vivir con independencia. Todo es subordinación y falsa verdad.

No existe la revelación, tan solo el trabajo constante, ordenado y el misterio. Confundimos revelación con confirmación. Es la confirmación la verdad como virtud primera. Revelación es lo que ha sido (pasado) y confirmación es presente, independencia.

Todo aquello que ha dejado de ser ha perdido su propia independencia. La falsa independencia.

Hay que seguir siendo fiel a los principios, a todos los criterios. La contrariedad supone confirmación, y la confirmación es la sabiduría.

Donde no hay poesía solo habitan los no poetas.

Hay que seguir siendo fiel a la verdad, a la única verdad posible y probable: la poesía auténtica. Y sin revelación, con confirmación.

TREINTA Y NUEVE

El indolente número 444 me enseñó la visión de la muerte reflejada en los rostros.

Hoy ha llamado a la puerta y se ha sentado en el salón. Hemos tomado una infusión y ha cogido mi mano. Imágenes, figuras, expresiones, el gato negro se asomaba por el cristal de la puerta del porche. No paraba de observar mientras temblaba.

Por la memoria han pasado las quinientas estirpes. He reconocido a seres de mi entorno. Todos procedemos de una de esas estirpes.

Desde el año 1985 anoto las características de cada estirpe. Cualquier ser humano pertenece a una de ellas. Guarda su proporción y su armonía.

Las estirpes proceden de los quinientos indolentes que no hablan. Aquellos que permanecen entre nosotros y conocen su misión.

La muerte y la poesía se reflejan en sus rostros. Por eso los siniestros carecen de virtudes.

El indolente número 444 se despide. Acudo a los cuadernos y busco su estirpe. ¡Vienen tantos recuerdos! ¡Regresan tantos nombres de personas!

La muerte y la poesía viajan del dolor al placer y viceversa.

CUARENTA

Mira el camino. No dejes de observarlo. Nunca apartes la vista aunque azote la niebla. Esa ruta es misterio, una magia que evita la proporción y el éxito. La vía es la virtud. La única dirección a la armonía.

La poesía es el camino que nunca finaliza.

CUARENTA Y UNO

Los quinientos indolentes no llegaron a la tierra en el mismo momento. Fueron creando estirpes y descubriendo las limitaciones del ser humano. El número 500 contiene las proporciones áureas y el equilibrio. El número 500 es el indolente número 1.

Hoy ha venido Loreto. Calentaba la cama mientras leía a Woolf. Virginia no es Loreto aunque pertenezcan a la misma estirpe.

Recuerdo que la vi primero. Estaba sentada en un banco de vieja madera en el instituto. En el instante de la melancolía, cuando sabes que se irá (lo aprendí del número 444), me aparté. Se sentaba conmigo en clase. Hablábamos de nuestras cosas mientras le cogía la mano. Loreto era bella.

Miraba con premura. Los labios reflejaban el calor del romero y la pringue de la encina que chorrea verbigracia.

Un día se marchó. Se fue para siempre con lo puesto y un poquito de un cuaderno marrón que aún conservo entre plásticos.

Paseo por el porche con el cigarro en la boca. Las encinas han comenzado a soltar resina. Se pegan los zapatos en el suelo. Es Loreto que dice que no la olvide nunca.

Y no puedo querer a nadie que me quiera porque yo no me quiero.

CUARENTA Y DOS

El pilón agota el ruido en el caño de agua que salpica los helechos. Ahora que amo de nuevo a Goethe, Loreto pasa a ser el recuerdo de un indolente, llueve.

He dejado de estar, he dejado de ser, me río de las reseñas y de las críticas literarias.

Los indolentes irán en el área de la fábula. Los siniestros aparecerán en el área de los no poetas, y la vida, ¡ah la vida!, la vida no figura, en homenaje a Loreto.

Tomo con Saúl la última copa y sonrío. Lloro de rabia inmortalizada por lo último que leo.

El amor, como la religión, llena al hombre de basura. En el fondo de indolencia. Aquellos que respiran volverán al abismo con la camisa nueva, con la tela planchada y un poco de vergüenza.

CUARENTA Y TRES

Ayer corté la buganvilla con las tijeras de podar. No había brotado y las escasas hojas verdes comenzaban a amarillear.

La muerte de Loreto hizo que estuviera mucho tiempo alejado del amor. Y un día, sin quererlo y con la presencia de Saúl de forma permanente, llegó Susana.

Tuvimos una extraña relación. Me recogía en la moto y en la universidad nos sentábamos juntos. Planeamos el viaje a Turquía con el consentimiento del indolente número 159, aquel que aconsejaba en los viajes.

Ahora que ordeno tomo los cuadernos marrones de aquellos años y no dejo de llorar. Ya hablaba con Pablo y con Antonio, con Claudio y con María Victoria. Aprendía. Leía. Respiraba.

Un día de los años ochenta apareció Platón y nunca le dejé marchar. Le invité a un MM (Mexican Mule) cargado y permaneció en el porche por los siglos de los siglos. El invento de *dios* para los hombres nunca será el invento de *dios* para mi alma.

Acaricio a los gatos. Todos desean el paso de las manos por sus lomos. El negro es un impertinente. Los gatos son el cuerpo del ser humano. El gorrión el alma.

Si alguna vez has visto a un gato comerse a un gorrión, es el cuerpo que se alimenta del alma para seguir siendo cuerpo.

En las noches subo a la rama de la encina y adopto la forma de gorrión, de indolente número 1. Si se acercan los gatos y

suben por el tronco, los alejo. Tengo esa potestad. Alejado del amor como la niebla.

CUARENTA Y CUATRO

Los indolentes número 666 y 999 no existen. O lo que es lo mismo, ambos son el número 9. Y a su vez 666 y 999 son reflejos del espejo, aquel que posee un marco verde.

Hay indolentes que pasan desapercibidos, son muchos. Simplemente están y son, pero no justifican sus actos ni enumeran sus proporciones.

Recuerdo un verso de Parra, de sus artefactos: *Por complacer a mis superiores*. Me recuerda a la poesía que se escribe en estos momentos, a la crítica que se hace en estos momentos. Todo es para complacer a ellos, nunca para alimentar a la literatura. Donde no hay literatura no existe la justificación.

Dudo de todo aquello que existe y no puedo tocar, oler, mirar, escuchar o comer. Absolutamente de todo. Y en sobremana de cuantos enojan su presencia en las irrealidades. Justifican sus actos en un enfado ínfimo que desprende miseria. Los siniestros son limitados y ajenos a la literatura, que es vida.

Mi madre me ha mandado hoy dos mensajes desde un número oculto. No tienen desperdicio. Los he copiado y los he llevado a la nube indicando la fecha del envío. He llamado al indolente número 10, aquel que da fe de los actos, para que corrobore.

La poesía es una antorcha que siempre arde, el componente encantador de la vida, la intuición sobrecogedora de la razón de la palabra, la verdad. La poesía es la verdad.

Cuando sueñas, siempre te encuentras al indolente número 2, la irrealidad. Pero el sueño no se puede oler, ni tocar, ni ver, ni escuchar, ni comer.

Ajeno al amor, deseo la mansedumbre, la armonía, la verdad que viene encima de una nube. Hoy el gato negro se ha comido tres almas. Engordará bastante.

CUARENTA Y CINCO

A pesar del buen tiempo van cayendo las hojas. Las piso y su ruido disimula el contacto con el suelo. Amanece pronto. El nublado cielo engaña. No es mediodía.

Disponemos de instantes. Solo de momentos donde el agua se transforma en una luz irreal. Entonces llega el mediodía.

Esa luz irreal es la muerte.

CUARENTA Y SEIS

El auténtico estado natural del ser humano es la simpleza. En el caos radica la creación verdadera, en el caos de la manse- dumbre y la armonía. En el caos de la dulzura y la humildad.

El siniestro, el no poeta, habita en un falso caos artificial, en la dependencia absoluta, en la deshumanización del hombre, en la política de la utilidad.

Sonríe, pero hazlo verdaderamente, sintiendo la verdad y la coherencia, aléjate de la opinión idéntica y vive como lo hacen aquellos que manifiestan la virtud.

Sin caos habitará el falso caos. La vida sin perspectiva.

Huye de la fama y escóndete en la austeridad, serás geométrico, serás círculo, encontrarás el mediodía.

CUARENTA Y SIETE

Otro auténtico estado natural de la pureza es la humildad. Sin silencio ni soledad no existe la verdad. Y el caos es la única armonía pura y posible. El ser humano precisa de la protección del caos, que es la mansedumbre del conocimiento. Todo cuanto sabemos es mentira, por eso no conocemos nada con verosimilitud.

El acercamiento es un estado de gracia, como una implicación que provoca equilibrio entre nuestro gato y nuestro gorrión. Cuerpo y alma perviven en la falsedad de su existencia.

El indolente número 222 es la irrealidad, como el número 2. Proclama pero precisa. Acude pero altera. Habla pero guarda silencio.

Y así pasan los días, entre el calor del mes de diciembre y la oscuridad de las noches de verano. Con la sorpresa del acercamiento.

Cierro la puerta con llave para olvidar y abro el corazón para reconocer. Amo a los indolentes. Odio a los siniestros. No soporto el dolor que me visita. Es un dolor inmenso, como una aparición a mediodía.

CUARENTA Y OCHO

Aguardo la llegada del indolente número 3, es el 444. Lo hago sentado en el porche con las obras de Epicteto sobre la mesa. Los gatos junto a mis pies, los cuerpos se asemejan.

Doy un sorbo al MM y sonrío. Huele a humedad, hace unos instantes ha saltado el riego.

Deseo vivir pero me alejo de todo aquello que huelga a humedad, a menosprecio. La realidad es un número, hemos sido quinientos y apenas conocemos a nuestros semejantes. La virtud de saber es un ejercicio repentino, como una aparición.

Llaman a la puerta. No abro. Desde el porche doy la vuelta y sorprende a la visita. El indolente número 444, que es el 3, ha llegado temprano. En su rostro la expresión de la muerte, el reflejo del fin de la vida en aquellos que van a morir.

Los gatos se le acercan, los pájaros se marchan con un vuelo rasante, las encinas desprenden la resina en las losas azules, las descoloridas.

Bebo para olvidar y leo a Epicteto para aprender. Recito en voz alta algunos pasajes del libro que tengo entre las manos. El indolente apoya su mano en la mejilla y hace un amago de sonrisa que causa pavor. Si he de morir que sea ahora, que también nos cansamos los hambrientos.

CUARENTA Y NUEVE

Hemos administrado el alimento. Aléjate de aquellos que dicen cosas bellas de ti, de cuantos engrandecen tu obra o tu persona. No son silencio, ni soledad, ni verdad, ni círculo, ni centro. Se limitan a ejercitar al gato, nunca al pájaro que aguarda sobre la rama de la encina.

Viene la libertad con su rostro de muerte. No hay mejor ejercicio que el propio entendimiento de la humildad propia y ajena. Paseo por Siltolá con el indolente número 111, aquel que dice ser el 3 pero que en realidad es el 1. Guarda silencio. Observa con expectación aquello cuanto hago. Arranco malas hierbas, recojo unos tomates y unos pimientos, disparo a los rabilargos que se comen los higos y las peras, respiro.

El indolente aleja su mirada de cuánto debe ser advertido. Sorprende su presencia entre los insectos, las arañas se esconden en las cortinas.

Abro el libro de Epicteto y recito a mi acompañante:

La mayor parte de la gente tiende a engañarse a sí misma pensando que la libertad consiste en hacer lo que te hace sentir bien.

De pronto comienza a soplar un fuerte viento, una ráfaga veloz y extraña. Los pájaros abandonan las encinas y los acebuches, los gatos corren calle abajo. Llega una luz sonora, es el caos, las leyes de la naturaleza.

CINCUENTA

No me cansa Epicteto aunque siempre repite las mismas insinuaciones. Cuando Epicteto desea reconocer la verdad y la virtud recurro a Marco Aurelio.

El indolente número 1 me ha aclarado mucho de las 500 estirpes, dice que en el fondo son 9. Tan solo 9. Todo se fundamenta en las 9 estirpes, aunque desarrollen 500 variaciones.

El indolente número 1 ha arrojado la caja misteriosa al suelo y se ha abierto. Además de una copia rota del contrato, que conozco pues la otra copia está en la carpeta azul, han aparecido nueve piedras. Cada una de ellas posee diferente color, textura, volumen y peso.

Me he sentado en el centro del césped con las nueve piedras. Las toco y cierro los ojos, imagino, respiro a hierba húmeda y presiento una energía diferente cada vez que cierro la mano con una piedra.

No me canso de soñar. Corro hacia el espejo, el del marco verde, y acerco las nueve piedras. No se reflejan. Mis manos están vacías. La verdad como *dios* llena al hombre de humo. Dejo las piedras en el mueble de la entrada y corro hacia el contrato. Posee manchas de humedad, el papel arrugado es un continuo doblez, un entresijo.

Todo es mentira aunque al mirar hacia atrás la tímida y arrogante figura de Saúl se manifiesta.

Leo el contrato y lloro. Mis hijos, mi nieto, mi poesía, la puñetera *Fábula*, los tomates, los calabacines... Arrugo los papeles donde el futuro se convierte en presente.

CINCUENTA Y UNO

Vázquez Montalbán era poeta. Ideaba una fórmula magistral para aliviar los males tras la lectura de su obra. En mi caso hizo efecto. Recuerdo que mientras leía los últimos libros recibidos comentó:

no no lee hasta entrada la noche.

Y le hice caso. Compartimos momentos sublimes. De Manuel entendí que las estrellas deben ser observadas sin euforia, con la simplicidad del humilde que mira para arriba y para abajo. Decía:

*inútil cosmonauta
el que contempla estrellas
para no ver las ratas.*

Entonces los indolentes no aparecían aún, ni salían del faro Camarinal. Mis acompañantes eran Luis Rosales, Vázquez Montalbán o Claudio. Pepe Hierro seguía causando furor entre los adolescentes. Siempre me quedaba con Manuel, el adelantaba el tiempo:

vagarás eternamente en busca del espejo.

Y el día que encontré el espejo y lo enmarqué con madera marrón (hasta su primera ruptura) y después en verde, Vázquez Montalbán susurraba al oído:

*rompe espejos retratos recuerdos
ponte bragas de corista diadema de acanto
sal desnuda al balcón y méate en el mundo*

antes que te fusilen las ventanas cerradas.

Y pasaron los días con sus noches correspondientes. Y todo era abril:

aunque nada se sepa a ciencia cierta

CINCUENTA Y DOS

Corro tras los rabilargos. Recuerdo algo que he visto y lleno los árboles de CD musicales. Dicen que el reflejo del sol produce un brillo que ahuyenta, pero no es cierto.

Sobre la rama del nectarino se alimentan los pájaros. Voy hacia ellos y se marchan temporalmente, solo por los momentos ante la presencia del hombre. Saúl no deja de reír y me acompaña. Él también los espanta, con sus grandes manos de color hace aspavientos dulces. Los frutos reflejan los picotazos de ellos. Las hormigas comienzan a subir por el tronco.

Un lagarto verde y estable se ha posado en las escaleras del porche. Cuando lo diviso se esconde bajo el mueble donde guardo las fundas de los sillones. De una patada hago salir al lagarto y lo miro, lo observo tan detenidamente como te miro a ti. Saúl, a mi espalda, lo contempla todo. Confundo al indolente número 1 con el propio lagarto.

Llevo unos cascos inalámbricos y escucho poco, tan solo aquello que deseo oír. Lo que aporta calor acaba siendo pena. Odio el amor doliente, el amor de babor y de estribor.

Los tomates saben a tomates. Los enjuago bien y les recito versos de Parra. Llevo dos días con Sócrates. Aquello que él vivió con los insectos lo he encontrado. Vivo para morir, ya no intervengo en todos los conflictos.

Me preguntan por mi estado. Cansado, repito cansado. El cansancio es un estado civil como la soltería, el matrimonio o la viudez. No lo olviden. Son adversarios.

CINCUENTA Y TRES

Sacar la poesía de su propio fondo es pasado. Todo cuanto rodea al ser humano impuro es interés, mero interés. Mienten, utilizan los rostros de la parsimonia, el lenguaje de signos equivalentes, la humildad relativa de la falsedad. Interés y pasado.

Si algún día conoces a alguien que no funcione por el interés huye de él, también es mentira. Su falso interés está estudiado, es un experto en premeditación. Se suelen aconsejar por ancianos ignorantes y desprendidos de sí mismos. Mayores que no habitan en el mundo real, parásitos del recuerdo. Y el recuerdo es pasado. Y el pasado no existe.

La intuición es un grado de equivalencias. Nunca, salvo a los indolentes, he conocido a nadie que armonice la lógica, la verdad y la intuición. Nuestro tiempo es un mundo de perros, de guardianes simples de la propia genética.

Conservan la memoria, tan solo la memoria. Y la memoria es como sacar a la poesía de su propio fondo. La memoria no es real, ni es verdadera, es esclava del pasado.

CINCUENTA Y CUATRO

Paseaba entre las farolas en la noche y comentaba con el indolente número 4, aquel que antes era el 13, la lamentable situación de la poesía oficial en España. Sin ir más lejos este año se han publicado obras de autores importantes, con reconocidos nombres, que han acaparado las reseñas y menciones de los suplementos, pero ninguna de ellas aporta nada, dicen nada, son nada, vacío. Es como la poesía plana de los tiempos remotos: correcta construcción y menos vida que el topo que ha caído a la piscina y muere intentando subir los escalones sin vista, sin mirada, sin acción.

Unos dicen que el culturalismo ha muerto, otros inventan los términos rurales para autodefinirse sin llegar a la categoría de crucigramas, los hay que siguen buscando en la luz divina la inspiración mediática.

La razón de la palabra poética es la lírica de la emoción y del misterio. Es la fuerza del topo para salir del agua con humildad y respeto, en silencio y soledad, poco a poco hasta que lo consigue.

Ahora viajo por algunas ciudades para analizar las mafias literarias que habitan en ellas. Me acompaña el indolente número 4 y algún que otro soplón con forma de equinoccio. Todo cuanto acontece en la poesía de ese puñado de tierra pasa por sus manos. Tanta divulgación, redes sociales, medios de comunicación, apariciones, propaganda barata y efímera. Cuando pasen cincuenta años volveremos a leer a Dante y compañía. No hay que salir de ahí. Lo de ahora nada aporta.

Es tarde. Ha llegado la luz encima de una nube. La luz es la humildad, la nube su destierro en soledad. No hablan, es el silencio. La pasión es un arte, la poesía que se escribe ahora en España los ojos de un topo. Ciega.

CINCUENTA Y CINCO

Los indolentes que nos visitaron fueron 500. Pero todos se concentran en 9. De los 9 indolentes originarios, los números 2 al 9 generaron 62 estirpes cada uno, y el indolente número 1 solo 4.

Son los 500 indolentes, o los 9 indolentes padres de las 500 estirpes.

Cuando lees por primera vez el contrato dispones de dos opciones, aceptar o rechazar. Si aceptas nos indican que volvamos a leerlo en un espacio y tiempo que no entendemos, sin prisas, en la eternidad. Así el ejercicio de libertad se cumplimenta de manera completa, firme y eficaz.

Si lo rechazas ponen delante de ti otros contratos hasta que elijas uno y lo firmes.

Todos hemos firmado, todos hemos aceptado, todos hemos decidido libremente la vida que llevamos y cuanto perseguimos.

Así pasan los días, en un cuerpo prestado y con ganas de salir, de volar, de extinguir la mediocridad que impera en los hombres.

Todos descendemos de un mismo origen, de una idéntica raíz, vivir al fin y al cabo es indolencia. Es la indolencia, como la poesía.

CINCUENTA Y SEIS

El indolente número 13 dice que debo dejar de hablar de poesía y centrarme en describir a cada uno de los suyos. Lo observo con cara de impaciencia y leo los últimos galardones concedidos por algunos nombres que me suenan pero que nunca ocuparán un lugar en la historia de la literatura.

Aguardo el amanecer con la sonrisa en la boca y la copa de whisky en la mano. Los cigarros vencidos acaparan todo el cenicero y los primeros pájaros acuden, ante nuestra presencia, al nectarino para devorar los pocos frutos carnosos y aún sin madurar.

CINCUENTA Y SIETE

Nunca habrá poesía hasta que dejemos de ser. Buscamos el camino, nos guiamos de fuentes y de clásicos, entendemos que la ruta es la correcta. Pero lo zetético solo aparece cuando hemos dejado de ser. Solo así seremos en la verdad, en la virtud y en la justicia.

Los indolentes son seres que dejaron de ser en otra eternidad, y así lo manifiestan. Buscan el silencio de las palabras y la soledad de las almas o espíritus, de sus propias libertades de los cuerpos. Han encontrado la verdad.

Desde que abrí una de las dos cajas misteriosas leo el contrato cada noche que estoy en casa. Lo permiten las piedras. Antes de dormir y reclinado en la cama, repito palabra por palabra todo lo que allí figura. Hay fragmentos que conozco de memoria y los recito con los ojos cerrados. Otros párrafos intento saltarlos pero la luz lo impide.

Cuando termino he perdido el sueño. Tomo las 9 piedras. Las recorro con los dedos, las aprieto en la mano. Pierdo el miedo y pienso en Platón.

La segunda caja posee los recuerdos de las otras vidas. Siempre viajas de un cuerpo a otro con la segunda caja. No es visible a los siniestros ni a los acompañantes.

Observo la segunda caja. Toco su silueta. No he dejado de ser.

CINCUENTA Y OCHO

Escuchaba la respiración del caballo mientras agarraba con fuerza su cuello. Galopaba tan rápido como la deducción o el recuerdo, como la memoria o la inteligencia, como la lógica o la verdad.

La duda en la poesía contemporánea no es intuición, es deducción. La lectura enseña, provoca las interrogaciones lógicas que acercan a la ciencia, que acompañan a la verdad, la virtud y la justicia.

Ciencia y razón caminan de la mano del instinto. El olor nos hace huir, pero el olor nos acerca a la ausencia de fondo, aunque la forma sea correcta.

Los que defienden a los siniestros no buscan su beatificación, desean el reconocimiento personal exclusivamente. Nunca canonizarán a Platón y sus lectores no transmitirán el descubrimiento del hallazgo o la verdad.

Recuerdo, la poesía contemporánea es recuerdo, y el recuerdo es pasado.

Susurro al caballo el poema de Parménides. Mueve la cabeza de arriba hacia abajo sin más interrogación que la propia lógica, que la mera inteligencia.

CINCUENTA Y NUEVE

¡Cómo anhelo a las coristas! Hablo con los indolentes y me despido de ellos. Me encierro a leer y a buscar los complejos, los misterios, la bella luna que acoge las dudas y los comentarios.

Aguarda Novalis. Me aburre la poesía de ahora, amo a los clásicos, a esas coristas, a las cantantes chinas, a las bailarinas de poca ropa y mucho silencio.

Sin la soledad uno nunca está vivo. Esperan los clásicos en el sofá del porche.

El indolente número 13 dice que desea quedarse, así observa mis movimientos y se asegura que no cometeré ninguna locura razonada. Le respondo que todo es igual y él lo sabe, que todo es mentira y él lo determina.

Se acercan los pájaros, los pájaros pequeños y bellos. Los tomo uno a uno y los envío en sueños a mis amigos. Es un buen augurio, un presagio magnífico, son estrellas fugaces que conceden deseos.

Arranco mi careta humana y enseño al indolente mi verdadero rostro. En los últimos años soy muy feliz, aparto de este alrededor la vida y conservo la esencia de la soledad.

Amo la virtud, la justicia y la poesía auténtica, que nunca será ausencia de vida. Anhelo a las coristas.

SESENTA

Los últimos años permanecí escondido, sin más ayuda que la de un *dios* enterrado junto a las raíces de un árbol y la compañía de un indolente, el número 13, que mantenía el silencio y la soledad a la perfección.

Los encuentros en el faro Camarinal resultaron extraños pero figuraban en el contrato, nada pude hacer. Las 9 piedras las guardaba en el bolsillo izquierdo del vaquero. Cuando salía de casa me acompañaban.

Observé indolentes donde otros solo veían gorriones. Extraños seres mudos y sin cabello que se agrupaban y salían del mar.

Resultaron una fuente de conocimiento desmedido y pausado, creadores de la verdad y el misterio, de la poesía pura y auténtica, de la perfección y la dolencia.

Durante el tiempo que el indolente número 13 habitó en casa no volvieron los rabilargos, las arañas se marcharon a las encinas y las hormigas nunca entraban por la puerta del porche. Francisco, el jardinero, dejó de cuidar las plantas y tuve que dedicar muchas horas para evitar que murieran.

Miraba el reloj constantemente, con el interés del paso del tiempo. Deseando que todo fuera pasado, falso pasado, aquello que no existe.

La indolencia por encima de las propias posibilidades. El reloj permanece parado a las dos y ocho minutos.

2. Saúl, el ángel negro

UNO

Llueve en el campo. La violencia del agua en los cristales me refugia en un viejo cuaderno marrón. Repaso cada uno de los seres clasificados. Sobre la mesa un cenicero y el vaso con hielo derretido.

Los indolentes me ayudaron a comprender el origen del mundo, los errores y los misterios de todo aquello que un hombre busca en los años de su más insensata rigidez.

Las nueve estirpes se multiplicaron en quinientas, así podrían cubrir a todos los seres humanos de la existencia. Aunque partían de nueve esencias primitivas los matices dominaron el mundo por necesidad. El indolente número 1 fue especial, solo dio origen a 4 estirpes, a diferencia de los números 2 al 9 que generaron 62 estirpes cada uno.

En la administración de la justicia radica la esencia de los indolentes, de la justicia poética y de la ética y la estética humanas. Ambas circunstancias se unen de la mano para conseguir la veracidad, que es el ejercicio de la contradicción y el caos. Sin ella no existiríamos, ni seríamos, ni habría poesía entre nosotros.

Después de una temporada en Siltolá y tras haber aprendido las lecciones iniciales de la melancolía: la dicha y la humildad, vuelvo al faro. También llueve en Atlanterra. Llueve en demasiada que no es lo mismo que en alegoría.

Observo la luz del faro apagada. Llamo a la pesada puerta pero nadie abre ni responde. Enciendo un cigarro para esperar y aguardo la presencia de alguien. Nadie acompaña.

Bajo por las escaleras que acercan a la playa y descubro un nuevo nacimiento. La realidad ha hecho que pueda observar la verdad de la virtud y la esencia. Sobre las olas cercanas que mueren en la orilla muchos indolentes nacen y se ejercitan en eso que ellos denominan humanidad.

De pie, y con el cigarro entre las manos, los contemplo. Guardo silencio. La poesía es presencia, la soledad de las horas humanas.

DOS

Sobre la mesa del porche dejé una copia del contrato que estaba en la carpeta azul de gomillas. Era la copia auténtica, la verdadera.

Vuelvo a recordar a las coristas. Los bailes, la música de mediodía. Si supieras lo que sé de ti acomplejarías el alma sin el arte y la esencia, sin la espontaneidad.

Tomo el MM, enciendo un cigarro y cojo el contrato como si de un crucigrama se tratase.

En la verdad radican los principios y en la virtud los actos complejos. El reloj de Londres ha comenzado su marcha y se ha parado de nuevo a las siete menos nueve minutos. El año de 1846 es una imitación, como una apoplejía de las pilas y la energía del más allá.

Levanto la mirada y solo veo libros, libros viejos y nuevos, palomas, a la gran dama, una bicicleta blanca, el río Timavo, los mosaicos de Aquilea.

Amo para seguir perdiendo la inocencia. Quiero a las coristas, a todo aquello que figura en este contrato, que dice, exactamente, que la muerte se acerca con su cara de esfuerzo.

TRES

Diciembre siempre es triste. Sentado en el sofá, adquirido en Meguerry, con la funda marrón que cubre mis piernas, releo el contrato. Poseo la tentación de resaltar aquello que atañe y de tachar aquello que entristece, pero Dante no lo permite.

Toco el bolsillo de mi pantalón para asegurarme que las piedras permanecen en el mismo sitio, en el lugar de la manse- dumbre, sin cristalizaciones.

Fumo para seguir amando a las coristas, a la música que hace olvidar las tristezas, a los reflejos de luz que la poesía fabrica.

Nunca podemos interrogarnos, la consulta limita, el error es la indagación, su propia consecuencia. Los siniestros tratan de apoderarse de la belleza marchitándola. Los no poetas tratan de destruir la auténtica poesía fabricando la propia. Diciembre es siempre triste.

El reino de la belleza es el de la claridad, y la claridad es un don, viene del cielo, del cielo de los justos, del infierno de Dante.

Pobres siniestros, morirán como los tomates, faltos de vigor por los bichos del campo, por la vida de la naturaleza, por la enumeración que es sacrilegio.

CUATRO

Comencé a tener miedo de Saúl el día que lo encontré en la cocina con la mirada perdida, posado en la esquina donde habitan las arañas. El indolente número 1 podía ser siniestro y lo desconocía. Aún no disponía de argumentos, así que mi comportamiento fue el mismo de siempre. Además, desde Roma, a comienzos de los años ochenta, conocía a Saúl y todas sus intenciones.

Tras la ventana del salón observo cómo se aleja diciembre. Se marcha de una vez por todas, se aleja de verdad. Llueve. Esta mañana el agua salpica de nuevo los cristales, las rejas y hasta el alma. Llena de agua y de humedad los inconvenientes.

Decidí comportarme como si nada hubiera ocurrido y alejé el miedo de mi vida. Saúl permanecía a mi lado como si tal cosa. Hablábamos, charlábamos, leíamos, ejercitábamos el gusto, el tacto, el olfato, el oído y la mirada. Todo era igual. Pero en el fondo sentía un escalofrío cuando desaparecía y se alejaba al rincón de las arañas. Ser siniestro no es un problema. El problema es ser siniestro e indolente.

Una noche, mientras dormía, vino a la cabeza de manera autónoma la muerte del indolente número 88. Contemplé en la memoria el dolor de sus ojos, la antonomasia, la más importante de las características de su propio fallecimiento.

Me levanté temprano. Saúl permanecía con su cuarto cerrado. Llegué al árbol de *dios* y comencé un diálogo con la raíces.

Todo figura en el contrato, no lo olvides.

CINCO

Hasta los cinco años los seres pequeños desarrollan la conciencia de manera sublime. Son capaces de oler aquello que no percibimos, escuchar sonidos para nosotros inexistentes, o ver cosas que no distinguimos con los ojos.

En la medida que los seres pequeños crecen y se contagian de nuestro mundo aparecen las limitaciones y la ausencia del sentido común, son los desvíos.

Saúl me recordaba a un niño que se quedaba mirando un lugar donde supuestamente no había nada. Él contemplaba algo.

Todos esos actos extraños provocaban en Saúl un cambio de mentalidad. Se puede ver y se puede observar, y esos acontecimientos deben ser utilizados para la salvedad de la indolencia, nunca para el engreimiento y la vanidad. Si todo cuanto fueres se alimenta de silencio y soledad no temerás males. Si en cambio buscas el amor propio hallarás la tentación de lo siniestro, darás la mano a los cadáveres malvados que siempre, absolutamente siempre, están presentes y te observan.

Así Saúl recibía tentaciones, tentaciones siniestras que le apartaban de la indolencia y la esencia, de la virtud y la verdad, del bien y del caos. Todos los siniestros actúan ordenadamente, nunca dejan nada al azar, provocan y sonríen.

Aproveché los momentos de expansión para explicar a Saúl que él era un indolente, el indolente número 1. Y que sus tentaciones debían enriquecerle y engrandecerle.

Con el paso de los días y de las estaciones Saúl fue entrando en razón, en un lógico argumento. Con la ayuda de los versos de Parra y los oficios de Joyce, cada vez que observaba algo ajeno a mi visión manifestaba amor y absorbía la riqueza que le proporcionaba.

Saúl permanece a mi lado. Me enseña la misión de los indolentes en la tierra y la interpretación de cada palabra pura o expresión. Alguna vez, como un niño pequeño, habla con una esquina de la cocina donde se esconden las arañas. Pero ya no me asusta, me enriquece.

SEIS

Si deseas morir te lo permito, no soy nadie para decidir pero sí alguien para conseguir. La vida sigue otorgando realidades. Y la verdad es un mito que no debe salvarse, tiene que agilizarse.

Una solución sería errar, errar siempre, pero sé que no dejas que ocurra. Tomo la Custom y dispongo de la claridad que falta en el ambiente. Se quema el amor y la vida sigue otorgando estados.

Quién soy para decir que todo es mentira, que nada es verdadero. ¿Una sombra? Sí, solo una sombra sin espacio. Hoy suena la Custom y las ventanas permanecen cerradas. Lo has provocado. Las piedras han seguido en el bolsillo, nunca fueron lanzadas.

Se pierde el deseo, se inventa el dolor. La noche oculta sus posibilidades y el amor arde como el suceso de la búsqueda. Miro para seguir perdiendo la inocencia, para seguir buscando la palabra.

Quién soy realmente. ¿Nadie? ¿O tal vez esa sombra de la verdad que dice manifestarse como una contrariedad?

SIETE

El viernes 23 de diciembre de 1988 recibí la visita del indolente número 37. Permanecía en el sofá. Escribía el poema «Sobre la piel del mundo» que luego apareció en *La muerte oculta* (1996). Sostenía el cuaderno marrón y un libro de Dante. El número 37 me entregó la caja mágica y una carpeta azul con gomillas, en ambos elementos había una copia del contrato.

Ese día no llovía. Hacía frío. Tenía un canario en una jaula en la cocina. Le llamaba Señor. Por las mañanas alegraba la oscuridad de la nubes con un canto peregrino, por las tardes le limpiaba la jaula y le añadía el alimento verdadero.

Un día el canario fue perdiendo las plumas de la cabeza y al día siguiente yacía en la jaula.

Todo aquello que pretendes suele ser hecho y cuanto necesitas, realidad.

J. J. Cale me acompaña todo el día. *Friday*. La no lluvia. La muerte del canario. El indolente número 37. El contrato que leía mientras me sudaban las manos y la nuca se arrugaba.

Friday. J. J. Cale. El agua que no aparece en los cristales y el camión de mudanza que me trasladaba de nuevo a Moguer, esta vez de visita.

La virtud es el síntoma de la ejemplaridad, la voluntad el hecho que lo incita. Silencio y soledad. Los sonidos del canario dejaron de existir y la noche acompaña, solo la noche.

OCHO

Saúl acariciaba todos los días mi cadera izquierda. Tardé años en descubrir su presencia. Tuve que esperar que se ejercitaran los sentidos intrépidos que habitan en los sensibles.

Descubrí su presencia en Roma. Pude observarlo, hablarle, escucharle. En la azotea de Moguer un pájaro me dijo que podía verlo. Mis acompañantes no lograron contemplar ni siquiera al pájaro.

Precisamos la eternidad para poder entender, para observar, para ver, para escuchar, para oler. En cada vida amplías algo más el raciocinio, la segunda caja va creciendo en capacidad y la primera contiene todos y cada uno de los contratos de las existencias.

Saúl fue bautizado en el río Tivamo. Era mayor. Tomamos un pesado autobús desde Roma a Trieste. Nos acompañaron otros ángeles y la gran dama blanca.

San Giovanni di Duino. Después fuimos a ver mosaicos a Aquilea. Saúl estaba feliz. Nadie podía captar las extrañas presencias. En la basílica una señora mayor dijo:

Vas muy bien acompañado.

Volví la cabeza para darle las gracias pero había desaparecido entre la multitud que hacía fotos a los pavimentos.

Precisamos la eternidad para dejar de ser. Un tiempo que nunca es pasado.

NUEVE

Si no entiendes el Arte ámalo mucho. Más aun, no dejes de quererlo, atiende sus compromisos, con paciencia y afecto. Comprobarás que Pedro Páramo otorgará tus peticiones, todo cuanto reclames.

Acudía a casa de mi madre por las tardes, deseaba darle ese beso en la frente que tanto precisaba. Me sentaba un ratito en su sofá y le preguntaba si necesitaba algo. Ella respondía mirándome:

¿Y vas a ir con tanta gente?

Saúl sonreía, lo hacía siempre. Sé que junto a Saúl algunos otros indolentes habían tomado cariño a mi madre. Ellos intentaban darle un beso en la frente pero ella no los dejaba, los percibía y los apartaba.

El arte es como la filología, asusta, nadie dice nunca nada pero todos entienden. La filología es una gran sepultura que han cavado los hombres, aquellos que se manifiestan y se dejan ver. La filología es un viejo muerto de nuestro siglo, un cadáver sin sangre.

En Trieste descansamos en el castillo de Miramar, sentados mirábamos el agua. En sus jardines nos perdíamos. Amábamos el arte y su justicia.

Susana se marchó a Estambul con un turco y me dejó con las extrañas presencias, con la duda hacia la filología. Si llegaban rumores los expulsaba del propio llanto. La muerte es tan necesaria como la vida, el tránsito se acerca y deseo firmar

otro contrato para observar el avance de la eternidad, mi propio ritmo con la Custom.

DIEZ

El principio creador no instaurado fue *dios*. Dio vida a los nueve primeros indolentes, ellos generaron las estirpes. Todos descendemos de ellas. De alguna manera, de uno u otro número.

Saúl solo creó cuatro estirpes, las más puras y poéticas: agua, aire, fuego y tierra.

La misión de Saúl provenía de la eternidad. En el porche y con Mozart de fondo, dijo en una ocasión que me había acompañado en todas las vidas anteriores. No me asusté, sentí una angustia irreconocible. Era verdad.

Aceptar la muerte es comprender la vida y asumirla. Preguntaba mucho a Saúl: por qué, cómo, dónde, para qué... Él respondía con símbolos, con imágenes precisas que recordaban al Dantés de Dumas.

Proseguía en mi defensa del caos ante Saúl, del caos como principio y mecanismo regulador del orden. La alteración de un número puede provocar un cambio de estirpe, o la violencia generada por el indolente número 88. Guardaba silencio.

Llamábamos al indolente número 13 para que nos acompañara cuando hablábamos de poesía. Los tres odiábamos la filología pero amábamos a los clásicos.

Siendo muy pequeño me escondía en el cuarto de baño para no escuchar las riñas de mis padres. Tapaba los oídos con las manos y aguardaba de rodillas que alguien llamara a la puerta. Allí tampoco estaba solo.

He preparado un MM muy frío y lo he vertido en la tierra donde está enterrado *dios*.

ONCE

No creo lo que otros indican y dicen. Si tú crees en ellos falseas, reivindicas la arbitrariedad. Pobres los ignorantes que mencionan su nombre entre otros nombres. Acabarán vertidos como agua que cubre el pozo séptico, como el letargo de la mar-mota, siniestros del ayer, no poetas de hoy.

Con *El libro de Job* entre las manos. Si hay que morir que sea con ello, nunca con lo nuestro, con lo impuesto y manido. ¿Quién define los nombres? ¿Quién proclama la ausencia?

Los indolentes llevan meses transmitiendo un estado de no gracia que asusta, como una inspiración. Anoto los reflejos que puedo captar y escribo a mis seres queridos. Como una leyenda. Vienen a proclamar un estado de miedo. La vieja Grecia deja su antigüedad para convertirse en invento.

Cierro los ojos y todo arde en su propia naturalidad. Sin justificación.

Recito a *Pedro Páramo*, a Dumas y a Platón. De fondo Parra vierte su indolencia sobre el número 1.

Ocúltate de ti que eres lo impropio. Abandona la esencia, la falsa cualidad que ahora circula por estos territorios.

DOCE

Cuando molesta la cadera llamo a Saúl para que recite a Parra. Lo hace con tanto entendimiento que los versos se convierten en artefactos y la verdad en virtud. No me canso de escuchar su silencio. Toma el libro entre las manos y mueve la boca sin sonido, pero con adjetivación. La imitación al juego es un acto disciplinado que aparece en domingo.

Lo políticamente correcto te acerca a los siniestros. Tanta maestría poética no consigue justificar aquello que no se sus-
tenta. Se llama dar juego a algo que muere solo, con el tiempo.

Mencionamos nombres de académicos, de otros que han estado muy cerca pero no han escrito nada, unos cuantos poemas políticamente correctos y poco de ausencia que no es caos, siempre pasado.

Los siniestros saben agradecer la verdad. Interponen las propias condiciones a los atardeceres. Lluve. Se inunda el pilón y rebosa la agilidad favorable.

Saúl se presenta en sus estirpes. Anoto en un cuaderno, en el móvil, en la cabeza, el número correspondiente a todas ellas. Disponemos un número, un símbolo, una revelación.

Leo el Corán. La palabra de Alá. Es curioso descubrir el mirto entre las flores, el romero junto a las enredaderas y la menta con lágrimas.

Cuando incomoda la cadera no pasan los minutos, los días son rincones y la mirada habita como un adversario permanen-

te. Me desnudo y respiro. Ser correcto poéticamente es falsa riqueza, prefiero los tatuajes.

TRECE

El contrato lo entrega para su lectura el indolente número 5. Viene impreso en un antiguo papel mitad amarillento mitad retama, con olor a espectros.

Cuando lo sostienes entre las manos el indolente número 5 se marcha. Te cede todo el tiempo del mundo, la eternidad. La única misión de este indolente, además de la creación de sus 62 estirpes, es controlar y acreditar los contratos. Nadie nace en su propia firma, sin la aceptación de la verdad.

Pero la verdad no siempre es virtud, ni mérito, ni creencia. La verdad es libertad, asumir y aprobar. La verdad es recibir. La virtud es dar sin ser, con privación.

El gato negro sigue rozando su cola en mi pantalón. Tiemblo. Llamo a los pájaros. Hoy las nubes han estado muy cerca del corazón ajeno, como un dulce lapidario.

Nunca rechacé un contrato. Acepté sin contemplaciones aquello que el indolente número 5 ponía delante de los ojos. Leía en lentitud, como quien sabe amar sin ser amado. Firmaba.

¿Causalidad o casualidad? ¿Ley o circunstancia? ¿Qué deseo? La firma del contrato no se puede evitar.

El dolor nunca se inventa, viene instruido y sin depósito. Es la autoridad.

Se han vuelto a torcer los cuadros del salón. Se caen las amapolas. La bicicleta blanca no presenta equilibrio. La paloma se mueve con ventaja. La ventana cojea.

Por más que lo intente, por más que insista, no puedo querer a nadie que me quiera, yo no me quiero.

CATORCE

En *El libro de Job* la derrota de Luzbel por parte de *dios* se realiza con la entrega y el sacrificio. Es la justificación de dejar de ser para ser. Pero Belcebú persiste, está presente. Llama a la puerta cuando descansas y te ofrece recompensas, bellos agasajos de vanidad y literatura.

La filología es un invento de Satanás para hundir el arte y la cultura. El hombre nunca conoce su valor auténtico, los siniestros aprecian aquello que no posee utilidad o riqueza.

Acaricio la primera caja, aquella que contiene la copia del contrato y las nueve piedras. Bajo esas hojas había otros elementos que nunca logré tocar, ni percibir. Desde entonces la caja ha vuelto a estar cerrada.

Del contrato se firman 4 copias. Una para Saúl, el indolente número 1. Otra para el indolente número 5. La tercera para su revisión por el indolente número 7. La última es nuestra copia. Tenemos constancia por escrito de aquello que firmamos, de aquello que aceptamos. De todo cuanto asumimos y viviremos.

El contrato es extenso. Aparecen los nombres de todas las personas que convergerán en la vida. Nombres sin apellidos que defines y encuentras. Todos. Absolutamente todos.

Esta noche he encendido las farolas, las luces exteriores que rodean la casa. Golpean la puerta. Una vez y otra vez. Tapo los oídos para evitar un ruido que persiste. Apago las luces y las vuelvo a encender. Me asomo con cuidado por la ventana del salón, entre las cortinas, y solo hay sombras. Figuras siniestras

que no hablan. Saúl sigue dormido en el sofá. No voy a despertarlo.

Busco algo para abrigarme y abro la puerta. Salgo fuera. Voy hacia la entrada al laberinto que reserva humedad. El pilón sigue golpeando el agua.

El sueño de los indolentes no será riqueza, ni ellos se justifican en las obras, solo cuando han dejado de ser son.

QUINCE

Costaba entender a Nacho, era especial. En Roma paseaba con su cámara de fotos y su música. En la India descubrió el sentido de su vida, la amistad. Estuvo conmigo unos años, los ochenta resultaron extensos como la duración de los cigarros, como las tardes absurdas componiendo música que nunca verían la luz.

Nacho no se fiaba de Saúl. Por más que le explicaba sus intenciones indolentes le recriminaba en los consejos. Era pura virtud, como una insinuación permanente. Nacho se quejaba de su mirada aunque esos ojos transmitían paz.

La azotea de Moguer dejó paso a la verdad. La virtud se reconoció en Roma y el método en el pueblo de Juan Ramón.

Loreto ya había fallecido cuando subí las escaleras hacia aquella azotea. Allí me esperaban Diego y Juan, después llegó José Antonio, el de la imagería. En el suelo, en la esquina donde me encontraba observando las nubes, aparecieron dos anillos. Los perdí en Roma. Aparecieron. Desde entonces guardo los anillos en mi propia caja. Los pongo en mis dedos cuando acudo a un acto al que asisten los indolentes. Ellos vigilan y observan, contemplan.

Tenemos lo que hemos firmado, debemos aquello que conocemos y queremos lo que nos acontece. Nada es sorpresa aunque todo es caos.

Todo son nubes y sombras. ¿Quién soy? Pregunto al indolente número 1. No escucho una respuesta fácil, aquello que deseo oír. Sigue ardiendo todo, con el fuego de la verdad.

DIECISÉIS

El gato negro apareció esta mañana con media cola. No sé si tuvo un accidente o un enfrentamiento, lo cierto es que su largo y grueso apéndice estaba cortado y no era el mismo. Por más que intenta pasarlo por mi pierna retrocedo un poco y evito ese roce. Se acabaron los sobresaltos, las inclinaciones, aquellos escalofríos que decían terminar con la veracidad. Desaparecen los desvíos.

La encina que tiene la parra alrededor ha muerto. Todas las ramas secas, las hojas marrones y la vida están en el suelo. Se ha muerto la encina de la parra, la que posee babas en demasía. Lo considero un robo, como una miseria.

A pesar de la muerte de esa encina las otras comienzan a dejar caer bellotas en el suelo, son bellotas pequeñas, bellotas minúsculas. Los pájaros, el viento o la fuerza y su ausencia hacen que caigan.

He visto huellas en el porche esta mañana, eran huellas de pies descalzos. Me asusté al observarlas y me impresioné al pisarlas. Debió ser un pie muy similar al mío. O tal vez en la noche salí sin entenderlo a pisar la húmeda fuente de la soledad. Los ladrones no madrugan, o no se acuestan, llegan tarde.

Hay tierra en la base del tronco de la encina muerta. Creía que eran hormigas pero resultó un gusano violento que aprovecha la debilidad para robar el resto de la vida.

Solo contemplo la más oscura de las asimetrías.

DIECISIETE

La madrugada se ha visto interrumpida por el llanto desesperado de un niño. Era un congojo, no concebía esperanzas. Acudí al indolente número 30, el que ejerce la curación con las propias manos. Sus dedos reflejaron luces, una iluminación blanca. Sin apoyar las manos en el niño, el indolente paseó las palmas por su cuerpo. El niño remitió en su locura y siguió durmiendo con una placidez infinita.

Lloramos para crecer, amamos para aprender. Y seguimos las causas que las normas contienen, la identidad personal es miseria en sí mismo, orden universal, ausencia de reconciliación.

Siempre viene la luz en la locura, es el tránsito estable, la gloria de la contemplación.

Aunque deseo partir la fuerza que trasladan los indolentes me apasiona. Ellos son la esperanza, el discurso y el orden, la auténtica poesía.

Los indolentes pretenden enseñar aquello que empezaron, administran el razonamiento, todos nacemos de nuestros contrarios, es el caos, lo que podía haber sido, no ser para ser.

Apenas oigo nada, falta estabilidad, dignidad, venganza. Hoy fumo para vaciar el cenicero de colillas.

DIECIOCHO

La forma y la proporción de las bellotas ayudan a reforzar la idea de bien y de armonía. Bendita geometría la de los girasoles en su búsqueda de la luz, de la verdad, de la virtud.

A pesar que los indolentes animan a mirar hacia arriba bajo la cabeza para divisar el suelo, a los seres que permanecen anclados a la tierra y sin esperanza de liberación. Allí no se observa la geometría, todo es como una línea vertical que nunca será auténtica.

Contemplo las sombras en el piso y recuerdo la no poesía, aquella que no posee naturaleza y es imitación. La que se humilla con bajeza, con el exceso de una precisión errónea.

Después del incidente me despido de todos los números que completan el origen. A cada uno otorgo un presente. Saúl también se marcha en su presencia física, permanecerá su educada justicia.

Me abrazo a los indolentes y entonces miro la luz, que es lo bello y lo bueno. El sol se cubre por unas nubes que expresan el uso correcto del lenguaje.

Si no vais a volver dejadme la señal.

Con la educación de una formación militar cruzan el porche hacia la puerta de salida. Ninguno mira para atrás.

Tomo el espejo e intento reflejarme. No aparece nada. Vuelvo a hacerlo por oposición y no hay actividad en los sentidos. Es la raza mortal que muestra su ridículo.

DIECINUEVE

Los indolentes buscan unificar a las personas justas con los seres útiles. Lo bello será bueno, con orden y eficacia, la proporción del ser radica en su vergüenza.

Desde hace muchas semanas no suena el teléfono, y si lo hace no respondo. Me gusta comprobar los números que han hecho las llamadas por mera curiosidad. La admiración es privacidad y su ausencia diálogo. Prefiero la imaginación al entendimiento, la filosofía a la pretensión, la poesía a la no poesía.

No debemos interpretar, el arte obedece a los géneros supremos que siempre son opuestos. De la generación del caos proviene la fortaleza, del tono la invasión y el vértigo, del ritmo la pureza de la palabra auténtica.

Ordeno los libros. En la definición de unidad hay desorden, desorden del mundo.

Hablo con Saúl aunque él no esté presente. Sigue respondiendo en su lenguaje, en sus palabras no hay patriotismo. Por complacer a mis superiores cambiaré la leyenda de la entrada a casa.

La poesía es una causa artesanal, la única que existe en realidad. Perseguir la verdad es la meta del justo, sin nadie que intervenga. Y si hay alguien nunca será conocimiento superior.

VEINTE

La voluntad de figurar es un síntoma de desesperación. Deseas aparecer en esa foto movida por las eternidades. Y, además, te atreves con un poema que causa figuración.

Nunca dudé de la capacidad pero sí de la equidad, de la ausencia de inteligencia y de la falta de orden. En el fuego que miras todos ardemos. Hasta los impresionistas que adquieren un cuadro por retórica.

Aléjate del mundo, del ser, de la comprensión. Cuando recibo cartas las borro sin leerlas. Ahora mi memoria es límite y es ilimitada. Centro la comprensión en la lógica, en la lógica poética. El hielo se derrite porque el azar es bello, nunca por el calor o el gusto.

¿Llegarás? ¿Dónde? ¿Lo deseas? Y las respuestas se repiten en error, error, error. Las piedras siguen en el bolsillo.

Pregunto a Saúl por la poesía y me remite al indolente número 13. No responde, no complace. La admiración es un pensamiento y he dejado de hacerlo. El todo siempre es nada y la verdad una causa que lo expresa.

Círculos, veo círculos. Solo círculos ajenos a los matices de la espontaneidad. Viene la luz hacia nuestras cabezas, es un inconveniente.

Hoy me has demostrado que no merece la pena. Que los bellos poemas que has escrito arden. El ingenio es prudencia y no lo posees, te hace daño.

VEINTIUNO

Saúl temblaba cuando recordábamos el primer encuentro en el banco de san Clemente, en Roma. Nuestros vínculos fueron sagrados antes y después del incidente. La admiración que sentía por el ángel negro se iba incrementando en las conversaciones, como el ímpetu o la justificación.

Cerraba los ojos y estaba con él en Atenas, un diálogo filosófico inundaba la fogosidad, la idea y la forma. Los jóvenes que se nos acercaban venían de la noble mentira, de la falsa promesa. A ellos la dama blanca los declaraba como una causa errante, no poetas retóricos, hijos de la filología.

No comprendían el fondo natural, el punto de partida del camino hacia el centro, la confusión, el caos o el lenguaje cotidiano. Nunca asimilaron el conocimiento superior. Saúl recomenzaba y con ello su desgaste se hacía más y más pronunciado.

Saúl permanecía absorto en sus pensamientos, en la belleza, la virtud y el orden.

Hagamos todo con identidad. El reflejo del amanecer es eterno, las estrellas lloran en la proximidad, en la naturaleza somos auténticos, verdaderos, maleables, la poesía se convierte en poesía al dejar de ser, nunca en imitación.

Hay un pájaro que, en movimiento, deja de respirar. Es el desorden y la alteración. La vida misma.

VEINTIDÓS

Llevo unos años en mala posición asistencial. Cuando quiero bailar llamo a los indolentes y acuden muchos. Saúl permanece a mi lado. Hay números mojados que vienen, otros se quedan. El gato negro, que ha perdido su cola, vuelve a intentar el roce pero no lo consigue. Repito números en alto mientras subo a la nube alejandrina. Números como el 83, el 29 o el 551. La nube me besa por necesidad y no le correspondo.

Bailamos, seguimos bailando. Sudo con el libro de poemas de aquel que nunca existe pero leo. Sin esfuerzo, con el amor de madre, de hermano, de abuelo. Leo los versos y respondo. El fuego sale por las manos, entre los dedos.

Digo los números en alto. Saúl sonrío sin parar, el tono de su risa es mágico.

Tendremos un otoño lluvioso, lo dice el romero, la lavanda y el mirto. Lo aseguran los topos y las ratas.

Solicito que te quedes pero marchas. No permaneces. Has sido permisiva, vulgar y distante. La hermandad de sangre nunca será la unidad de espíritu. La sangre acerca, el alma desespera.

Te has cansado y ya no aguardas. He marcado tu número mil veces. Nadie respondía. Suman 3. Solo 3. Busco el destino en otra parte.

Bailamos. En torno al centro el baile será mañana, nunca pasado. ¿Te has cansado? Las piedras pesan y aunque se lancen hacia nuestras cabezas somos iguales. Nueve piedras.

Nueve. Piedras. La negra la acaricio con amor, con un amor que quema sin deseo.

Fumo para temer al equilibrio de la mediocridad.

VEINTITRÉS

Pregunto a Saúl si el contrato lo modifica o lo corrige alguien. No recordaba las fechas que aparecen y al leerlas me estremezo. Saúl mueve la cabeza de izquierda a derecha, una vez y otra vez.

El grado de aceptación que posee el alma (pájaro) en el momento de la firma del contrato es inexplicable. La aceptación se convierte en gracia, en indolencia. ¿Causalidad o casualidad?

Ahora debo reconocer que nunca hubiera rubricado como pájaro a este gato. Expulso todo el fuego por los dedos pero el papel no arde, ni siquiera se arruga. Permanece firme sobre la piel del mundo.

Indico a Saúl que el alma no presiente los males, ni las definiciones. Que su fórmula existe como figuran las letras doradas en los libros de piel encuadernados de azul. Acaricio las piedras. He tomado la blanca y la negra. Hago que choquen y ese sonido se repite en la cabeza. Es algo permanente, como las fechas.

Araño los días, los meses, los años. Todo es firme y siniestro, todo es vocabulario, una primera vez que olvidas por aceptar al gato, observar como el felino se alimenta del débil gorrión en la rama de encina. Las manos siguen ardiendo.

No recuerdas, borran de tu interior la sabiduría y la ética. Nueva alma pura y limpia, como los versos de Bécquer. Un indolente te acerca un contrato que ya viene firmado y aceptas. Lo haces sin rechistar, por complacer a los superiores.

Corro hacia el mar. Molesta la cadera. Tardo una eternidad en conseguir un destino incierto pero llego. Respiro. *Por complacer a mis superiores soy capaz de tumbarme boca abajo* (Nicanor Parra).

VEINTICUATRO

La voz desaparece cuando habitas en la palabra de otro. El eco es como el humo, ninguna percepción se compromete a seguir haciendo algo en equilibrio.

Dejas toda tu vida en manos de las nubes y ellas desaparecen el día que sopla el viento. Malgastas tu gato, tu pájaro, el sentido primero de la esencia más pura.

Todos somos felices si se acerca la muerte. En ese justo instante. El grado de decencia ilumina los rostros verdaderos.

El amor da por hecho los actos imposibles. Solo al final del túnel la luz será borrosa. Hoy Saúl ha salido a pasear y no ha vuelto. Llevaba algunas ramas en las manos. Aspiraba el humo que aparecía en su camino, humo negro.

Saúl tiene la costumbre de dejar su sombrero junto a la pirámide verde de cristal de la mesa. La oculta, la tapa con la paja. La figura de piedra levanta todo aquello que la cubre. Junto a la pirámide verde hay otra más pequeña de color blanquecino. He dejado las piedras junto a ellas. Se mueven en el mueble. Como habitando la palabra de otro que no se encuentra en ti.

Todos somos felices si la muerte nos llama. La vida es un contrato.

VEINTICINCO

Indolente. Repito la palabra sobre el sillón del porche. Creo ver a Saúl, pasea y mata hormigas. Los topos destruyen las raíces de la lavanda y los agapantos. Lluve. La sensación de humedad es parecida a los viajes en la nube endecasílabo.

Odio a los siniestros, aquellos que fabrican un nombre en la mediocridad del *yomimeconmigo*. Si mantienes la esencia en la pura armonía dormirás en la justicia. Si en cambio lloras de dolor se acumulan las diferencias entre la virtud y la existencia.

Todo se justifica en la armonía, todo se sustenta en la armonía, la vida del ser humano es armónica. Y esa proporción no es constante, es caos, confusión y desorden.

Aquello que se convierte en pasado permanece en el contrato. Ni se borra ni se elimina. Mantiene su presencia en el papel para que nunca olvides, para que recuerdes y consideres al pasado como presente eterno.

Se ha roto la piedra blanca. La grieta del comportamiento es apariencia. La agarro, lo hago con fuerza. Las manos sangran. Los filos no otorgan segundas oportunidades.

Saúl, en las mañanas, da lecciones para expulsar al gato. Se intenta pero no se consigue. Ganas respeto e integridad, nunca movimiento.

La vida es una limitación en estado primario. Llama a la puerta la muerte. Los pájaros permanecen en la rama de enci-

na. El pilón suelta agua. Hablamos con la muerte en su misma presencia.

VEINTISÉIS

¿El maestro es el aprendiz o es el creador? Se derrocha energía en la responsabilidad, una fuerza tan grande que los indolentes deben adentrarse en el mar para purificarse. Y es que toda creación provoca agotamiento. Saúl disimula su cansancio leyendo los últimos versos de Parra que he recibido hoy.

Somos testigos todos los días de la lucha entre Luzbel y el indolente número 5. Son implacables. El grado de responsabilidad de ambos me entretiene. Cada uno de ellos lucha por un interés diferente, son las afinidades.

Desde hace unos días no aparecen los gatos. Los pájaros se marcharon de pronto y las nubes giran antes de llegar a casa. Hay bellotas en el suelo, bellotas pequeñas y duras que el viento tira de las ramas. Las hormigas corren improvisando un alimento para pasar el invierno. Las arañas tejen doblemente para capturar sus presas sin frío. Pero el huerto se apaga. Todo pierde el color.

Pensé que eran mudos y resultaron indolentes. Estaba en Camarinal, junto a Atlanterra. Allí la libertad se apoya en la verdad y la virtud. El naípe que saca Belcebú en su partida de cartas con el indolente número 5 también es subterráneo. El rey de trébol. Un trébol de tres hojas, sin mérito ni capacidad. Negro. Trébol negro.

Vuelan los insectos. Revolotean por todo aquello que posea humedad y desasosiego. ¿Aprendices? ¿Maestros? Platón admiraba a las coristas.

Sin malgastar el tiempo mueres.

VEINTISIETE

Saul, luce sunt clariora tua consilia omnia.

VEINTIOCHO

Spiritus Domini malus in Saul sedebat autem in domo sua et tenebat lanceam porro David psallebat in manu sua.

VEINTINUEVE

Me gustaba rebasar la línea que separa la realidad del miedo. En el infierno se vive mucho mejor que en el cielo. Nunca sabré si soy carne o pescado. Lo dije hace años y lo repito ahora. No me canso de arrojar el sombrero al césped y la verdad al huerto.

Nunca calla el silencio. Hace tiempo que dije no. No quiero estar sin verte más Saúl, a pesar de tu maldad y las contradicciones.

Ahora da la sensación de que todo está en la sangre. Libre y sin gravitación me repongo al caerme. Busco aire y las nubes sonrían.

El ser será la estatua de un poeta que se inmortaliza en el aire. No sabemos hacer nada y era de esperar. Nunca debí saber quién eras. Si debo mentir que sea a las bellotas y a las encinas.

¡Qué prometedor! Todo es perfecto pero algo fallará. Aquellos que se acercan, aunque sea poco, a los siniestros son y serán siniestros. La lluvia guarda nuestro secreto, no lo olvides nunca.

Vuelve la niebla, la falsa niebla a mi alrededor. Todo se disuelve en el roce. He perdido el cuerpo, el gato se ha marchado. El gorrión agoniza a los pies del tronco del acebuche, aquel que posee un hueco donde habitaba la comadreja. *Chance*.

TREINTA

A mediados de los años ochenta comencé a recibir señales extraordinarias. Provenían de aquellos a los que calificué en su día como *confuso laberinto*. En un primer momento creía que eran el mismo gato con distinto pájaro, pero no fue cierto. Mantuve con ellos varios encuentros secretos y ajenos a Saúl.

Cada mañana me levanto peor. El estómago, la espalda, la cadera. Como si en la noche en vez de descansar alguien fuera tomando vida de la vida. Y la vida se apaga. Y aparece el cansancio, el dolor y la duda. La pausa es un momento eterno donde cuentas estrellas. No me atrevo a esperar y busco el destino en el *confuso laberinto*.

Deseo conocer y acumulo citas con aquellos que son pero no están. En el presente observo el futuro, nunca el pasado. Llamo a la nube, la que tiene forma de poema, y subimos alto, muy alto. Sin rozar el cielo llegamos al infierno.

Nuestro único origen proviene de los indolentes. Ellos cuidan el pájaro mientras se firma el contrato, mientras llega el gato. Y a partir de ese momento vigilan las palabras escritas para que sean cumplidas en su integridad.

Todos salen en algún momento, cumplir y asumir son actos imposibles. Pero entendí el discurso y hablé su mismo idioma. Por la mañana repasaba cada letra y cumplía con orden lo ya establecido. Esos hechos confundieron a los indolentes. Saúl llegó al banco de san Clemente para apartarme del camino que sigo cada día.

Aquellas manchas de mi cuerpo, el cansancio, los cabellos en la almohada o el hueco de Luzbel en el colchón.

Si te enfrentas a un indolente vagarás eternamente por el mundo con el cuerpo de otros y un alma insustancial. Es el *confuso laberinto*.

En cambio, si aceptas sus indicaciones y fallas, dejas de cumplir la obligatoriedad del contrato, serás siniestro, no sincero, no poeta.

Hay que seguir creciendo. Sonreír y llorar. Asumir y aceptar la libertad en libertad. Baila, no dejes de bailar, aunque no puedas.

TREINTA Y UNO

Ahora desespero. Si llaman no respondo. No deseo nada. Tengo bastante con la misma integridad del acto, con su desesperanza.

Comienzas a bailar a mi lado pero no me convences. Es la justificación. Una mentira más de las que otorgan los siniestros. Escúchame dos veces, en este mismo instante, y cámbiate de ropa. No lo dudes ni por la amistad ni por la enemistad.

Las quinientas estirpes crearon a los seres humanos a su imagen y semejanza. Y salvo el número 13 y algún que otro indolente, el amor por la poesía verdadera escasea entre los mortales. La verdad y la ausencia de virtud son hechos incompatibles. El gato se come al pájaro y nunca hace bien la digestión.

La vulgaridad del ser humano es el reflejo en el espejo de los propios indolentes. Miran, observan, no hablan. Musitan bajito para alimentar con piensos su ignorancia.

Llueve. Caen unas gotas que apagan el cigarro y moja los cabellos. Siento un escalofrío en la espalda. Hablar de poesía auténtica pasa a ser una dificultad. Lo de hoy no me convence.

Nadie se porta bien con los objetivos. Los siniestros abundan, los no poetas vuelven, nadie baila. He dejado la botella vacía en el porche, el libro de Epicteto junto al de Yeats. Nadie baila, tampoco lo hacen los indolentes.

TREINTA Y DOS

Nunca pedimos nacer. La firma del contrato es aceptación pero no compromiso.

TREINTA Y TRES

Vuelvo a dejar caer las colillas encendidas en el cenicero amarillo. Recordaba el chasquido pero siempre por encima de la propia verdad. La analogía entre el cigarro y el humo es el principio del bien, su justificación.

Los poetas de ahora son verbo, escriben poesía asexual, son ininteligibles.

La palabra, ¿dónde está la palabra? Busco en el cenicero entre las colillas, en el agua ya sucia de ceniza y de restos. La justicia es vergüenza, la educación una mera instrucción que alguien maneja a su antojo.

Observo las nubes. Mojo los pies en el agua del mar. Respiro entre el límite y la movilidad. Se cimbrean los cimientos de una sociedad fabricada a golpes por unas estirpes imperfectas que han abandonado la indolencia.

Mauricio sigue enviando señales, a veces resultan camuflajes. Busco la estabilidad del verso y encuentro solo distancia, la misma que separa a Saúl de sus iguales.

Miraba las piedras del suelo. Eran confusas, eran opuestas. Estaban todas. ¿Imagen o realidad? La duda interroga la belleza.

Todo está delante de nuestros ojos pero no lo observamos: Duino, Trieste, Roma, México D.F., Mozart, Rilke, Camus, el río Timavo, Aquilea, Venecia, Estambul, Garcilaso. *Libre de la tormenta.*

TREINTA Y CUATRO

Los indolentes nunca llevan encima una prenda amarilla, ni roja, ni malva. Prefieren el gris, el negro y el marrón para pasar entre la multitud sin dejar rastro.

La impronta es la endeblez de los pseudopoetas. Se deja olvidada en los estantes repletos de libros. Aunque no soy distinguido ni razonable me encuentro en desventaja con ellos. Mientras contemplo fijamente a las nubes y bailo, ellos crean filigranas verbales y reseñas que se envían mutuamente por agradecimiento e interés.

Si alimento la sensibilidad con Rilke o Hölderlin o con la poesía pura, ellos sostienen un modo de expresión básico y deficiente. No hay nada más instructivo que la existencia, la experiencia es falsa, es un error. Es pasado.

Confíe en los consejos que Saúl transmitía. Cuando él se marchaba y me dejaba en la habitación, los anotaba en un cuaderno negro. Los numeraba con círculos. Coloreaba los círculos con tonos brillantes y fuertes. Pretendía dejar rastro, cer-cos.

Después sentía el cansancio en todas las partes del cuerpo y del pájaro, como si me hubiesen arrojado a un laberinto. Allí Sócrates observaba la caída. Era como un gran favor que aburrir y nunca podrá ser cumplido. Una exigencia, una depuración.

En el centro del laberinto respiraba. A la izquierda permanece el espejo sin reflejos. La finura del cristal es el estilo y el tono. No hay viento, ni humo.

Los pseudopoetas escriben solo para sí mismos y los suyos, para las muchedumbres banales sin belleza. Todos se reflejan en el espejo. Todos pisan los mosaicos de Aquilea pero no contemplan su belleza.

Los pseudopoetas actúan por inercia, tradición e imitación. Sin ritos ni fórmulas. Dejan rastro. El rastro de la mentira.

TREINTA Y CINCO

Los indolentes existen y son sabios. Determinan la virtud como el amor a la naturaleza, la razón como un ejercicio de contemplación y de identidad.

Si aparecen les enseño las líneas de las manos y comienzo a bailar. La danza es la terapia que configura el acuerdo entre lo justo y lo injusto.

La correspondencia que mantengo con Saúl es muy parecida a la que fomento con Platón en los instantes críticos. Miro las manos y las líneas viajan con las estrellas.

Escapo del faro Camarinal para siempre. Camino hacia Bolonia. Después de un tiempo infinito llego a Valdevaqueros. Sigo a la luz. Solo a la luz. Aparecen indolentes por todas partes. Evitan que desvele su secreto, el misterio que se convierte en incidente, el acontecimiento que justifica, con veracidad, que la poesía contemporánea es divagación, errar, vagar con la vergüenza del propio secreto. Lo miserable de la vida es abandonar las leyes, los hombres se deshumanizan, los no poetas no responden. Desconocen la respuesta.

Las líneas de las manos van tomando la dimensión del odio. Enrojecen las palmas. Sin paciencia tomo un puñado de arena caliente de la playa que arrojé sobre el conocimiento. El alma no capacita a nadie para ser expulsado al laberinto.

El indolente número 33, que en realidad es el 6, me aguarda en la orilla sentado. Pregunta si el deseo es memoria, si la conformidad es relación, si la opinión es algo grande o pequeño. Utilizo la poca energía que mantengo y respondo:

La poesía es mucho más sutil.

TREINTA Y SEIS

Quédate. Por favor no te marches ahora que la ropa está tendida y la comida hecha. Quédate, aunque no visites la ciudad del río, de la diversidad, del crecimiento. Las palabras suben por el destino sin cansarse. Hagamos todo como la única vez y saldrá bien, no lo dudes. La falsa poesía se otorga en el mayor sentido de la complicidad. La realidad es siniestra porque los de la mano izquierda abundan, no lo dudes Saúl. Quédate.

Y Saúl permaneció conmigo 77 días con sus 77 noches.

El tiempo pasó volando, como las nubes de Panero o la libertad de Rosales. Otros agraciaban con premios a sus amigos y los funestos se quejaban de la complicidad cuando ellos eran la camaradería, los malhumorados; la libertad se pierde en ellos, en las estrellas que cuento en el fuego.

Las 77 jornadas se convirtieron en 5. Solo en 5.

El 5 es un número impar y perfecto. Roza tu pierna como la cola del gato que se comió al pájaro.

Saúl dice que debo respetar la expansión de la palabra en el papel.

También vivir precisa de epitafio.

TREINTA Y SIETE

Nadie podrá ceder. Nadie podrá creer. Nada me inspirará. Me despido de todos los indolentes y de todas las personas. Alejo al gato y al pájaro. Considero que he hecho el imbécil con la errónea compañía, en la contemplación de la misma naturaleza que a nuestros ojos apenas se desvela.

Enciendo y apago la luz. El reflejo deja ver a los insectos junto a la pantalla de la lámpara. Hay bellotas en el suelo del porche, bellotas por todas partes.

Se marchó el gato. No ha vuelto a aparecer. En cambio si un pájaro canta y se posa con descanso en alguna encina, le disparo y cae fulminado en el césped. Deseo matarlos a todos. Los vivos y los muertos. Incluso disparo a aquellos que ya han caído inertes.

No sé si merece la pena vivir, ni siquiera el contrato, consecuencias de nuestro propio fallo. Las amistades fabrican afinidad y despecho. Dejó de existir el respeto, hasta las insinuaciones.

Ha caído un sapo en la piscina. Lo tomo con las manos y lo arrojo al skimmer. Pongo allí otra pastilla de cloro y muere. Se retuerce mientras agoniza. Viene Saúl y soy violento con él. Lo expulso de casa. Le arrojo todos los libros de la estantería amarilla. La dejo vacía y desnuda. Nada ni nadie me inspira. Este mundo que corre no es el mío.

El verdadero incidente es nacer sin querer, firmar un contrato que no nos corresponde.

TREINTA Y OCHO

Hoy han pasado de largo los pájaros. No han bajado la cabeza para observar las verdes bellotas que completan el suelo. He recordado a Ovidio y a Platón. Aquello que no es podrá llegar al caos, pero nunca al sistema.

Inventaron un procedimiento para amamantar mutuamente a sus semejantes. Y lo cerraron. No permiten ni cambios ni energías. La vida es una farsa, una comedia grotesca, una tramoya.

Piso las bellotas. Su crujido, su líquido salpica las losas y atrae a las hormigas. Saco con la mano otro sapo que ha caído al pilón. Acaricio su piel suave. El método es una desorganización.

Si aparece la luz bajo la persiana. Si el amor llama a la puerta echo el pestillo. Si el cariño, el calor o la bondad se plantan delante, me doy la vuelta. Todo queda en nada porque nada es suficiente.

Bebo agua. Agua fresca. La música termina sin descubrir los matices aunque vuelvo a reproducir las pistas.

Busco a Saúl, al indolente número 13. No están. Han dejado de ser. Paseo por el césped con el cigarro. Miro los pájaros que vuelan en lo alto, junto a las nubes, y que no paran en casa para descansar. Limpio las casitas verdes y las blancas de las encinas. Introduzco un poco de alimento en cada una de ellas. No bajan. Vuelan.

Esta noche he dormido bien. Me levanté a las seis y salí a pasear con el bastón. Los gatos iban delante, a una distancia prudente. Miraban para atrás pero no hacían otra cosa.

TREINTA Y NUEVE

Siempre quedará el índice en la página errónea. Debemos convencerle que su lugar es otro, junto a los números primos.

Cuando una bellota cae al suelo los insectos aprovechan la fragilidad para atacarla. Las pequeñas hojas de encina que bajan de las ramas sirven para albergar pequeños habitantes. Se pegan en el piso, cuesta tanto moverlas que acabas de rodillas arañando las losas y las llagas.

Hoy la tierra es un índice, sin números ni agua. Hoy la tierra fabrica su propia antigüedad.

Platón es la figura que refleja la sombra, el humo de Anaxágoras, la proporción Heráclito. Dice don Nicanor que olvide a Saúl y le respondo con un verso:

A veces sueño que moriré despacio.

Busco el índice del contrato. Señalo lo pasado, destaco el presente. Tacho el futuro, junto a los números primos.

CUARENTA

Solo observo siniestros. Como si las pupilas retuvieran imágenes sombrías y falsas. Hoy estaban en Arcos, en Jerez. Los círculos se estrechan.

Los siniestros han engañado a la poesía contemporánea. Aquello que merece la pena y es verdadero lo ocultan. Solo hablan de ellos, de sus correligionarios. Mucha estética y poca ética. Son como el reflejo de la falsa luz, nada se fundamenta, ni hay peso ni literatura.

El falso *dios* me engañó. El falso indolente indujo a la apariencia. El gato sin cola fue una ilusión real.

Llamo a Satanás. Acude con premura. En la cama mantiene un hueco de salvación pero está asustado. Los poemas de Parra le escandalizan.

¿Dudas? ¿Sigues dudando? Mira a tu alrededor. Si alguien habla de sí, de su obra o de sus actos, es siniestro. Aléjate del mundo, la vida es mentira. Una equivocación repleta de falsedad.

Vuelvo a decir que *sin dios todo está permitido*. Lo dijo Dostoyevski.

CUARENTA Y UNO

Saúl hablaba a menudo de los universos paralelos. Le reprochaba. Insistía –y el indolente agachaba la cabeza– que en nuestro mundo existe el *confuso laberinto*.

Hoy volvemos a salir, lo hacemos de madrugada. Las estampas minúsculas de los seres que habitan se divisan desde el cielo. No disponemos de conceptos explicables. Ni el tiempo, ni el espacio, ni el sentido, ni la velocidad.

Saúl me acompaña en la distancia. Vuelvo la vista atrás y existe, es, está, permanece. No desaparece.

En el banco de san Clemente permanecí poco tiempo. Me levanté para fumar y Saúl repartía flores entre las personas que allí estaban. Lo veía arriba, muy lejos. Alargué la mano muchísimo para tomar la rosa que otorgó el destino. Saúl seguía en el cielo. El resto de los seres humanos no consiguió nunca recoger las flores.

Hoy no he encontrado los lápices. Abrí el cajón y una reina de trébol negro me trasladó a la Vía Labicana. Al llegar corrí hacia el parque del Colle Oppio. Miré al cielo. La figura de Saúl seguía repartiendo flores. Eran rosas blancas.

Aquellos indolentes que ayudaron a llevar a Sultán a la playa, el indolente violento que desapareció, el número que apuntaba y observaba cada día en las escaleras de piedra de Camarinal, las anotaciones en el cuaderno marrón. Buscaba una explicación. Fui aplicando números a cada apunte, a cada expresión. Después de cuatro intentos (realmente fueron cuatro) creí entender el significado de lo oculto.

Pero una noche tomé el nombre de Saúl y apliqué la numeración básica a las letras del alfabeto. Pasaron de nuevo tres intentos fallidos y al cuarto descubrí su representación.

Desde ese momento cada expresión, cada mensaje misterioso, cada anotación, poseía una expresión numérica que se correspondía con las letras de nuestro alfabeto. Acaricié las piedras, las nueve piedras, y recordé a Sultán allá donde estuviere.

CUARENTA Y DOS

57 98827 955 6599 7958 727 485627 42 655589 59757

11 11101 100 1011 1111 101 010101 00 101011 11101

CUARENTA Y TRES

El único indolente que entendía de poesía, el número 13 que en realidad era el 4, al que solía llamar P (010), hablaba de coherencia. Aprovechaba la mínima comunicación para manifestar su interés en el aprendizaje de la posición más lógica, lo consecuente es lo originario y el poeta debe caminar por el mismo lugar durante toda su vida.

Cualquier alteración, despropósito o insolidaridad con la misma coherencia personal llevará al poeta hacia la no poesía, a la ruta engañosa y ajena, sin la razón de la palabra auténtica.

Siguen ardiendo las líneas de las manos, toco las piedras e invito a P a un diálogo coherente y poco lógico.

La armonía mantiene y sustenta los acordes. Sin conveniencia, sin engaños, sin vanidad, con el único alimento correspondiente. Sin imitación ni agrupamientos.

Llega Diego y se sienta junto a P. Ambos compensan la poesía con la medida del entendimiento, con la música. Sostengo las alteraciones. Mi cuerpo mantiene el equilibrio en la rama de la encina. Caen bellotas desde las ramas más altas, esquivo y observo como se desprende la palabra del acto.

P no se cansa. Habla, recita los versos de Parra con afecto y devoción. No es más que un indolente.

CUARENTA Y CUATRO

Esta mañana los gatos han bailado a mi lado. El negro, el de la cara sucia, ha rozado la cola con la pierna y he sentido un prude escalofrío.

Platón consideraba que todas las cosas nacen de sus contrarios. Y entre ellos existe un doble proceso generativo que posibilita el paso de uno a otro. Así entre un agasajo y una ofensa se encuentra la alabanza y la humillación.

Para que exista la poesía deben estar presentes los contrarios relacionados entre sí por el deseo y la verdad, por la razón de la palabra auténtica.

No te quedes con aquello que no te pertenece. Los siniestros no poseen el doble proceso y eliminan aquel que nunca les conviene.

El indolente número 88, aquel que murió a manos de otros indolentes, indicó en su agonía: *Aléjate de los siniestros*. Y lo cierto es que eliminé el rastro de todos aquellos que eran incapaces de aceptar la dualidad en el alma, en la propia alma. Busca lo correcto, nunca lo conveniente. Lo conveniente es mundano, erróneo.

¿Los signos de violencia del indolente número 88 eran realmente manifestaciones de odio o de repugnancia de sí mismo?

Nunca existirán dos opiniones iguales en poesía. Lo que para unos es alabable en otros resulta chocante o incorrecto.

¿Dónde radica el punto medio? En la armonía, en la calibración de la justicia y en la propia humildad, que es equilibrio.

Los indolentes que atacaron al número 88 no dieron tiempo a la defensa, ni a la palabra. La simple expresión de la mirada hizo desaparecer el cuerpo diminuto de un indolente que venía con prisas y misterios.

He preguntado a Saúl, en diversas ocasiones, por este hecho concreto. Se limita a leer a Aristóteles y a defender la filología. Hoy Saúl tiene la cara sucia, como el gato negro.

CUARENTA Y CINCO

He cambiado el concepto sobre la poesía contemporánea. Las líneas de las manos se mueven cuando me pongo las gafas, y hablo con el indolente número 13.

Leo con calma, pausadamente, y encuentro vacío, ausencia de vida. Corrección formal (como si hubieran estudiado en la misma escuela), citas interminables, y un interés que resulta incapaz de levantarte de la silla con muletas.

He cambiado el concepto de la poesía contemporánea. Aquellos que merecen la pena y crean en silencio y soledad andan repartidos por una geografía originaria. El resto no interesa. Lo curioso es que nunca lo ha hecho.

Sin poesía, con filología, sin vida. El ultramundo existe. Se llama vacío. Y no llena las piedras. El hueco del humo es sombra, sombra siniestra.

CUARENTA Y SEIS

Platón solía pasear con la dialéctica. En las noches de frío resguardaba su cuello con una tela roja. Ladra el perro, es un can de caza que nos otorga leyes sin carencia. El alma, por el hecho de ser divina, da vueltas.

Hay seres que no existen pero seguimos viendo, los observamos, nos acompañan en lo mejor de sí, en la falsa presencia.

Esos seres se marchan, en realidad se han marchado hace tiempo. Vigilan su cuerpo y habitan en esa dialéctica que imita los presupuestos básicos.

Los gatos no me rozan. Se han borrado las líneas de las manos. La respuesta que deben dar los buenos poetas se fundamenta en la equidad, tan solo en la fabulación austera, en su propia humildad. No hay miseria en el género, hay aprendices, muchos discípulos de sabios que bailan la música de las impresiones con máscaras, sombras y humo.

Llueve. El agua disimula su llanto entre los personajes de un diálogo de Platón. María abre el paraguas y toma la bicicleta blanca. Amanece en la opinión y el campo semántico se convierte en vergüenza. Por favor no te marches. Clamo al agua de lluvia que se quede. Miro las inexistentes líneas de las manos e interpreto la mística.

El chucho al que llamé Sultán atendía, en realidad, al nombre de Corvo. La posibilidad de desorientación culmina. Es un desvelamiento, apenas sabiduría. Es orden universal. Aquello que contemplas nunca es la realidad, es una imagen falsa del pasado.

CUARENTA Y SIETE

La falsa amistad nos llevó a la falsa afinidad. En *Leyes* Platón nos enseña que esa relación de reconocimiento debe surgir de los estados contrarios. Observar la naturaleza de la amistad. Pero me quedé en la naturaleza y mandé a hacer puñetas a la palabra siempre y a esa falsa analogía que nos forzaba.

Hay siniestros (no sinceros) al igual que existen indolentes que vigilan los pasos y los actos. Nada es recíproco. Sin afinidad los indolentes nacen de una relación difícil de entender. Están, son, existen, tapan su cabeza y se sientan en la última fila de todos los espectáculos.

Lo semejante nunca será amigo, ni siquiera enemigo. No será, no puede ser. Paseábamos como jóvenes lúcidos y salvamos el mundo de la mentira y el fracaso, pero llegó la sombra, el humo, el mensaje siniestro y adquirido que atrae hacia la falsa abundancia. El acuerdo es desacuerdo. La mentira vence en primera instancia.

Han pasado los años. Tu figura la imagino y la deseo. Sé que el placer domina tu alma y te rodean dominios oscuros e imperfectos. Pero has elegido esa posición. Defiendes lo que no crees en realidad y asientas. ¡Qué fácil asentir!

Nunca te faltará el pan, ni el verso, ni el libro de la concordia. Pero cuanto has conseguido lo has hecho sin sabiduría, sin capacidad purificadora y sin armonía. Lo has hecho mintiendo.

Lo que el mundo visible observa es la mentira. Aquello que aprendo de Alcibíades es un mito.

CUARENTA Y OCHO

La muchedumbre nunca posee la esencia. En los actos repletos de personajes turbios, donde todo es mentira, lo invariable se disipa, no fluye la armonía

Dicen que las multitudes recogen tan solo las migajas de la literatura y a veces ni eso. Y los indolentes dicen bien.

Los acontecimientos socio-culturales siempre son ajenos a la literatura. Fueron pasado. Nunca existieron. La celebración verdadera la otorgaba solo Claudio Rodríguez, ahora la puede realizar cualquiera arropado por la basura que asiente y malgasta la verdad entre los falsos árboles.

Aquel que no tiene ni idea de la poesía contemporánea y que se enorgullece del fracaso, del vacío, de la mentira es pasado.

Y su presente no lo llenan ni siquiera las palabras vacías. Ni los gorriones ni las abejas. Un puñado de ineptos a las puertas de un acto y el más tonto pregunta:

¿Es bonito, verdad?

CUARENTA Y NUEVE

El pasado no existe. El futuro no ha sido y, posiblemente, nunca será. El grado de cordura se contempla por el número exacto de indolentes que acuden a tu casa durante la madrugada. Se afianza con la resolución del caos primigenio, aquello que resulta de arrojar los cuadernos marrones al húmedo césped al amanecer.

Entre el anochecer y el amanecer habita el presente. Enciendiendo y apagando las luces cada vez que una mosca merodea el libro de Platón. Esta noche he colocado un plato con azúcar en la mesa del salón, he arrojado unas gotas de agua para que la dulzura se haga notar.

Este tiempo que corre no es el mío. Odio las circunstancias y las pronunciaciones. A los seres inhumanos y a los no poetas. Sigo pensando que un libro de poemas con más de cincuenta páginas es una extremaunción, como una banalidad. Y lo banal siempre es efímero, insustancial, sin centro, sin razón de la palabra auténtica.

Paseo de la mano de Saúl con los ojos cerrados. Huelo el mirto con las manos, el romero, la falsa pimienta, la hierba luisa. La sensación de veracidad se provoca en el olor de la tierra húmeda. Mojo los zapatos y hasta los pantalones. Hoy vuelve a llover.

En la razón de la palabra poética debe existir la duda, el caos, lo verosímil. De ahí que la frecuencia de entrada de los indolentes por la puerta de casa deje el rastro de un olor a presente.

CINCUENTA

Los ojos de los siniestros nunca se difuminan, ni se encogen sus voces ante la presencia de la poesía auténtica. Ellos gritan, venden el humo negro, lo falso y lo imposible.

Teodoro y Teeteto nos aguardan a las puertas del Pórtico del Rey. Sócrates camina muy despacio, Platón me acompaña. La poesía es humildad en su sentido más pleno. La poesía es el abrazo que deja puestas las manos en la espalda. La poesía es la palabra de un niño indolente que no llora.

Por encima de *dios* están los versos, pero, muy por encima, la palabra. El mejor criterio no es la ley, es la verdad. Los siniestros nunca se miran las líneas de las manos, los no poetas aspiran a obedecer a sí mismos. Las líneas nos confunden, nos enseñan el caos que es armonía, la dualidad sincera, el equilibrio. Las líneas de las manos son la vida, la palabra y el verbo.

No busques el cambio, encuentra la indolencia, el género supremo. La poesía es presente, solo presente.

Buscamos en todas partes lo infinito y no encontramos sino cosas. Novalis y Parménides asustan a los siniestros. La verdad siempre vence al engaño.

CINCUENTA Y UNO

El indolente número 13 ama el *Gorgias* de Platón. Lo lee y lo relee y, cuando intento descansar, comienza a lanzar juegos retóricos provocados en sus visitas invisibles.

A los indolentes nadie los observa, pasan desapercibidos entre los mortales y entre los siniestros. Estos últimos solo sienten una extraña y fría presencia, pero desconocen que los indolentes los observan y los escuchan.

Un pájaro se ha posado en la ventana. Don Nicanor tiene en su mano la copa de Cabernet Sauvignon.

Enseño a mirar cómo se mueven las líneas de las manos. Lo hago con el vocabulario de la utilidad, lo aprendí de Cleantes.

Solo las obras son correctas en la virtud, lo demás es no poesía siniestra.

CINCUENTA Y DOS

Sobre la rama de la encina cuento las estrellas. No dejo que nadie se pose ni que nadie descansa. La maldad se ejercita con actos, nunca en la poesía. La razón de la palabra auténtica es una luz que baja desde el cielo. Habita en lo más hondo de la tierra, vive con Dante en el calor del mundo.

El indolente 999, que en realidad es el 9, crece con las estrellas. Suspira, deja que otros indolentes le escuchen para finalizar los actos inconclusos, y respira.

No entienden. Agarro hoy cuatro piedras con las manos. Las sostengo y las regalo. Pasan a otra persona. Dejo junto a ellas un papel con unas letras gruesas:

Cúidalas siempre.

Y pasan de la mano del mundo a las manos de la poesía. Como una recompensa soy feliz entregando. Cuanto poseo regalo.

El indolente 999 solo crece en la noche.

CINCUENTA Y TRES

Con Saúl aprendí a descubrir el movimiento del origen. Pasaban largos los veranos y crecía, lo nombraba y los gatos rozaban con su cola el pantalón y el alma. Fue en el banco de san Clemente. Mientras mordía las ganas y Nacho fotografiaba las estampas romanas, dejé de esperar. Lo escribí en *El violín mojado*. Cansado de aguardar dormí plácidamente sobre la piel del mundo. De tanto repetir el nombre de Saúl el fuego aparecía.

Con Saúl aprendí todo aquello que nunca nos enseñan. Y sin información no hay espera, ni conocimiento, ni lecturas mojadas en la estación de tren que nos lleva a Viterbo para rezar en el templo de Hércules.

Con Saúl aprendí a observar aquello que no contemplamos de la naturaleza. Detrás de la rama de encina se encuentra el centro indudable; las hojas, como mágicas llaves, abren un horizonte eterno para contar las estrellas.

Con Saúl aprendí a bailar a tu lado sin rozarte. Rodeaba el destino con los brazos para seguir creciendo entre las nubes.

Amé, mordía las ganas el día que Loreto se marchó para siempre, dejó de esperar. Mientras se subía a la nube alejandrina, aquella que tiene forma de poema, sonreía. Los pájaros vinieron a la rama para consolar mi fuego, los insectos cansados ascendieron por el tronco.

Esta noche bailé con Satanás. Dante y Saúl proclamaron la tercera república de las letras. Hay que seguir creciendo. Hay que seguir creyendo en la verdad. Hay que seguir.

3. El vuelo

UNO

De los indolentes aprendí que la poesía no se pone por el este ni sale por el oeste, que la poesía se escribe en todos los países, que ella se aprende universalmente.

De los indolentes descubrí que existen los siniestros, que intentan reducir nuestra visión al mínimo, que los círculos cerrados son erróneos y las fabulaciones imprecisas, distantes e ineficaces.

De los indolentes comencé a valorar el verso libre, a justificar la ética por encima de la estética.

Cuando dudo consulto, si esa interrogación se convierte en principio no creo, y fabrico justificaciones para acercar a *dios* a lo preciso.

DOS

Retiro las gafas de sol y en su lugar adquiero la indolencia. Por predecir acudo a la verdad, solo a la realidad evidente. Odio a aquellos que dialogan con los funestos. Hay que elegir y la elección es sobrenatural, se adquiere o se posee.

En los últimos años descubrí que hay seres malintencionados que ejecutan la corrección como síntoma de vida. Y la conducta irreprochable es un error, un gasto innecesario.

Hay que elegir. La decisión de un camino en silencio y soledad contempla sueños. Dejo el cuerpo y comienzo a volar. Nunca se aparta el cuerpo que siempre contemplas. No hay segundas partes, no deben existir.

Nuestra libertad es elección. La razón de la palabra es poesía. Pero si piensas una sola vez en los otros, en aquellos, nunca dejarás de ser, no serás. Eres la imitación de la batalla falsa.

TRES

La indolencia es una carta muy larga sin remite. Un episodio justo y verdadero, como la apreciación de todo cuanto existe y está permitido. Busco a los gatos. Corro tras ellos. Ya delante los observo, descargo la energía con la mirada, ellos atienden. No debes apartar la expresión de los ojos. Los gatos ceden, siempre pierden el espacio y la posesión.

En ese justo instante de indolencia tomo sus colas, las acaricio, las paso por mis piernas. Siento un escalofrío. Una inmensa emoción parecida a la que viene con la lectura de los versos de Parra o los textos de la Zambrano. Es terror.

Desde arriba el mundo se ve de otra manera. Los seres son minúsculos, la poesía circunstancial.

No sé nada de Saúl desde hace semanas. No deseo llamarlo pero su ausencia provoca crispación y origen. Paso mis manos por las cajas y saco del bolsillo las piedras.

Ocurrió en Camarinal. Mientras ellos llegaban yo observaba sus gestos mudos, su ropa, la expresión de los rostros. Una luz en la noche me levantó de la cama. Una luz infinita. De pronto ni estaba allí ni en un lugar conocido. Vacilaba pero estaba seguro. No sentí miedo, solo curiosidad y necesidad de conocimiento.

Me explicaron, en boca del indolente número 6, la esencia y la pureza. Apenas hablé, ni formulé pregunta alguna. Observaba en silencio y soledad. Trajeron un espejo, un viejo espejo con manchas. Sultán estaba abajo, lo escuchaba ladrar desde no sé dónde.

Circunstancial. La poesía depende de la esencia, de la razón de la palabra auténtica, de la realidad, de la existencia, nunca de la experiencia.

Sigo viendo a los seres pequeños y abultados. Los indolentes me respetan y vigilan por mantener mis actuaciones, por complacer a unos superiores.

CUATRO

Dejo de admirar las bellotas en el suelo. Siguen corriendo las hormigas por el filo que separa la tierra de la losa. Buscan un alimento como el frío, una intención. Desde arriba los insectos aparecen minúsculos.

Cuando somos pequeños nos traen y llevan de un lugar a otro, empujan nuestra vida mientras vamos tumbados o sentados. Después elegimos la esencia o la pureza, la vanagloria o el descrédito. Si se acerca el final de nuestra vida volvemos a sentarnos, otra vez nos llevan. Dependemos del acto de la misericordia ajena para ser accesibles.

Y da igual quien haga presión en nuestro cuerpo, las estirpes existen y todas se relacionan en el centro de la misma unidad: el orden de la razón.

La comprensión es inteligencia. Si la poesía es trascendente percibirá la realidad, en cambio si es impetuosa dejará de mover las articulaciones.

Imágenes, fantasías, verdades, sucesos sin explicación que a la vista de los seres humanos quedan en nada. Sigo observando las hormigas, sus actos, mueven a sus seres heridos y los ocultan de la vista del peligro. ¿Alimento o socorro? Una intención, tan solo es un designio.

CINCO

Espero sobre la silla, frente a Pérez Galdós. Levanto la mano y hago un gesto compasivo y elemental.

Sigo esperando. Doy un sorbo al café y acaricio mi cadera izquierda. Busco a ese amigo con el que sueño y dudo. Leo a Platón por el amor a la seguridad, y a Parra por el consejo que es virtud, a Juan Ramón por el amor a la poesía.

Y aun así espero. Seguiré esperando. Saúl responde con un acercamiento, el número 13 con una copa.

En la cajetilla de tabaco quedan tres cigarros: uno lo entrego a Satanás, otro a Gil de Biedma y el último lo enciendo. No lo disfruto. Apago pronto el cuerpo.

SEIS

El *Timeo* de Platón denota la virtud. Es la primera consecuencia de la palabra auténtica, aquella que resulta de observar cómo cae el agua del pilón o las bellotas de las encinas.

Se ha secado una encina, agonizaba entre ramas y brazos y ahora es un simple esqueleto de su propio tiempo.

Con el dedo índice de la mano derecha recorro las líneas de la mano izquierda. Descubro la verdad. Figuras geométricas del destino que aburren y cansan.

Han vuelto las arañas. Me buscan. Mantengo una vulgar conversación con Pérez Galdós sobre el último Nobel. Levanto el índice, el corazón y el sentido común.

Otro año que Parra no recibe el galardón.

Cuentos para suplir a la decencia. La poesía por encima del mundo, del tiempo y su homenaje.

Larga vida a Nicanor. Los cuentistas son eso, mercancías.

SIETE

Aprendo del sol y de la luna, de la tierra y del cielo, del agua y de la arena. La importancia indudable nunca requiere explicación, precisa de humildad, de la iluminación que producen las cosas intermedias.

Nunca camino hacia la perfección, tampoco viajo al localismo definido por la inconsistencia.

La poesía es incorpórea, nunca le pongas nombre y apellidos. Disfrútala en silencio, en la más absoluta soledad, allí radica su dimensión y su pureza.

Aléjate de los maestros contemporáneos. Son indecibles e inoperantes. No poseen ni la sensibilidad ni el afecto. Son descriptivos, parciales y caducos.

No te consideres culpable y sé discreto. Las cosas intermedias son noéticas.

OCHO

Su apariencia nos hacía dudar. Llegaba en los momentos de descanso y dejaba las huellas con dignidad, sin pasos ni evidencias. La sombra del indolente nunca refleja el razonamiento.

Enemigos de sí mismos. Repetía el número 11, la irrealidad, el 2. Un enfrentamiento interno sin representación legítima. Como una obligación. La lucha que provoca el caos, generador del verso y de los argumentos.

Pero fuera de la indolencia no existe la decencia, tan solo la no poesía, lo siniestro, aquello que busca la caza del interés y todo se confunde con frecuencia.

Un poema auténtico está cargado de interrogaciones, de manchas de tinta. El aire es más puro en los claros del bosque, desde la naturaleza resplandece el silencio. Siempre la muerte tendrá nuestros ojos, es el poema auténtico, la vida y la nada.

Hölderlin escuchaba los labios cerrados. Como un indolente más aguardaba las plazas vacías en la tarde. Vale la pena estar solo para dejar de ser.

Sin sombras vuelvo al parque del Colle Oppio. Corro hacia la Domus Aurea. Allí espera Nerón y los indolentes que permanecen en la tierra. Quedan muy pocos. No veo a Saúl.

Ahora empiezo a vivir como un ser humano.

NUEVE

Tras las luces inútiles. El azar se reserva la última palabra. Alejo la tormenta y busco el fondo natural más bello y diferente.

El azar no acompaña, posee su virtuosismo en la utilidad, en la propia facultad que lo distingue de las referencias, de las relaciones, del conocimiento. El azar es el poema inacabado que se hace imprescindible, la mejor dirección, saber exactamente que *dios* no necesita al hombre para humillarse.

Llega antes la luna. El cielo pierde la claridad. Me escondo tras las luces inútiles que se muestran receptivas a pesar de sus limitaciones.

He buscado a Saúl en todas las estancias. Abrí aquella de las cortinas rojas, la que satisface las necesidades humanas. Encontré división y límite.

Corrí a la estancia de suelo marrón. Allí estaba la función, un camino infinito que se dirige a la naturaleza.

Cerré todas las puertas y me senté en el centro. Aguardaba las presencias, las sombras de los indolentes que nunca pueden verse. Sentí la mano del número 88, el 7, aquel que revisa los contratos. Como un ser imperfecto recibía calor y palabras, mitos, encantamientos.

Tras la incómoda claridad.

DIEZ

Poco a poco voy dejando a un lado los compromisos y me centro en la rama, en la dura madera que soporta la esencia, la única verdad. Un compromiso es como una palabra de honor que los siniestros nunca olvidan.

Mi cuerpo precisa de un drenaje mágico. Las manos del indolente número 33, el 6, pueden con la soberbia. Actúa y lo agradezco. Repito el nombre de los autores y sus obras y el indolente hunde los dedos en mi cuello, en la espalda. El dolor solo es cierto si lo expulsas, por eso voy dejando a un lado los compromisos éticos, nunca estéticos, del mundo de las sombras.

Ha crecido el laurel. El madroño no ha dejado de dar frutos. Las abejas vuelan y hacen ruido. La poesía es el amor a la naturaleza, la bendita impresión de la verdad. El adiós de los hombres que nunca saben ubicarse no será poesía, solo es compromiso.

Fumo para saborear el sabor del tabaco. Muerdo las ganas de descifrar pero sigo creciendo. Me río de la soberbia, de la equidad y de los compromisos.

ONCE

Finalizan para siempre, son oscuros, están repletos de humo. Los compromisos se acaban. No vivirán para sí y dejarán de ser. Se podrá alcanzar la dicha y la nostalgia, la armonía y la templanza. El único equilibrio.

Podemos tocar la virtud, posee un lenguaje propio que invita a descifrar las señales y los símbolos de la tierra húmeda. Suena una melodía, como un canto que repite el poema de Parménides, los versos de Catulo o la delicadeza de Simonetta.

Sigo buscando el destino en otra parte, recojo guirnaldas, flores azules, cansancio, mucha melancolía. A las nubes las llamo por su nombre: alejandrinas, silva, madrigal, verso libre... Y hoy, cansado de esperar, he mordido las ganas y he intentado eliminar los huecos que Luzbel dejó en la cama. Mientras golpeaba el colchón con fuerza Sultán comenzó a ladrar. Una luz. Una luz infinita. El fuego de la indolencia venía con humo, con una niebla gris que cubría las estancias.

Les he dado las cuatro piedras. El origen del acto y de la razón de la palabra auténtica. Han pasado a otras manos. Ellas fabrican las líneas de las manos.

Me han sentado en la rama de la encina. Consiste mi misión en contar estrellas. Una a una las diviso. No se aparta la luz. Tengo frío. Espero, he aprendido a aguardar. Decenas de gorriones, cientos, acuden a la rama. Un sonido ensordecedor me acompaña. Miro la tierra y observo el centro. La luz se ha llevado las piedras, tan solo cuatro de ellas, conservo en el bolsillo del pantalón las cinco restantes.

Llamo a Sultán pero no acude. Nombro en alto a Loreto pero nadie se refleja en el espejo. Solo hay pájaros.

Se marcha el humo con el amanecer, y con él los compromisos, las mentiras y la mediocridad.

Guardaré en un cajón los restos del fracaso. Debo maquillar el rostro y las estrofas. Las cosas por su nombre, las cartas por jugar. Fumaré hasta que decidan los pulmones.

DOCE

La presencia de la luz resultó abrumadora. Desde entonces permanezco en la rama de la vieja encina. Habito el mediodía, solo el mediodía. Solicito a los pájaros que suban a la rama algunas piedras, y que manchen sus patitas con la tierra húmeda.

La mañana está antes que la tarde, pero no por el concepto temporal, ni por el lingüístico. La mañana es el número 3 y la tarde el número 7. Así el equilibrio y la armonía que producen la mañana y la tarde, son el número 1, la pureza. Tan solo a mediodía. Allá donde se cruza el sol con su caída, con su algidez, con su belleza primera.

Ya no estaba mi cuerpo ni la imagen visible de la mediocridad. Un espíritu extraño se sentaba en un tronco de madera rugosa, nunca salió de allí, siempre estuvo en él.

No hemos habitado nunca, nuestros cuerpos son símbolos que permanecen intactos en el *confuso laberinto*. Solo quedan el espíritu y la razón de la palabra poética.

Toco las patas de los pájaros y lleno mis manos de tierra. La huelo. No puedo contemplar las manos. Mis propias manos. Tan solo hay luz, una señal que desprende el cuadro de Pérez Galdós, como la palabra de Sócrates a las puertas de Atenas, como la sombra de la torre de Hölderlin.

Hoy ha entrado un matiz por la abertura de la casita blanca. He corrido a atraparlo. Las alas no permiten su captura.

TRECE

El indolente número 46 se empeñó en enseñarme a volar. Permanecía tranquilo y en silencio sobre la rama de encina y acudió una tarde con mensajes y símbolos. Quería que volara, no cesó en su interés. Utilizó todas las artes, las mañas de la experiencia y las virtudes de la existencia.

En la medida en que aprendía a volar, la constancia es un acto que comienza en domingo, descubrí que el indolente 46 era en realidad Saúl, el número 1. Como un idiota aguardé el medio-día, maquillé las mejillas y lavé las alas con el agua de rocío que había quedado en las extrañas hojas de la encina.

Salté a las doce y un minuto. Intrépido y valiente volaba dando tumbos. Recordé el verso de Parra: *el corazón del hombre imaginario*.

Fue la primera vez. Ahora utilizo la propiedad como manía. Una generación es un invento humano, la poesía no se hace general, ni particular. La poesía es la discusión de las leyes de la naturaleza. Todas las cosas que aprendí del indolente número 46 las guardé en el cajón, con la nostalgia.

Como dice Nicanor:

*Hoy es un día azul de primavera,
creo que moriré de poesía.*

CATORCE

Volé como Plutarco. Mis brazos eran alas y la piel plumaje. Marcho lejos. Hoy no tengo ganas de ver a nadie. Los números son signos y las palabras manifestaciones de la razón, aquella que engloba la poesía.

Sé que no tengo la razón, ni acaso poseo la veracidad pero ¿alguien la tiene? Sobre la rama de la encina las palabras sucumben, la nostalgia no ha oído las dudas. Fumo para perder el miedo al tabaco.

La pasividad se tumba en el sofá para manifestar su intención, la actividad es un castigo. Mientras vivas te espero, aguardaré la razón de la palabra cuando vuelen los pájaros. El número 46 dirá que nada importa, que nada es lo que parece ser.

El número 9 sigue cantando. Descubre todo cuanto aparece ante tus ojos, ellos no lo harán por ti. El trovador es un imbécil.

QUINCE

El vuelo era el reflejo de la diferencia entre la verdad y la mentira, de aquello que figura en las capitulaciones de lo posible y soportable. Si alguna vez encuentro algo más existencial que el tabaco reduciré la especie a la interpretación y la rutina a la conciencia.

El indolente número 8, que fue creador y objeto de 62 estirpes, controla mi vuelo. Suele hacerlo con todos los iniciados. Se coloca bajo el cuerpo y a la misma altura. Nunca nos conocemos, justificamos las diversas especies del criterio, volamos hacia el saber.

La presencia del indolente garantiza la seguridad y evita los enfrentamientos con los pájaros. Los mayores suelen atacar a los pequeños, es la reencarnación del cielo.

La palabra poética es la mirada que nos permite seguir viendo, que nos adentra en la sabiduría y se manifiesta en la única razón de la misma palabra. Con el hacer se consigue lo justo, el orden del alma y de la creación.

Los indolentes 5 y 6 acompañan al número 8. Todos poseen 62 estirpes. Entre los tres suman 186, que es 6.

Parménides y Zenón hacen de número 5 y de número 6. Intento despistar y consigo sorprender. La poesía es más sutil, pierdo a los interlocutores. El número 8 es Gorgias.

DIECISÉIS

Y volé. Sobre la cama y cansado volaba. Creo que será mejor marcharme lejos, muy lejos. Insólito y valiente, un trapealista en ejercicio que se vuelve trovador. Soy un idiota, he creído en la poesía y al final la poesía se guarda en un cajón muy grande. La poesía es nostalgia, es ira, es un dolor que agobia.

Los indolentes mostraban su lado más humano, mi matiz saltaba de un lugar a otro buscando los desvíos. Ruido de pájaros y vida, una flor que amanece y otra que se pisa en el amor.

Estaba acostado pero volaba, salía de la habitación estando en ella. Miraba las estrellas, las nubes, los poemas, el color del cielo. Volaba. Pero también veía las puertas del armario marrón, la ventana hasta el suelo, la mosca que seguía molestando y el cojín junto a la almohada.

Salía y estaba, permanecía. He recortado la barba para evitar complejidades. Miro a la izquierda y escucho el despertador, a la derecha el canto de los pájaros. Las ratas se comen las bellotas que caen al suelo. Lo que te robé siempre sigue ahí.

Una verdad que se ciñe a los anticiclones, a los sistemas de bajas presiones. Lo que hemos pasado. Vuelo. ¡Vuelo! Llamo a Saúl y no aparece. Me arrastro por el suelo, quiero vivir pero muero.

DIECISIETE

Donde empiezan los actos acaban los pronombres. Suele ocurrir a mediodía. Llega el indolente número 2 y reparte ejercicios de rutina antes del vuelo.

Son viajes extraños. El hombre se llenó de materialismo y precisa de alimento, un alma hambrienta que llama a cada cosa de otra forma. Pero llegará la ola que todo lo inunde, no tardará mucho. El mar ha comenzado a esconderse en su lecho para soltar todo cuanto se precisa: bondad, belleza, amor, humildad.

Desde arriba no diviso el mar. Una gran mancha azul es mi saciedad. Sigo moviendo las alas. Miro para abajo y la sombra del indolente número 8 acompaña.

No hay cansancio, es una sensación de placer comedido, de belleza y de arte. Un reflejo ha molestado los ojos. Un reflejo minúsculo que brilla desde muy lejos. Bajo. Controlo el vuelo y planeo a toda velocidad siguiendo el rastro de una luz permanente que se encuentra en un lugar indefinido.

He dejado atrás al número 8 que tarda en reaccionar pero me sigue. No dejo de observar el reflejo. Fijo los sentidos en su presencia lejana. Mientras me acerco la luz disminuye, tengo que aguardar que los rayos del sol emitan sus rectas para seguir su rastro.

Llego a la luz. Me acerco. Es un brillo constante. Comienzo a caminar hacia el objeto metálico. Las lagartijas que salen de los arbustos observan. Muerdo la manzana con amor, gotea su jugo en el suelo. Toco el objeto, lo limpio con las manos y

descubro una llave. Una llave brillante y reluciente. Una llave maestra. Pregunto al indolente número 8 quién entiende de llaves y señala hacia el suelo. Ha pintado un número en la tierra:

88

DIECIOCHO

57 455582 88 57 79 9852419

DIECINUEVE

Los primeros signos de violencia resultaron confusos. Nunca logré comprender la desaparición del número 88, su fugaz presencia entre los compañeros, la expresión de su rostro, la desesperación. Guardé la llave junto a las cinco piedras, regalé otras cuatro y permanecí con los colores ingrátidos.

El indolente número 8 no se apartaba de mi lado, toqué con las manos sus signos en la tierra y preguntaba, cuestionaba cualquier hecho. No recibía respuestas.

Abro los ojos y permanezco en la cama. Miro a mi derecha y observo el hueco de Luzbel en el colchón, la señal en la almohada. Vuelvo a cerrar los ojos y pongo rumbo a Camarinal. Vuelo rápido, no siento las alas ni la fuerza del viento.

Bajo hasta la puerta del faro. La luz está encendida. No me ha seguido el número 8 y llevo conmigo la llave maestra. Abro la puerta.

Subo las escaleras y observo al indolente número 88 en un sillón al fondo. Detienen mi avance los indolentes números 19, 28, 37, 46 y 55. Los guardianes de los signos equívocos de violencia. Entrego a cada uno una piedra y desaparecen. Doy pasos pequeños, lentamente dirijo el rumbo hacia el número 88. Tomo la llave y se la enseño. La coge. La aprieta con sus manos que lleva hacia el pecho.

El número 88 es la armonía.

VEINTE

La armonía es el equilibrio entre la ética y la estética. El oboe barroco, Cicerón, *Fausto* de Goethe, el ideal de Spinoza, la retórica de Landino, las traducciones de Platón de Ficino, los estudios de Kristeller.

Todo guarda ahora relación. Observo los ojos del número 88 y veo en ellos la unidad entre la ciencia y la creencia, la más pura medida. O como dice Leopardi: *aparición angélica, / en la terrena estancia, / en la altura de todo el universo.*

Sigo en el lecho pero no habito allí. Estoy fuera. Tengo toda la vida entera ante mis ojos. El pasado no está en la baraja de cartas que tenemos en las manos, es una absurda creencia, la ausencia de esperanza.

Las cartas por jugar solo permanecen en el presente, modulamos los deseos como hacemos lo propio con la poesía verdadera, aquella que no es mera sucesión de relatos, la que es primacía de nuestra existencia, la reminiscencia.

Vuelo con Rilke por los serrallos de Estambul. Me sigue el número 8.

VEINTIUNO

El primer verso te lo regalo, lo tomé prestado de Satanás. A partir de ahí los siguientes debes comprarlos, se vende el alma y Luzbel atesora la ingenuidad con el conocimiento.

El número 13 recibió el obsequio describiendo una visión del mundo con Sócrates como padre, sin autonomía ni tragedias.

El primer verso te lo regalo. Lo escribió Belcebú. Los demás son mentira. De Dante, el *Infierno*. De Lezama, *Paradiso*. De Juan Ramón, *Zenobia*. De Valente, nada y todo. De García Montero su primer libro. De María Zambrano, mucho.

Creo que será mejor marcharme lejos. Voy a seguir fumando aunque el cuerpo comience a avisar con señales luminosas. Es la existencia.

VEINTIDÓS

La poesía no se busca, con ella no debes insistir. Llega cuando desea, nunca cuando tú quieres. La poesía es el águila o Zeus que ronda las cabezas pero no se establece si lo solicitas.

Hay sonrisas siniestras, manifiestan los círculos que engorran, son círculos cerrados que se alimentan del humo negro de la falsedad. Entre ellos el más tonto suele ser siempre el más impertinente.

La felicidad, la manifestación de felicidad, la exteriorización de la felicidad, es la falsa felicidad. Aléjate de los felices, no lo son y tú podrás llegar a serlo pero por otras vías.

La felicidad se vende como ausencia. El ser feliz no se engalana, prosigue su lectura en silencio y soledad. A veces se acerca a Spinoza, otras a San Juan, duerme con Nietzsche y Kafka, lleva flores a la tumba de la Zambrano y un poco de comida a los gatos que allí acuden a diario.

Si buscas el éxito dirás que eres feliz y entonces aparecen las sonrisas siniestras.

El indolente número 13 me ha ayudado a recoger los últimos pimientos, algunas naranjas y madroños, una lechuga. Hemos ordenado la leña y puesto ratoneras alrededor de los troncos.

Un pájaro asustado se ha escondido en el pretil de la entrada. Señala el cielo, solo el cielo. En lo más alto vuela un águila.

VEINTITRÉS

Hoy recuerdo las primeras palabras de María Zambrano. El tono de su voz, el porte y la medida. Saúl trajo, cuando tenía veinte años, un bastón, dijo que era un obsequio. Un bastón de madera labrado toscamente que conservé y aún guardo en Siltolá.

Desde entonces, si alguien preguntaba por un regalo, un cumpleaños, onomásticas o acontecimientos dispares, repetía lo mismo: *¡Regáleme un bastón!*

Dispongo, en tres estancias diferentes, de una buena colección de bastones. Y resulta que sin ellos apenas camino desde el porche hasta el centro indudable. Cuando Saúl trajo el primitivo apoyo leí de nuevo el contrato. Allí estaba escrito. Sin ellos la vida resulta complicada. Con ellos la muerte resulta diferente.

El viento mueve la llama de la vela de derecha a izquierda, nunca de izquierda a derecha. El naranja del cielo evita despropósitos, y engaños y mentiras y sonrisas siniestras. Busco el porte y la medida. El equilibrio y la armonía. La verdad de Claudio y la auténtica poesía.

VEINTICUATRO

Saúl me acompañó al río Timavo una segunda vez. Era diciembre. Las nueve corrientes de Virgilio asomaron cerca de Monfalcone. Después pusimos rumbo a Aquilea. Los siniestros aguardaban en la orilla intentando engañar a algún visitante.

Todos los indolentes sonreían. Los siniestros no ríen, no pueden hacerlo.

Nunca amarga el dolor si falta el aire. Aquellos que reniegan de la ética serán juzgados por los sofistas. No debes llamar a las cosas de otra forma. El poder educativo de los poetas no logra convencer a los sensibles. La palabra, una palabra, sometidos a la histeriografía solo fluye la palabra.

Vuelo, Saúl acompaña. El mercado de Sonora en México D.F. entregó las fotografías del *confuso laberinto*. Ahora lo observo desde la nube alejandrina. Recuerdos verdaderos, la piadosa asimilación de la realidad. El número 88, Sultán, la necesidad de las afirmaciones múltiples. Mi *dios* es la divinidad. Tu Dios es aporía.

VEINTICINCO

La diferencia entre armonía y equilibrio es la medida. La poesía es equilibrio, pura continuidad. Dudo de la pureza entre el número 0 y el número 1. Tiendo al 1 siempre, eso es equilibrio.

La poesía es claridad, otorgación del ser, vivencia. Ética y estética, suavidad. Aquellos que se empeñan en desgastar palabras y símbolos, en otorgar creencias a aquello que nunca ha sido dado morirán como el asno en el huerto de la asimilación.

Los indolentes se han empeñado en enseñarnos a vivir, en prepararnos para nuestra nueva vida. No existe la coincidencia en el año 91, a partir de ese instante todos los nacimientos se preparan para una nueva dimensión, el equilibrio y su fortuna.

No quieras decir, no desees expresar. La poesía es simpleza equilibrada. La extensión mata, la palabrería ahoga. Ve al grano, directo, con la paciencia de los sensibles.

Los indolentes acompañan en el camino de la justificación, de la armonía. Con ellos se consigue el equilibrio. No nacerás dos veces en el mismo planeta, lo dice el contrato aunque boren los márgenes de la letra muy fina.

Pienso en el año 91. Leo lo que recibo y me confunde. La poesía verdadera nunca confunde, ni justifica, solo engrandece la palabra. Nunca seré nadie para juzgar, pero la libertad en noviembre es reminiscencia.

VEINTISÉIS

Una de las misiones de los indolentes en el planeta es preparar a los sensibles en sus otras vidas. Ninguna vida posterior acontece en la misma tierra. Todas se desarrollan en universos diferentes.

Otra de sus misiones es enseñarnos el amor, el respeto al prójimo, la presencia de ideologías, pensamientos, tendencias. Todo merece el respeto. Todo menos la no poesía de los siniestros.

Mi *dios* no es el Dios de los falsos. Mi *dios* es la Belleza, el Amor, la Poesía. La resucitación y la reencarnación. Amo lo espiritual y auténtico, odio lo material y no sensible. Desecho la religión del hombre limitada por la ausencia de ideas puras, de la magia, del *confuso laberinto*, de la pura realidad en silencio.

Hay un incendio en el alma, un incendio dialogante y en perpetua construcción.

La vida es una canción que nos arrastra, que nos sigue arrastrando hacia la mansedumbre.

VEINTISIETE

Los meses que Saúl estuvo ausente mantuvimos una correspondencia similar a aquella que en los años ochenta propuse a G. G., siempre unidireccional.

Saúl enviaba en sus cartas notas sobre el libro *Tratado de la humildad poética*. Cuanto indicaba lo anotaba en los márgenes, y llegó un instante en que los márgenes contenían más información que el propio texto. Eso suele ocurrir en los buenos libros, los que nunca abandonas y acompañan de un lugar a otro.

El amor al prójimo y el respeto fundamentan los modos de las asociaciones. Lo espiritual vence siempre a lo material. Mozart agoniza. Miguel Ángel golpea con amor el mármol mientras crea la Piedad. Rilke también lloraba.

Nunca amarga el dolor si es verdadero. La naturaleza debe ser contemplada en el amor y el respeto, en la humildad más absoluta. Existe *dios*, no lo dudo. Pero el *dios* de Rilke, de Juan Ramón, de Mozart o de Miguel Ángel. El Dios de los hombres no merece consideración, no llega ni a la noble mentira.

VEINTIOCHO

La virtud es el acto de purificación. Aquella que no sostiene su fundamento en la naturaleza será mera apariencia. El bien y el mal poseen espacios idénticos y regulares, espacios oscuros que desconocemos por nuestras limitaciones, son los espacios del caos iluminado.

Allí habita la razón de la palabra, todo cuanto proviene del centro indudable. Los siniestros ven huellas, sombras, manifestaciones confusas y versos que solo se actualizan en el campo visual de la limitación.

La tierra oscura es luminosa. En ella radica la materia de todo el universo, su esencia, los números. Los indolentes provienen de esa región virtuosa e inteligible. Allí lo material es ausencia de seguridad y lo espiritual es el alma del cigarro que apago en el cenicero amarillo tras hacer el chasquido por el roce en el agua.

Hoy la llama se eleva al menos siete centímetros. Estreno vela y una vida continua, limpia y visible. Saludo a todo el mundo por la calle. Sonrío. Agradezco todas las manifestaciones de cariño. Llamo a todos por sus nombres sin conocer la esencia o el argumento. Es la *histeriografía*. Ha vuelto sin avisar.

El respeto al prójimo provoca una felicidad que no se da en el cielo, solo en esa tierra oscura donde la poesía es alma universal.

Un *confuso laberinto* ha reconocido los números de mi esencia. Repito 1 para ascender y 1 para volar.

En la tierra oscura siembran el alma que precisa de la libertad. Sus frutos no poseen intermediarios, ni envidias. El alma es reflexión, y es facultad, y es poesía. ¡Inteligencia!

VEINTINUEVE

La realidad es divisible. Se ejecuta en los números. Cada parte es igual y es diferente, como la suma de todos los indolentes que pasean por la playa o se adentran en el laberinto. Observo firmemente las cosas, la naturaleza, todo es orden, todo es proximidad.

La realidad está en continuo movimiento. Cada elemento precisa de otro para ser verdadero. La existencia es limitada. Sin los números la esencia permanece escondida en el pensamiento ajeno. El fin es la aproximación, el desconcierto, el caos, las palabras que no aparecen en el diccionario.

Las sombras dejan huellas, razón y veracidad. Los siniestros nunca serán inteligentes, ellos confunden lo primario y lo opuesto, la dificultad y la demostración, lo consciente y lo significativo.

Tarda el hielo en derretirse. Los opuestos sí son sensibles. Su numeración es una convicción auténtica. Prevalece lo mágico en el caos, el desorden, en las nueve piedras y en los dos anillos. La azotea, la puñetera azotea vuelve a aparecerse. Es un pasaje que gobierna el mundo. Es una coincidencia. Un periodo de la vida que recuerda a la muerte.

TREINTA

No hay luz. La habitación permanece en la más absoluta oscuridad. Las velas las apaga el viento y la corriente se marcha con las sombras. Hay diferencia entre viento y corriente.

Hoy me han regalado una vela perfumada, un organizador de escritorio con obras de Juan Ramón Jiménez y cuadernos azules, una bolsa para transportar los libros y un bastón negro. Agarro el corazón y no lo dejo caer en el invierno.

Abro la pesada puerta del faro Camarinal para enseñar los presentes a los pocos indolentes que permanecen en la tierra. Los tocan con un ávido interés que a veces resulta artificial, frenético.

Esta noche leo a Cicerón y me olvido de la poesía.

TREINTA Y UNO

Hay una estirpe que es esencia y es palabra. Cada día el verso se transforma, se hace más humano, más verdadero, más simple. Pero lo apacible es bello, la complicación es la mosca que vuela despavorida en invierno.

Hoy la verdad se vuelve sintonía. También los ignorantes acuden a Juan Ramón. Leo, solo leo. Incapaz de descifrar la estirpe fijo la mirada en la llama de la vela que se mueve en el ambiente.

Lo simple, con ética y estética, es verdadero. Los discípulos de los escritores inertes son la cera que se extingue.

El calor limpia el cristal de la chimenea. El fuego es anaranjado. Desprende una pasión que deja de amar la poesía no verdadera, aquella que es compleja, aquella que juega con la palabra por el hecho de usarla y no vivirla.

¿Qué has querido decir? ¿Qué pretendes? La vida es muerte nada más, y el fuego arde.

He completado el cenicero, he derretido el hielo del vaso. Las telarañas rondan por los jarrones con plantas secas y espigas de trigo. No esperes la palabra, ni la destruyas.

Sigue la mosca rondando la oreja izquierda. Muevo la cabeza mientras intento descifrar la estirpe. Y no debo hacerlo, la estirpe está presente pero no la observamos.

TREINTA Y DOS

La estirpe nos precede, la estirpe nos acoge, la estirpe nos convierte en indolentes. Hay personas inmensas que utilizan la palabra como bienaventuranzas. Hay críticos, los famosos suelen ser bipolares. En privado agonizan y se desnudan al prójimo, ajenos a la mediocridad. En público difieren de la esencia y caen en las garras de la incultura, de la no poesía, del ser siniestro que les convierte en indeseables.

La diferencia entre público y privado es la bipolaridad. Arde la chimenea. Hoy he sudado un jugo blanco y lírico, era la humedad. El vaso con hielo suelta unas gotas transparentes.

La bipolaridad no es transparente, es funesta y aciaga. Dispone de dos caras: el polo positivo y el eje de rotación. El primero es celeste, el segundo es malintencionado.

La lucidez de un verso radica en la palabra, en la luz de la noche que visita la estancia, la sonrisa del niño que no deja dormir, el humo del cigarro que nunca es negro, es azul.

He recogido mirto, lo he arrojado a la llama. Su olor es independencia, verdad, cabello rubio. La crítica en España es bipolar.

TREINTA Y TRES

El universo es una conjunción de números. Todo proviene de ellos. Los indolentes utilizaban exclusivamente el 0 y el 1. Aprendí de ellos la clasificación. Durante su estancia en la tierra logramos adaptar su lenguaje a los números naturales comprendidos entre el 1 y el 9. El 0 no existía en nuestra comunicación.

Todo empezó en el año 0, 1991. A partir de ese instante la probabilidad se convirtió en esencia y su frecuencia en fenómeno.

Me resultaba muy primitivo anotar en el cuaderno marrón una sucesión de 0 y de 1. La clave fue designio y los indolentes —a través de Saúl— enseñaron su significado.

Nunca amarga el dolor si se compone de naufragios. Da igual que sean metódicos o litúrgicos. Guardo en el cajón las veintidós maneras y explicaciones de Saúl, anotadas en unas viejas hojas. El 0 era el 1, y así la ausencia nunca fue interpretación.

Comencé a aplicar el 0 y el I (ya adaptados a los números naturales) a los versos. El ritmo y el tono del poema ganaban enteros y se creaba un verdadero circuito circular en torno al centro. Visité a Rosales, a Colinas, a la Zambrano, a Parra, a Claudio. Comunicué los resultados en algo que denominé «crisis de la consciencia poética».

Entonces descubrí que debía volar. Tenía que buscar el silencio y la soledad que la propia consciencia deseaba. Llegaron *dios*, Saúl, las coristas y las cantantes chinas.

Todo fue silencio y soledad. Ajeno al mundo no paseé por el mundo. A mi lado las nubes y las estrellas. Desde ese momento perdí el miedo. Saludo con holgura y nunca agacho la cabeza. Descubrí la propia *histeriografía* y, cuando hay ruidos fuera de casa, enciendo un cigarro y paseo. Vienen los gatos, todos desean rozar su cola en mis piernas.

TREINTA Y CUATRO

Preparamos unos MM. El número 13 me acompaña. Hablamos de poesía en clave de correspondencia.

La lírica contemporánea es la poesía de la nada. Una conjunción de palabras escritas por no poetas que no leen, aunque lo afirmen. Incluso se atreven a poner citas de autores sin sentido. La palabra verdadera es un incendio, una llama permanente que estos aprendices no saben ni encender ni apagar.

El número 13 sonríe cada vez que me irrita. En ese justo instante le recito unos versos de Parra:

*Cordero de dios que lavas los pecados del mundo
Dime cuántas manzanas hay en el paraíso terrenal.*

*Cordero de dios que lavas los pecados del mundo
Hazme el favor de decirme la hora.*

*Cordero de dios que lavas los pecados del mundo
Dame tu lana para hacerme un sweater.*

*Cordero de dios que lavas los pecados del mundo
Déjanos fornicar tranquilamente:
No te inmiscuyas en ese momento sagrado.*

TREINTA Y CINCO

Cae el hombre y la palabra pierde el equilibrio sin purificación. El estado original del poeta se desarrolla en la naturaleza, en sus fases, en su fragancia, en la sangre que será abominación en los versos del no poeta.

Por más que respeto al prójimo he dejado de sentir vergüenza de los miembros nobles. El hombre es inocente sin conjeturas, ajeno a los juicios siniestros. La mente no está pro vista de inclinaciones ni de desconciertos, hay que buscarlos.

Sin compasión disfruto en el saludo, en el mito de la actitud. Ya no me corto. Agacho la cabeza por la calle y digo ¡Hola! a todo el mundo. Es la supervivencia, el sacrificio del alma individual.

Hay poetas muy dignos, aquellos que han sido capaces de crear dos poemas buenos en un libro. Es la disrupción. El resto es una esfera cómica, discordia, paralelismo.

Observo a A. Intenta agarrar una manta para cubrir el rostro de las prerrogativas. Guardo en el cajón la ira y la nostalgia, hago un juramento: el paralelismo nunca será categoría, es ensimismamiento. El *yomimeconmigo* que dicen los siniestros.

Por favor, no se olviden de amar. Es un ciclo del alma, el más puro. Lo dice *dios* desde su árbol.

TREINTA Y SEIS

01001100	01001111	01010011	00100000	01010001
01010101	01000101	00100000	01010011	01000101
00100000	01000100	01000101	01001110	01001111
01001101	01001001	01001110	01000001	01001110
00100000	01001001	01001110	01000100	01001111
01001100	01000101	01001110	01010100	01000101
01010011	00100000	01000101	01010011	01010100
01000001	01010010	11000001	01001110	00100000
01010011	01001001	01000101	01001101	01010000
01010010	01000101	00101110	00100000	01001110
01010101	01001110	01000011	01000001	00100000
01010011	01000101	00100000	01001000	01000001
01001110	00100000	01001001	01000100	01001111
00101110	00001010			

TREINTA Y SIETE

Durante el vuelo dejo de ser. Hoy acompaña el número 3, aquel que fue una vez el 444. Vigila sobre una nube el indolente número 88. No soy y siento paz, un sosiego infinito. Observo el universo desde el cielo, cada situación, los movimientos de las plantas. Todo es una separación, como si desligara la forma de la esencia.

Tememos la muerte porque seguimos siendo. El error de nuestras vidas es seguir vivos.

El reconocimiento de uno mismo es el mito de la hipocresía, robamos mentiras a la verdad que nunca eliminamos por completo. Hay ausencia de paz.

Vuelvo hacia atrás. Repito cuanto he pasado, aquello que he sufrido. La puta realidad. La plenitud es la idea de la satisfacción, la absoluta reconciliación con el beso.

Vuelo buscando el ritmo y el tono. El aire facilita el hallazgo y elimina las impurezas del humo negro que está por todas partes. Mientras caigo recito unos versos de Luis Rosales, ellos son el sentido de la justicia, de la alegría.

Muestro las manos al número 88 al pasar por la nube que lo sostiene. Hace un gesto comprometido, violento, intenta decir que ya está muerto. Ha dejado de ser.

TREINTA Y OCHO

Vuelvo a estar solo. Lo deseaba. Se marchó el número 13 y dejé en su nube al 88. Saúl permaneció junto al tronco del árbol de *dios*. No se precisa a nadie. Muerdo las uñas y observo las estrellas. Hay personas amables que acarician con la voz todas las presunciones. Otras en cambio vociferan con la sola mirada.

La palabra es el acto preciso. La amistad un condicionante indeseado.

Demócrito o Jenofonte. Platón. Silencios. Las ausencias más puras perviven en soledad y silencio. Solo soporto el ruido de la naturaleza, me molesta la gente. El arte es en el fondo interpretación. Falsa modestia.

Vuelvo a no responder al móvil pero soy generoso. Ocurre que el hombre es animal y la generosidad la confunde con los derechos. Y en la vida de la palabra no existen los derechos, ni lo justo ni amable, ni lo legítimo. Perviven los pronombres, seleccionan la esencia.

Los verdaderos placeres solo aparecen en soledad y silencio. La palabra la dirige el orden universal. La posesión de la recta razón nunca se llamará ciencia.

Doy un sorbo a las uñas. Nadie espera. La falsa modestia es propia de poetas sin palabras. Las funciones del alma indican que acuda por Saúl, tendrá frío. Pero dejo a Saúl agarrado al árbol. No preciso de nada ni de nadie. Odio que algo importe.

Deja de llamar a cada cosa por su forma, no merece la pena.
Odio a los falsos, y la vida se carga de ellos cada día.

TREINTA Y NUEVE

Miro todos los lados posibles que muestran la verdad. Apago las velas para intentar que la falsa luz no encumbre el desconcierto. Comienzo a besar el aire, entra el humo peor y maldito, el suplicante. Hay que estar orientado, no sirve la voluntad, provoca derrotas y excluye a la naturaleza de las tres afirmaciones.

Vuelvo a soplar las velas, permanecen encendidas. Capto la realidad por si aparece el universo subido en una nube. Llega la palabra, hay interlocutores. Gorgias sonrío.

La primera afirmación es el diálogo, la comunicación que se realiza a solas, en silencio.

La segunda afirmación es la presencia de las sombras. Ellas observan sin memoria y sin repetición.

La tercera afirmación es la más hermosa de todas. Es la naturaleza del mito, su descubrimiento y la experiencia que produce.

¿Quién dominará las tres afirmaciones? ¿La diferencia, el deseo, las convicciones, la duda, el caos?

Vuelvo a servir agua a todos aquellos que aguardan en la cola para acceder al centro indudable. Me ayuda el número 13, el único que entiende de poesía y de vida. El sentido es oposición, hipótesis. La poesía verdadera ya ha entrado al laberinto.

Pido la paz pero esta vez sin la palabra, prefiero la verdad y la belleza. La identidad, el que suplica vive.

CUARENTA

Para Leopardi el cielo poseía un divino manto. Me alejo de su luz. No hay mejor descanso que adentrarse en la sombra y recostar el cuerpo en la tierra o en la hierba. El gorrión valiente vuela por encima de nuestras cabezas. Me acompaña Platón (siempre viene Platón cuando no sueño).

La casa huele a naturaleza y a velas apagadas. Calla el corazón cada vez que alguien recuerda el nombre de un nuevo indolente.

El semblante de Platón es de hombre discreto. Prometió no cambiar nada ante los indolentes y lo cumple. Guarda silencio, pasea y evita el hermetismo de la última piedad.

Los siniestros acuden, a escondidas, para ver qué cocino, con quién hablo, qué libro leo. Los siniestros son cobardes, desean controlar y desmienten disimulando.

Se ha roto el cenicero de agua. Hay cristales por el suelo y sobre la alfombra. Descalzo soporto la tormenta, el dolor y la existencia. Los ansiados triunfos del siniestro se han partido en mil pedazos.

Busco el estado plácido que reclamó Leopardi, en su lugar me conformo con el mirto, su olor y las pequeñas flores blancas.

CUARENTA Y UNO

El poeta debe ser y debe estar ajeno a la relación con otros seres humanos. La esperanza es sonrisa pero no aporta, dificulta, es la doncella de los héroes.

Silencio y soledad. El trabajo escondido, no buscando los frutos sino persiguiendo la belleza y el centro indudable. El único camino a la verdad: la proporción exacta.

Y ahora quién te va a cantar cuando te despiertes de aquello que no crees. Quién besará tu rostro cuando se consuman los huesos.

Sé de cosas que se cuentan pero no me interesan. Leopardi me persigue y debo serle fiel. Falta el tiempo, sobran manos para cerrar la puerta, viento para apagar las velas y razón: la razón nunca será ciencia.

El trabajo escondido. Bajo las sombras de las encinas escribo para mí, solo para mí. Y, desde luego, quiero a las coristas. Nunca he dejado de hacerlo.

CUARENTA Y DOS

Quieto, como la paloma en la farola, me hago libre ignorando a los que lo merecen. Sigo soplando velas en honor al misterio.

Busco la paz entre los contrarios, la paz que es herencia, la paz que es verdad, la paz que deshiela, la paz que permanece. Solo la paz. Y ellos persisten entregados al verso de Leopardi. Debo buscar la forma sensible, la mirada del centro, la expresión universal de las imágenes intermedias. Solo encuentro placer en lo que es pequeño, en el patriotismo y en la descripción.

He optado por complacer a mis superiores, a las necesidades cotidianas. La felicidad es argumento, dominio o manía. Toco mis manos, pasta blanda. Las almas enfermas son sinietras y complejas. Ocultan la verdad entre los girasoles de la tormenta, les falta voluntad. Deseo ser un ser útil y fumo, lo hago para permanecer desordenado.

CUARENTA Y TRES

Llevo meses discutiendo con Saúl sobre la reencarnación. Recojo la cerilla con la mano y transmito cuanto reconocí en el *confuso laberinto* de seres y personas. Hay momentos en los que no estamos entre nosotros, ya nos hemos marchado. Precisamos de un tiempo indefinido para preparar nuestra huida. Cuando fallecemos estamos aproximadamente un año y medio sin dar noticias. A partir de ese instante podemos volver, siempre que deseemos. La vida es elección y es afirmación.

Regresamos si aceptamos. Volver es voluntad propia. No aparecen estrellas si no llega la noche.

Discuto con Saúl. Él intenta explicar que la vida es un oficio donde obtenemos nota. Me niego a aceptar esa afirmación. Estamos porque hemos firmado un contrato con plena aceptación. Y regresamos porque confirmamos otro contrato.

También indica Saúl que nuestro círculo de llegada es similar al que hemos dejado anteriormente. Y lo niego. El universo es infinito. La naturaleza es ilimitada. La multitud nunca será concreta si la observas.

Miro el teléfono. Un síntoma quema las entrañas, creo que ha ocurrido algo en casa. Suena el teléfono. Ha ocurrido algo en casa.

Amo la vida, la vida elegida, en el contrato, en la reencarnación. Todo está firmado. Si no quieres venir, qué haces con nosotros.

CUARENTA Y CUATRO

Nuestro objetivo es una meta inmensa aún por descubrir. Disponemos de la vida para ello, del día y de la noche.

A menudo, cuando ha fallecido un ser querido, sentimos muy cerca a los ausentes. Incluso podemos verlos, tocarlos, olerlos, sentirlos dentro de nosotros. Son las *erróneas presencias*. Recibimos y entregamos tanto amor con ellos que permanecen en nosotros durante toda nuestra existencia. Pero no son, ellos no están.

Tampoco son *confuso laberinto*. En este caso adoptan la forma física de esos seres pero sus almas son diferentes.

El tránsito posee dos etapas. Antes de fallecer permanecemos en la tierra unos 500 días preparando la marcha. Cuando morimos nuestro tránsito hasta la reencarnación también será de otros 500 días. A partir de ese momento nuestra misión consiste en descubrir esa reencarnación del ser querido.

Muy extrañamente la reencarnación se produce en nuestro entorno más cercano, es lo inusual. Hay que buscar, dejarse llevar por el sentido común de la indolencia. Ayudan las sombras y el ángel negro. Pero solo los elegidos lo consiguen. El engaño de las sombras es la pista, no lo olvidéis.

CUARENTA Y CINCO

Para Platón existían los géneros supremos. Eran varios. Habla de ellos en el *Filebo*, en el *Timeo* y en el *Sofista*.

De todos hago propia la idea de contrario del *Teeteto*. La oposición es reflexión y comparación.

El amor infinito, los afanes, que escribiera Leopardi.

Tal vez recuerdo a dios porque estoy solo. Lo dijo Luis Rosales.

Los géneros supremos no son categorías, adoptan el nombre de estirpes, su éxito radica en la contradicción.

CUARENTA Y SEIS

Permanecemos en el tiempo justo, en el tiempo adecuado. Cumplimos la misión que figura en el contrato, todo está escrito.

Todo tiene un porqué, nuestro objetivo es hallarlo en cada momento. Nunca recordaremos la lectura del contrato antes de traspasar el límite, la frontera que existe entre arriba y abajo.

Cuando subo a las nubes busco esa línea, esa separación, pero nunca aparece.

Nada es aceptación. Nada es confianza. Todo es culminación, origen.

CUARENTA Y SIETE

La primera vez que leí el contrato estaba a punto de cumplir veinte años. Lo entregó Saúl en Roma, dentro de la caja misteriosa.

Nunca obedecí a sus indicaciones y hay párrafos que conozco de memoria. Otros, los más sensibles, evito leerlos. Hoy acudo a él y salgo a la calle, arrojé las muletas y permanezco en pie con un equilibrio propio de los atareados.

Un hombre se ha bajado de un coche y me ha entregado las muletas. Ha mirado fijamente y ha sonreído. Era el indolente número 13.

El presente por encima del día de mañana. Vivo el presente. El pasado no existe y no creo en el futuro. Cuando firmas el contrato todo es futuro, pero ahora solo presente, ya no existe el futuro en la vida.

CUARENTA Y OCHO

Los indolentes llegaron a la Tierra hace millones de años. Ellos son nuestros mentores. Nos enseñaron cuanto conocían y aprendimos de su esencia. Descubrieron que el ser humano es una especie imperfecta y limitada.

Desde entonces permanecen con nosotros y nos acompañan.

Hoy recibo el abrazo de un indolente mientras el corazón late. La sensación es extraña pero verdadera, admiro la indolencia como deseo la dulzura de un abrazo.

El mundo nos engaña, la verdad nos acoge, la realidad se sincera en cada movimiento. Llega la primavera y con ella la esencia. Junto a Saúl pervive la presencia del indolente número trece. Somos la fallida indolencia, lo que podría haber sido de Eliot, lo que fue de Leopardi, lo que será de Sócrates. Pero ni seremos nada ni hemos sido nunca.

Vierdo ese poco de whisky, que siempre va conmigo, en el vaso pequeño con hielo y fantasía. Sonrío. Los árboles desatan la sombra como furia.

Amo la indolencia, la admiro y la respeto. Ellos vigilan, cuidan los pasos y los movimientos, representan el acto personal que siempre es imperfecto.

Ya sobran los cojines, el sillón, el cuadro de las palomas, el cenicero de agua, el espejo que tiene el marco verde. Acaricio un sucio cabello que deja de sentir.

Las sombras han comenzado a ser un simple reflejo de la melancolía. Dormimos al abrigo. Tengo frío, mucho frío. Los hombres en la noche encontraron la luz.

Agradecimientos

Los dos primeros capítulos de este libro se publicaron en Estados Unidos en Imagine Cloud Editions. Agradezco a Carmen Karin Aldrey su generosidad y valentía.

También deseo agradecer las interminables llamadas telefónicas de Jesús Moreno Sanz, que se autocalificó el indolente número 13. Doy fe que lo es en realidad.

Gracias a Marcos de Miguel por su apuesta.

Gracias a Saúl, que siempre está conmigo.

Y, desde luego, gracias a todos los lectores presentes, a los futuros gracias también. A los pasados, gracias, aunque el pasado no existe.

**ANEXO: Algunos indolentes clasificados
(Borrador de dos cuadernos: marrón y gris)**

1. Saúl, el único indolente de color. Desapareció una vez y regresó con otra vestimenta. Siempre me acompaña. Solo lee a Rilke y a Joyce. Es el ángel negro. Es el 500. Adopta la forma de un gorrión. Generó 4 estirpes. La pureza.
2. La irrealidad. Reparte ejercicios de rutinas antes de los vuelos. Generó 62 estirpes.
3. También es el indolente número 444. Generó 62 estirpes. La mañana.
4. Antes era el 13. Generó 62 estirpes.
5. Suele acompañar al número 8 en el control de vuelos. Generó 62 estirpes. Entrega, controla y acredita el contrato. Lucha con Luzbel. Parménides.
6. Suele acompañar al número 8 en el control de vuelos. Generó 62 estirpes. Explicó la esencia y la pureza. Zenón.
7. El que revisa los contratos. Generó 62 estirpes. La tarde.
8. Controlador de vuelos y guardián permanente. Generó 62 estirpes. Gorgias.
9. También es el indolente número 666 y el indolente número 999. Enseñó la Ley de Weber-Fechner. Sigue cantando. Generó 62 estirpes. Suele cantar a menudo.
10. El indolente que da fe de los actos.

11. La irrealidad. Es el 2.
13. El indolente que entiende de poesía. Desapareció una vez y volvió con otra ropa. Es una sombra permanente. Permaneció unos años en casa como única compañía. En realidad era el 4. Lo solía llamar P (010). Ama el *Gorgias* de Platón.
15. El administrador de la justicia.
17. Enseña la ausencia de esperanza junto al número 81.
18. Aquel a quien se le ilumina el rostro en las insinuaciones.
19. Desapareció tras tomar entre sus manos una de las cinco piedras restantes. Es un guardián de los signos equívocos de violencia.
23. El vigilante. Pregunta qué es poesía.
27. El encargado de las asimetrías.
28. Desapareció tras tomar entre sus manos una de las cinco piedras restantes. Es un guardián de los signos equívocos de violencia.
30. El que ejerce la curación con las propias manos.
33. Enseña a respirar en lentitud. En realidad es el 6. Pregunta y obtiene respuestas. Hace los drenajes del cuerpo.
34. El dialogante.
37. Desapareció tras tomar entre sus manos una de las cinco piedras restantes. Es un guardián de los signos equívocos de

- violencia. Maestro de la enseñanza. Dejó el cuaderno, las flores, la caja mágica y la carpeta azul con gomillas.
44. Enseña a respirar en lentitud.
46. Desapareció tras tomar entre sus manos una de las cinco piedras restantes. Es un guardián de los signos equívocos de violencia. El que enseña a volar. En realidad es Saúl.
55. Desapareció tras tomar entre sus manos una de las cinco piedras restantes. Es un guardián de los signos equívocos de violencia. Lleva la botella de whisky entre las manos.
66. Regaló la imagen del pilón, que se conserva. Fue el primer *confuso laberinto*.
73. Maestro de la enseñanza.
81. Enseña la ausencia de esperanza junto al número 17.
88. Aquel que provocó los primeros signos de violencia. Murió a manos de otros indolentes. Entendía de llaves. Vivía en el faro Camarinal. Odiaba a los siniestros. En realidad era el 7. La armonía.
111. Aquel que dice ser el 3, pero que en realidad es el 1.
159. El indolente que aconseja en los viajes.
222. La irrealidad, como el número 2.
444. Enseñó la visión de la muerte reflejada en los rostros. También enseñó la verdad de la melancolía. Es el número 3.

500. Contiene las proporciones áureas, el equilibrio y la armonía. Es el indolente número 1.
666. No existe. Es el 9. El reflejo del 999.
999. No existe. Es el 9. Su reflejo es el 666. Crece con las estrellas y la noche.

Índice

Prólogo.....	9
1. El encuentro en Camarinal.....	17
2. Saúl, el ángel negro.....	103
3. El vuelo.....	175
Agradecimientos	233
Anexo: Algunos indolentes clasificados.....	235

ESTA EDICIÓN DE
EL LIBRO DE LOS INDOLENTES,
DE JAVIER SÁNCHEZ MENÉNDEZ,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ORYMU GRAPHIC ARTS
EL DÍA 5 DE ENERO DE 2016.
TIRADA: 1.000 EJEMPLARES.

